

Traición cruel.

LYNNE GRAHAM

(Título original: A Savage Betrayal)

RESUMEN

Quizá hubiera sido su amante, pero jamás sería su esposa...

Después de su traición, despedir a Mina Carroll fue una decisión puramente profesional... aunque hubieran sido amantes.

El siciliano Cesare Falcone le había arruinado la vida y no estaba dispuesta a permitir que lo hiciera de nuevo. Pero Mina tenía un secreto que Cesare estaba a punto de descubrir.

¿Lo utilizaría para destruirla... o para pedirle que fuera su esposa?

CAPÍTULO I

— Y esta es mi asistente ejecutiva, Mirella Carroll.

Mirella apretó la mano de la persona que le fue presentada por su jefe, Edwin Haland. Elegantemente vestida, con el cabello rubio atado en la nuca, ella podría muy bien ser confundida con una patrona millonaria, en vez de ser vista como una simple organizadora de fiestas de caridad. Nadie adivinaría que aquella era la primera vez que Mirella fue designada para desempeñar un papel bastante importante, y que había sido invitada en el último minuto a sustituir una funcionaria, ahora enferma.

Alguien la tomó del codo, conduciéndola a un lado.

— ¿Dónde compraste el traje que estás usando? — Jean, su colega de trabajo, preguntó. — ¿Asaltaste algún banco?

— Es de mi hermana — Mirella susurró.

— Como me gustaría tener hermanas así — Jean rumió. — Aunque estuviese loca en pedir algo prestado a mi hermana, tendría que luchar para convencerla. Tu hermana debe ser un ángel.

— No tanto así, no exageres. — Mirella rió. Ella frunció la frente al notar que el buffet estaba sin tocar. Hizo señas al mozo. — ¿Por qué será que la comida no fue servida, Jean? — le preguntó a su amiga.

— El personaje más importante aún no llegó — Jean respondió. — Ah, ahora me acuerdo. Estuviste de vacaciones, y no conoces a nuestro nuevo patrocinador.

— Debe ser una persona muy importante, Jean, para que el Sr. Haland no comience la fiesta antes que él llegue.

— Si, es muy prominente, riquísimo, descendiente de familia filantrópica —dijo Jean con una sonrisa. — Un manjar caído del cielo. Nuestros directores hicieron de todo para agradarlo. Hasta Polly, que detesta dar sus homenajes a los hombres, entró con una contribución.

— ¿Polly? ¡Estás bromeando! —protestó Mirella.

— Es verdad —insistió Jean. — Polly se dio el trabajo de salir a comprar una torta especial para él y...

— ¡Estás bromeando! —Mirella repitió.

— No lo estoy. El hombre es atractivo. Subí en el mismo elevador, y recé para que se parara en el camino... No porque esperé que ese hombre se aprovechara de la oportunidad. —Jean suspiró. — Pero, nunca se sabe. A los italianos les gustan las mujeres llenas de formas, y tú no puedes decir que yo no sea de ese tipo.

— ¿Es italiano? —indagó Mirella.

— ¡Ahí está el hombre! —exclamó Jean.

— ¿Dónde?

— Dios, ¿no lo ves?

Mirella se deparó, de súbito, con un hombre alto, de cabellos oscuros, que acababa de entrar en la sala, acompañado de dos directores de la compañía, Earth Concern.

Mirella tuvo un shock tan grande que quedó paralizada.

— Es Cesare Falcone —susurró Jean. — De las Industrias Falcone. Un hombre guapo, ¿no? Por lo que supe, el sr. Barry le dio una copia del boletín de Earth Concern en una cena, y nuestro hombre quedó tan interesado que manifestó deseo de comparecer a una reunión nuestra, en esa misma semana.

¿Cesare?, Mirella repitió mentalmente.

Ella sintió un nudo en el pecho y se retiró de la sala. Fue al vestuario. Felizmente no había nadie allí. Ver a Cesare de nuevo, donde menos esperaba encontrarlo, fue un verdadero shock para ella. Santo Dios, ¡como podía ser cruel la vida a veces!

Mirella se llenó de odio.

Hacía cuatro años, cuando apenas había salido de la universidad, con excelentes notas además, encontró un excelente empleo. Cesare Falcone la contratara como su asistente ejecutiva. Años más tarde fue despedida, pasando por la humillación que le prohibieran entrar en Industrias Falcone. Y, como si eso no bastase, le fue negada una carta de referencia. Ese rechazo consistiera en un punto negativo en su currículum. A Mirella le llevó más de un año encontrar otro empleo, y tuvo que conformarse con una posición muy inferior, y un salario igualmente inferior. Cesare Falcone destruyó su carrera profesional.

Pero la culpa no fue sólo de él.

Mirella cerró los ojos, intentando borrar los recuerdos del pasado.

Un paso en falso... un error... Ella se enamoró de su empleador y, como siempre pasa en esos casos, quedó vulnerable. Su corazón ocupó el lugar de su cerebro. Y ahora Mirella se odiaba por haber sido tan ingenua, tan imprudente, tan tonta. Temblaba sólo de recordar.

Ella salió del vestuario conciente de que en algún momento en aquella noche sería forzada a encarar a Cesare de nuevo.

Edwin Haland daba un pequeño discurso cuando ella volvió a la sala del banquete. Todos ya estaban sentados a la mesa, y ya habían sido servidos. Jean le señaló una mesa próxima.

Mirella se sentó al lado de su amiga, que notó su palidez y dijo:

— Espero que no hayas contraído el virus de la gripe. Tienes un aspecto horrible.

— A penas estoy un poco cansada.

Cesare se sentaba a la cabecera de la mesa principal. Mirella procuraba no mirar para aquel lado, pero un impulso más fuerte la forzaba a eso. Con esfuerzo, se concentró en el presente, en el desempeño de los mozos, en el menú. Sin embargo descubrió que continuaba mirando a Cesare, que su atención se concentraba en el perfil firme y familiar de él. A pesar de todo el tiempo transcurrido, aún no podía creer lo que había pasado.

Naturalmente que aquellos trazos le eran familiares.

¿Cómo podrían no serlo? ¡Convivió con aquellos ojos castaño dorados por más de tres años!

— Debes estar nerviosa por causa de la reunión de los directores de mañana —dijo Jean, notando al final que Mirella no comía absolutamente nada. — Si yo fuera tú, no me preocuparía. Tu promoción es un hecho.

— Nada es un hecho, Jean. —Mirella suspiró.

— El sr. Haland está muy inclinado a proponerte para la gerencia de la sección de finanzas, y los demás directores aceptarán su recomendación.

— Pero hay otros candidatos muy competentes.

— Dudo que tengan las mismas calificaciones que tú.

Mirella deseaba mucho que su amiga Jean tuviese razón. Mientras pasó sus dos semanas de vacaciones en la casa de su hermana, rezó para conseguir esa promoción. No por desear el estatus, sino simplemente por causa del aumento de salario.

Edwin Haland se levantó de la mesa, conduciendo al invitado de honor al podio. Bajo los luces, el cabello negro de Cesare parecía de seda, y Mirella se encontró pasando los dedos por aquella cabellera oscura. La piel de ella se prendía fuego, y dedos trémulos sostenían la copa. A pesar de intentar controlarse, no entendió una palabra del discurso de Cesare.

Pero debía haber sido divertido, pues las carcajadas hacían eco por la sala.

— No me extraña el hecho que los directores se hayan preocupado tanto por nuestro invitado. Ve como la sala está repleta de periodistas —comentó Jean.

Edwin hizo una seña a Mirella para que se acercara. Así que ella llegó cerca, dijo:

— Un discurso formidable, ¿no te parece? —Edwin pasó un brazo por los hombros de ella. Mirella se sorprendió.

— Buen discurso, si —concordó.

— ¿Dónde te metiste horas atrás? Quería que te sentaras con nosotros en la mesa principal.

— No tenía idea que me estaba buscando. Disculpe.

Cuéntale ahora, una voz interior le decía. Cuéntale a Edwin que un día trabajaste para Cesare, aunque ese detalle no haya sido mencionado en su currículum.

— Creo que la culpa fue mía —dijo Edwin. — Debería haberte prevenido antes que quería que te quedaras con nosotros en la mesa principal.

Tomando coraje, Mirella comenzó a decir:

— Edwin...

— ¿Te diste cuenta que es la primera vez que me llamas por mi nombre? — Edwin rió. Mirella se sonrojó. Siempre fue muy formal con sus directores.

— Pero no me pidas disculpas. Ser llamado todo el tiempo sr. Haland, señor en vez de tú, me hace sentir viejo como Matusalén.

— Lo que está lejos de ser — Mirella dijo cortésmente, un poco avergonzada por la mirada de interés que leyó en los ojos de él.

— ¿Sr. Haland? — alguien los interrumpió.

Ambos miraron al recién llegado que agregó, mirando a Mirella:

— ¿Dónde te escondiste toda la noche, cara?

En ese instante, un funcionario de la firma llamó a Edwin, que se alejó súbitamente.

— ¿Cesare...? — Mirella susurró.

— Si, Cesare... que se acuerda muy bien de ti. ¿Será que debo prevenir a tu jefe que está cayendo en la cueva de la serpiente? ¿Ó es mejor que mantenga mi boca cerrada?

— ¿Cómo? — Mirella estaba atónita. No sabía que decir.

— Por lo visto, ya estás durmiendo con tu jefe.

Con la guardia baja para un ataque tan ofensivo, Mirella lo miró y susurró:

— Como osas...

— En la mesa, Haland estaba todo el tiempo afligido buscando a su pareja. Pero no se me ocurrió que fueras tú. Debe haber una razón muy buena para que estés trabajando por tan poco dinero, Mirella, en una institución de caridad.

— ¿Por qué me estás tratando así? — Mirella balbuceó.

— ¿Por qué? Soy Cesare Falcone, no te olvides de eso. Y, si no hubieras desaparecido hace cuatro años, te habría reducido a pedazos, por lo que me hiciste.

— ¿Por lo que te hice? — Mirella repitió, trémula.

— Un siciliano nunca se olvida de la ofensa de ser atacado por la espalda. Aunque él tenga que esperar un año ó dos... El tiempo no importa. Al contrario, el deseo de venganza se torna aún más intenso. Voy acabar contigo. Huir fue tu gran error.

— Veo que ya se encontraron, Mirella y el sr. Falcone. — Edwin volvía, y se juntó a ellos.

— Mirella y yo no precisamos presentaciones — dijo Cesare, muy suavemente ahora.

— ¿Ella nunca mencionó que ya nos conocíamos?

— No tuve oportunidad... — Mirella consiguió susurrar.

— ¿Fingiéndote pura, cara? — Cesare la interrumpió. — Con certeza no dijo que trabajó para mí, y que fue echada de las Industrias Falcone.

Edwin pasó la mano por la espalda de ella, en un gesto protector. E insistió:

— Desde el primer día que Mirella comenzó a trabajar con nosotros, probó ser excelente funcionaria.

— Sé de eso — Cesare admitió. — Pero, infelizmente, ella es un peligro, donde quiera que esté trabajando. Es un riesgo para todos.

— Si me dan permiso... — dijo Mirella, intentando retirarse.

— Lo tienes todo, cara.

— Por favor, dennos permiso a los dos, sr. Falcone — pidió Edwin.

Irguiendo el rostro, ahora blanco como una hoja de papel, Mirella agregó:

— Creo que es la hora de retirarme.

— Te acompaño a casa —se ofreció Edwin.
— No va a ser necesario — Mirella protestó, dando un paso en dirección a la puerta.
— No la deje salir así —sugirió Cesare, con la misma calma que mostró desde el principio, el único de los tres en absoluto control. — Ella está acorralada y no quiere responder preguntas ahora.
— ¿Cómo osa hablar como si yo no estuviese presente? —Mirella protestó.
— ¿Te pusiste mucho más valiente después que te alejaste de mí, no cara? —Cesare la encaró con una mirada helado. — Se pierden los viejos hábitos deprisa.
— Sr. Falcone... —Edwin comenzó a hablar.

Mirella se alejó. Aquel fue el momento más difícil de su vida. ¿Realmente querría Cesare ofenderla? ¿Cómo podía hablarle de aquel modo, frente a su jefe? ¿Por qué deseaba humillarla en público? ¿Por qué destruir su reputación?

¿Y, por qué la acusaba de haber huido, hacía cuatro años?

Mirella creía estar teniendo una pesadilla. Y se preguntaba porqué Cesare la odiaría. Él la odiaba. Si, la odiaba. ¿Por qué? Pero... ¿por qué la odiaría tanto? Él no tenía motivo para eso. Ella, si, tenía todos los motivos del mundo para odiar a Cesare Falcone. Además de lo que hizo para arruinar su carrera, era el hombre que amaba y que la hirió terriblemente. En aquella fatídica noche, la hizo sentir como la más vil de las criaturas.

— Nunca mezclo negocios con placer, cara —él murmuró aquella noche. Pero Mirella no sospechaba que, al mismo tiempo en que le hacía el amor, planeaba despedirla.

Su hermana, Winona, dijo:

— ¿Cómo puedes trabajar con él después de esto?

Aquella noche fue decisiva. Mirella reconoció que no podría continuar trabajando para Cesare.

Pero creyó que, si él no la quería más en la oficina, podría al menos ofrecerle una transferencia. Las Industrias Falcone poseían filiales en muchos países.

Santo Dios, ¿ya no había sufrido lo suficiente? ¿Por qué desearía Cesare causarle más sufrimiento aún?

El encargado de vestuario le preguntó:

— ¿Quiere su casaca?

— Por favor.

Mirella se vestía cuando Edwin Haland apareció, con aire perturbado.

— Mirella... ¿te estás yendo?

— Pienso que es la mejor solución —ella respondió.

— Quedé sorprendido con la rudeza de aquel hombre. Es imperdonable. Pero, ¿cuándo trabajaste para él?

— Ni bien terminé la universidad. Pero, déjeme explicarle que mi salida de Industrias Falcone no tuvo nada que ver con mi habilidad profesional. Fui despedida por motivos personales.

— Siento muy por todo lo que pasaste —comentó Edwin. — Apenas espero que el sr. Falcone no haga comentarios de ese tipo en presencia de los directores. Quedarían preocupados. El sr. Falcone es el más poderoso contribuyente de nuestra campaña y, naturalmente, no deseamos problemas entre él y los miembros del equipo.

Más pálida que antes, Mirella respondió:

— Entiendo.

— Te veo mañana.

La oferta de él para llevarla a casa no duró mucho. No que Mirella fuese a aceptar. Pero entendía que la vieja amistad murió, después de los comentarios de Cesare. Y eso no le causaba espanto. Cesare la trató como se trata a una prostituta.

Edwin quedó sorprendido y, inicialmente, la defendió. Pero, después de algunos minutos de reflexión, comenzó a sospechar de ella. Sería preciso tomar en consideración que Cesare Falcone era muy respetado en el mundo de los negocios, hombre de gran proyección y éxito en el ámbito industrial. Naturalmente Edwin se preguntaba ahora qué tipo de comportamiento fue el de ella, para provocar aquel ataque tan directo por parte de un hombre de fina educación, como Cesare.

Mirella sentía martillazos en la cabeza, estaba tensa. Creía que, probablemente, perdiera todas las oportunidades de la promoción tan esperada. ¿Cómo podría Edwin recomendarla, sabiendo que Cesare Falcone la despreciaba?

El portero del edificio le preguntó si quería que llamara un taxi. Mirella sacudió la cabeza, en un gesto negativo. No estaba en condiciones financieras de tomar un taxi.

Ella vivía modestamente. Habitaba un cubículo, y dormía durante la semana en un cuarto no más grande que un armario empotrado. Los fines de semana los pasaba con su hermana, en Oxfordshire. El tren le costaba una fortuna, pero Mirella jamás perdía un fin de semana en la casa de su hermana. El domingo de noche volvía a la ciudad, con el corazón en un puño. ¡Como le gustaría vivir con Susie, su hija, en el campo!

Un auto paró a 20 metros adelante. La puerta del pasajero se abrió. Como Mirella dudó, Cesare descendió de su Ferrari, y ordenó:

— Entra, te daré un aventón.

Mirella no sabía si llorar ó reír. Pero concluyó que nada de lo que hiciese tendría efecto en Cesare.

— No terminamos de arreglar nuestras cuentas —le dijo él.

— Déjame en paz —Mirella al fin gritó.

— Me intentaste lanzar al ostracismo —la acusó Cesare. — Nada me impedirá ajustar cuentas contigo ahora. ¡Entra en el auto!

Mirella no entendió bien lo que él quería decir con “ajustar cuentas”. Intentó calmarse.

Cesare era temperamental, explosivo como un volcán, pero no un loco.

Y entró en el auto.

— Te voy a proponer una opción —declaró él, pero continuando con el auto estacionado.

— ¿Una opción? —Mirella repitió.

— Pide la dimisión en tu empleo actual.

— ¿Pedir la demisión? ¿Estás loco?

— Si no lo haces, mi conciencia exige que te denuncie a la dirección — Cesare la amenazó. — Gerente de finanzas, ¿tú? ¡Imposible! Sé que estás en la lista de promociones. Pero no podré permitir que pongas tus manos ambiciosas en los fondos de caridad.

— ¿Estás acaso insinuando que no soy de confianza tratándose de dinero?

— No lo estoy insinuando. Sé que no lo eres. Y no me vas a impresionar más con ese aire tuyo de niña inocente. Cometiste un crimen cuatro años atrás. La ley puede no haber sido bastante rápida para atraparte in fraganti, pero yo lo fui. —Cesare le lanzó una mirada de amenaza. — Aún conservo la evidencia de los hechos que podrán llevarte a la cárcel...

— ¿La cárcel? —La palabra “cárcel” explotó de sus labios secos, mientras lo encaraba, incrédula.

— Tú puedes ser juzgada aún por lo que hiciste. ¿Sabías? —insistió Cesare.

Cesare la acusaba de haber usado informaciones confidenciales en su propio beneficio. Y esa práctica era ilegal.

— Estás loco, Cesare... Nunca habría hecho nada de lo que me acusas —protestó Mirella, con voz débil. ¿Cómo era posible que Cesare creyera que cometió un acto tan indigno?

— Habría hecho lo mismo otra vez, si te hubiese dado una oportunidad. Pero no te la di. Te despedí, y tú desapareciste de la faz de la tierra, con lo que ganaste deshonestamente.

— No es verdad. ¡No gané nada deshonestamente! —ella exclamó, su corazón latiendo con violencia. Sentía asco y miedo al mismo tiempo. — ¡Pensé que me habías mandado lejos porque había dormido contigo!

— ¡Dio mio! ¿Y que crees que te creería eso? Está archivado en nuestras oficinas que fuiste despedida por mala conducta.

— Lo sé, pero... No puedo ir presa. ¡No hice nada de malo!

— Bien, pero de cualquier modo nunca más podrás trabajar recaudando fondos para obras sociales —Cesare dijo fríamente. — Con tu talento para la contabilidad, puedes cometer toda suerte de desastres. Te quiero fuera de eso ya, de lo contrario...

— Pero no hice nada... ¡No soy deshonesto! —Mirella repetía, desesperada y aprehensivamente.

— Si insistes que no cometiste ningún desliz, me veré obligado a contar todo a Haland. Y presentaré las evidencias. Y, un hombre como Haland, con sus principios morales rígidos, se sentirá obligado a reportar todo a las autoridades...

— Pero, si tú estabas tan convencido que era culpable, ¿por qué motivo no llamaste a la policía inmediatamente? —indagó Mirella, intentando encontrar un medio de defenderse.

— ¡Imposible! Sería lo mismo que reportar un asesinato sin las pruebas, que no tenía en ese momento. Y luego tú desapareciste, como un ladrón en la oscuridad de la noche. —Cesare inclinó el cuerpo para atrás, en un gesto de relajación, y su mirada fue congelada. — Y yo me satisface sólo con imaginarte en la cárcel. Sólo imaginarte en la cárcel me daba placer. Pero, más tarde, me pareció que merecías un castigo severo por tu crimen...

— No cometí ningún crimen —Mirella protestaba. — ¿Por qué no me crees?

— Porque eres falsa. Preparaste muy bien tu defensa.

— ¿Preparé mi defensa?

— Si, como una profesional. Me hiciste pasar por idiota. Podría haber sido llevado a la ruina por ti. Podría haber sido acusado por estafa. No tengo duda que dirías que negociara en mi favor, si fueras atrapada. —Cesare hablaba pausadamente, acentuando cada palabra. — Estoy seguro que harías tu teatrillo, declarando no saber que estabas actuando contra la ley.

— ¡Debes estar loco! —ella exclamó, lívida y con dificultad de hablar.

— Estoy seguro que dirías que fuiste seducida, usada. —Cesare prosiguió, con énfasis, mirándola severamente. — Si fueras hombre, te habría matado. Pero... como eres una mujer, pretendo usarte como me usaste a mí...

CAPITULO II

— ¿Cómo? — Mirella continuaba en estado de shock, atónita, por la acusación que Cesare Falcone le hacía años después.

Era demasiado para absorber de una sola vez. Pero, aunque aterrada, pudo entender la verdadera razón por la cual fue despedida. No, definitivamente, por haber ido a la cama con él, su jefe. Sino, por la más loca, por la más absurda acusación, Mirella de repente no tuvo más dudas que Cesare creía que ella cometió un crimen. Eso explicaba aquella actitud extraña. En el presente y en el pasado. El odio y la agresión ahora tenían sentido, cosa que en el pasado se asemejara a la locura mental.

La mente de Mirella caminaba en cámara lenta, un paso por vez.

Y más aún. Él no la culpaba sólo de deshonestidad. Peor que eso, Cesare estaba seguro que, si ella fuese obligada a responder un proceso, mentiría, diciendo que actuó así para el bien de él, no para el suyo propio.

— Voy a usarte, como un día me usaste — Cesare insistió.

— ¿Y qué planeas hacer?

— ¿Qué crees? — él sonrió irónicamente. — Estoy seguro que nunca más te involucrarás con un siciliano.

— Quiero, antes que nada, pruebas de lo que me acusas. Voy a buscar un abogado.

— Es necesario que presente pruebas de que no usaste deshonestidad.

— Y tú, ¿puedes tener pruebas de algo que no hice?

— Si tuvieras aún algo de aquel dinero, Mirella, lo quiero de vuelta. Entonces, cuando haya terminado contigo...

— ¡Ni vas a comenzar conmigo! — Mirella se preparó para salir del coche, pero quería retirarse con dignidad.

— No me digas que no puedo continuar con lo que comencé. ¿Te parece que te dejaré ir así? Deberías haber imaginado que estaba buscándote hace tiempo. Y esa búsqueda empezó cuando vi tu fotografía...

— ¿Mi fotografía?

— Si, no boletín de Earth Concern. Raramente tengo uno de esos folletos en mis manos — dijo Cesare secamente. — Pero, allí estabas tú, en pie al lado de Haland, recaudando fondos para una institución.

Mirella se había olvidado de la fotografía cuando Jean la mencionó. Creyó que su encuentro con Cesare aquel día había sido ocasional, y que Cesare no sabía que ella trabajaba en Earth Concern.

— ¿Una mentirosa, deshonesto como tú, ocupando una posición de confianza? — Cesare agregó. — ¿Y junto a personas bien intencionadas, más interesadas en ayudar al prójimo que en hacer negocios? Y ahí viene Mirella, pensé, tal cual una serpiente en un gallinero lleno de pollitos esperando a ser desplumados. La sangre de Haland se congelaría en las venas si supiese de lo que eres capaz.

— ¿Como puedes osar llamarme serpiente? —Mirella protestó. — Debe haber habido algún terrible malentendido...

— ¿Malentendido? He seguido tus pasos y sé exactamente quien eres. No me vengas con eso de que estás arrepentida. Y tú eres tan linda, ¿tan miñón? Haces que un hombre se sienta protector. No condeno al viejo Haland por enamorarse de una criatura frágil, ¡tan femenina!

La atmósfera estaba poniéndose explosiva. Con la boca seca, susurró:

— Cesare, yo...

Cesare la agarró y dijo:

— Cierra la boca. Nunca más me enamoraré de ti, cara, sé como eres de inteligente. Pero tu vida va a cambiar. Entérate que traicionarme fue tu gran error.

— No existe la menor posibilidad que se apresada por algo que no hice. No estoy preocupada por eso.

— ¡Mentirosa! Garanto que estás temblado de la cabeza a esos lindos piecitos. Esta noche, destruí tu imagen junto a Haland. Y sin remordimientos.

— ¡Lo que hiciste fue imperdonable, Cesare!

— Le conté toda la verdad, sólo la verdad. Y quedé tentado de contarle aún más, pero me pareció que no sería elegante, de momento.

— No voy a pedir la dimisión.

— En tal caso, haré que el techo caiga sobre tu cabeza. Retiraré mi donación al excelente trabajo de Earth Concern en favor de las clases menos...

— ¡No harás eso! —exclamó Mirella, con horror.

— Lo haré, oh, ¡si lo haré! Y explicaré que no puedo depositar una cantidad tan grande en manos de una mujer en quien no confío, de una mujer deshonesta. Después de eso, dudo que seas recibida en la oficina.

— Y yo puedo procesarlo por difamación. —Mirella estaba furiosa.

— Con las evidencias que presentaré, el caso será cerrado el primer día de juicio.

Él no podría tener evidencias de un acto que ella no cometió, pensaba Mirella. Pero, por cierto alguien en las Industrias Falcone se prestaría a crear esas evidencias.

¿Realmente alguien la implicaría en el caso, presentando un falso testimonio?

Cesare estacionó en la esquina y apagó el motor.

— ¿Dónde vas los fines de semana? —él indagó abruptamente. Se acomodó mejor en el asiento, las facciones duras como piedra. — Cada fin de semana, todas las vacaciones. ¿Tienes un marido escondido en algún lugar? ¿Un cómplice del robo?

— ¡No seas ridículo!

— ¿Un amante, tal vez? Termina con él, si fuera el caso. No te daré fines de semana libres.

— ¿De qué estás hablando, Cesare?

— Ni tendrás oportunidad de salir de mi cama a escondidas. Aunque dudo que tengas energía para eso, después de amarnos, después que tu cuerpo esté totalmente ocupado haciéndome feliz. No soy un hombre fácil en la cama. Tengo poca paciencia, exijo mucho y...

— No voy a vivir contigo, nunca.

— No me importa donde vivas. Pero estarás en mi cama todas las noches.

— Estás loco. Prefiero tirarme a un precipicio antes que me toques otra vez.

— No creo que...

— ¡Pues puedes creerlo!

— ¿Y tienes acaso algo más que ofrecer a cambio de mi silencio? — Cesare sonrió sardónicamente.

— Eso es chantaje — Mirella protestó, horrorizada.

— Chantaje ó no, es una actitud mucho menos sórdida de lo que tú me hiciste. Cambiaste sexo por informaciones en tu provecho. Me vendiste por treinta dineros. ¿Qué tipo de criatura eres, Mirella? Y me usaste...

— Yo jamás usaría a alguien de esa manera.

— Vas a pagar ahora por lo que hiciste, cara. Y no te preocupes dándole explicaciones a Haland. Todo está acabado entre ustedes dos, garanto, y él nunca sabrá de lo que escapó, gracias a mi interferencia. OK, basta de plática, te pasaré a buscar mañana a las ocho de la noche. Precisas descansar un poco ahora.

Mirella tragó en seco y comenzó a salir del coche. Pero Cesare la agarró, como si ella fuese una muñeca, y la hizo sentarse de nuevo.

— Ven acá... — dijo.

— Sácame las manos de encima.

— Quiero un anticipo ahora. — la agarró de los cabellos, haciéndola erguir el rostro.

— Déjame... ir — Mirella rumió.

— Precisas algún entrenamiento, cara. Luego vas a ver como no podrás vivir sin mí.

— ¡No! — Mirella gritó.

— Nunca me digas que no. Y, si me cierras la puerta en las narices, yo la tiraré abajo. Cesare la sostenía con fuerza. El corazón de ella latía descontroladamente y una violenta excitación la hacía vibrar. Sus senos ya estaban rígidos, y aparecían bajo la fina blusa; los pezones dolían.

— Para con esto... — ella insistió.

— Pero no estoy haciendo nada... aún.

Él bajó la cabeza y presionó los labios calientes en el cuello de Mirella. Una sensación devastadora se apoderó de ella. En un acto espontáneo, ella le agarró los hombros.

Del cuello Cesare pasó a los labios; con la lengua, la forzó a abrirlos. Y penetró en el interior de su boca, demostrando habilidad profesional. Mirella enterró las uñas en la espalda de él con una pasión salvaje como jamás experimentó antes, y que la consumía. Correspondió a los besos con frenesí.

De súbito, Cesare se alejó y la empujó para atrás.

— ¡Que talento el tuyo! — exclamó. — Tal vez haya elegido un castigo equivocado. Ó tal vez pienses que me vas a convencer de perdonarte.

Mirella limpió sus labios con el dorso de la mano, enojada. Sus ojos color amatista brillaban de odio. Salió del auto y se quedó de pie en la calzada; se avergonzó al descubrir que sus piernas casi no podían sustentarla.

— Si no me dejas en paz, vas a ver que estará creando aún más problemas.

— ¿Es una amenaza? — indagó él, con voz suave.

— No, Cesare, no es una amenaza. No acostumbro hacerlas. Es apenas un aviso.

Destruiste mi vida años atrás, y sólo ahora descubro porqué... — Mirella casi no conseguía hablar, su garganta estaba cerrada. Con esfuerzo, balbuceó: — Pero no fui yo quien negoció con las informaciones confidenciales. Te equivocaste mucho al...

— ¡Maldición si erré! — Cesare maldijo.

— La verdad es que no voy a permitir que continúes martirizándome. — los ojos de ella ya estaban llenos de lágrimas, la voz trémula. — Preciso mi empleo y no pretendo pedir la dimisión. Por lo tanto, déjame en paz.

— Mañana de noche, a las ocho — repitió él, y golpeó la puerta.

Minutos más tarde, Mirella se acostaba en la cama de su minúsculo cuarto, y cubría el rostro con sus manos. ¿Cómo pudo Cesare pensar aquello de ella? ¿Cuántas muchachas de 22 años, habiendo apenas terminado la universidad, serían capaces de tamaña vileza? Después de muchos años... sólo ahora descubría de lo que Cesare la culpaba.

La acusó de haber desaparecido como una humo. Eso significaba que intentó mantener contacto. Ella recibió la comunicación del término de sus actividades en Industrias Falcone por correo, en una carta desde Hong Kong, donde Cesare se encontraba en aquella ocasión. Mirella estaba en proceso de mudanza de apartamento, pero, con la pérdida de su empleo, ya no pudo hacerlo. Perdió, también, la considerable cantidad que dio como depósito a la inmobiliaria. Si su hermana Winona y su marido no hubiesen vuelto de Francia apresuradamente, por causa de la grave enfermedad del padre de Roger, no hubiera tenido un lugar donde vivir.

Y no muchas semanas habían pasado cuando se vio obligada a encarar, no sólo que su carrera estaba arruinada, su corazón partido, sino también la dura realidad que estaba embarazada. Un hijo de Cesare, concebido con amor, en la pasión y en la... irresponsabilidad. Mirella quedó desconsolada. Después de muchas lágrimas y noches en vela, decidió dar la criatura en adopción.

— Veremos — Winona dijo, bastante calmada.

Pero, cuando el bebé nació, una niña, Mirella se dio cuenta de que no podría separarse de la criatura. Y los años que siguieron, tres, fueron penosos. A fin de dar a Susie una vida mejor, resolvió dejarla bajo el cuidado de su hermana, y vivir separada de su hija durante la semana, para verla apenas los fines de semana.

Santo Dios, como odiaba a Cesare. No en tanto, cuando, hacía poco, él la tuvo en sus brazos, cuando la besó... ¡Dios! Furiosa, Mirella refregó sus labios, detestándose.

¿Cómo podía hacerla sentirse de aquel modo una vez más? Su reacción fue completamente destituida de buen juicio. Años atrás estuvo terriblemente enamorada de él, y el deseo que Cesare despertó en ella culminó en una inolvidable noche de amor, que le pareció una consecuencia tan natural como respirar.

Pero los acontecimientos que se sucedieron la hicieron lamentar su falta de control. Y no podía condenar apenas a Cesare. En espacio de minutos, fueron del primer beso a la cama, y ella no pensaba en lo que hacía. E imaginó que lo mismo pasó con Cesare. Ahora, un poco más vieja y, esperaba, más juiciosa, pensaba diferente. Fue ingenua, víctima de ideas románticas y creyó, por un momento, que aquella noche significaría para él algo más que un simple deseo de hombre por un cuerpo de mujer.

Y ahora, minutos atrás, Cesare ejerció su poder de macho, sólo para humillarla. Y ella, en vez de repelerlo, lo aceptó con placer, incapaz de resistir al poder de la atracción del hombre que amaba... pero que no la amaba de verdad. Mirella se llenó de vergüenza. No se sorprendía que Cesare le encontrara promiscua.

Dominada por el odio, se metió bajo las sábanas. Trabajaría al día siguiente. Y, si él apareciese de noche, conforme dijo, llamaría a la policía.

¿Quién se pensaba Cesare que ella era? No contento con acusarla falsamente de un crimen, ¿ahora intentaba negarle el derecho de ganarse la vida? ¡Y la amenazaba! Conocía el temperamento de Cesare. Era exagerado en sus emociones, acostumbrado a conseguir lo que quería.

¡Interesante! Su hija, Susie, tenía el mismo temperamento del padre, Mirella reflexionó.

A la mañana siguiente, más ó menos a las once, Mirella estaba al teléfono cuando Edwin Haland llegó a la oficina. Parecía cansado, tenía aire abatido. Pasó cerca de ella sin encararla, y entró en su oficina. Algunos minutos más tarde mandó llamarla.

— Llegué tarde —él dijo — porque tuve un compromiso en Industrias Falcone. Después de lo que oí anoche, pensé que precisaba hacer algunas preguntas sobre tu salida del último empleo.

Mirella quedó pálida y retrucó:

— Por lo visto, no quedaste satisfecho con mis explicaciones...

— No se trata de algo personal —respondió seriamente. — Pero quedé intrigado por el hecho que no hubieras mencionado tu empleo anterior con Cesare Falcone.

Mirella se sonrojó, y no respondió. La verdad era que, si hubiese presentado un currículum honesto, no habría conseguido el empleo en Earth Concern. Y precisaba desesperadamente de trabajo.

— No deberías haber escondido lo que pasó. —Edwin suspiró, sin poder disfrazar mucho su incomodidad. — Lo siento mucho, pero una persona que comete deshonestidad con dinero no puede trabajar en un emprendimiento como el nuestro.

Mirella se sonrojó. Cesare consiguió que el techo cayera sobre su cabeza, conforme prometió. ¡Le costaba creer que él pudiese exponerla a una situación tan ridícula!

— Pero yo... —Mirella comenzó a hablar.

Edwin levantó la mano.

— No deseo detalles, Mirella.

— ¿Ya oíste decir que una persona es inocente hasta que se pruebe lo contrario? —Mirella preguntó.

Sin dar atención al argumento, Edwin dijo:

—Me gustaría pedirte que solicitases tu dimisión. Eso nos libraría de situaciones desagradables. Durante el tiempo en que trabajaste con nosotros, fuiste una excelente funcionaria. Y estoy dispuesto a darte buenas referencias.

— Entiendo que precisas dispensarme porque Cesare no me quiere aquí, y porque tienes miedo que él retire los fondos que prometió a la campaña. Es eso, ¿no? Todo bien, entonces. Saldrá ahora mismo. Pero, cuando sea probado que hubo un lamentable engaño, espero que me pidas disculpas, Edwin, pues creo que tú, al menos, ¡me conociste mejor que Cesare!

No importaba la promoción, ella pensaba mientras salía de la oficina. Lo que importaba era que, en espacio de 24 horas, Cesare destruyó su vida una vez más. Casi no podía creerlo. Naturalmente podría continuar en el empleo hasta que fuese encontrada una razón más aceptable para su dimisión. Pero su orgullo no le permitiría continuar trabajando al lado de un hombre que la consideraba una ladrona. De cualquier manera, Edwin prácticamente le garantizó que no contaría a nadie porqué salió de la firma.

Lágrimas ácidas quemaban sus ojos. ¿Cuánto tiempo le llevaría ahora encontrar otro empleo? ¿Cuánto tiempo para probar que era inocente? Sus planes de traer a Susie a Londres, luego que pudiese encontrar un apartamento mejor, se fueron agua abajo. Volvía, de repente, al punto en que estuvo tres años atrás; pero mucho menos optimista. Dios, ¿por qué debería siempre estar involucrada con Cesare Falcone? Él era la maldición de su vida. ¿Qué hizo para merecer tamaña falta de suerte?

Mirella andaba por la calle donde vivía cuando vio la Ferrari. El coche brillaba a la luz del sol, una joya en medio de autos comunes. Mirella sabía que era de Cesare. Cuando estaba bien cerca, él descendió y fue a su encuentro.

Mirella paró, atónita ante la apariencia elegante de Cesare. Él usaba traje gris, camisa de seda azul que ponía en evidencia su piel dorada. Los zapatos eran hechos a mano. Algunas jóvenes que pasaban por la calzada opuesta pararon al verlo pasar. Si, él era un regalo para los ojos, Mirella reconoció a contra gusto, pues lo odiaba.

— Mirella...

— ¿Viniste a vanagloriarte? —dijo Mirella, sorprendida porque él no estuviera sonriendo como una hiena. No en tanto, notó que estaba tenso.

— No hablé con Haland, no. No me encontraba en la oficina cuando él apareció.

¿Por qué aquello sonara como un pedido de disculpas?, Mirella se preguntó en el primer instante. Pero, ¡que absurdo! ¡Que idea loca! Cesare sabía hacer enorme cantidad de cosas. Poseía mucha habilidad. Pero pedir disculpas no constaba como parte de su lista de dotes personales. Pero, ¿por qué dijo que no habló con Edwin?

— Edwin conversó con Sandro —él agregó.

Con Sandro, ¿con aquel inútil?, Mirella reflexionó con un temblor de desagrado. Sandro, hermano de Cesare, era un ignorante que, sin la protección de su hermano mayor, jamás conseguiría empleo en una firma de renombre. Y Sandro estaba en posición de destruir su honra, en una conversación con Edwin Haland, era la mayor traición preparada contra ella. Y la máxima humillación.

— No importa quien habló con Edwin, ¿ó sí? El resultado sería el mismo —argumentó Mirella.

Cesare, sin la menor duda, estaba pálido, una palidez que aparecía bajo su piel bronceada. Mirella quedó allí parada, trémula de resentimiento y angustia, e intentando maldecirlo con la mirada.

— Precisamos conversar —él susurró.

— La única persona con quien preciso conversar ahora es con un abogado. Y tengo mucho placer porque el inútil de tu hermano esté en la misma situación que la tuya. Así, mataré dos pájaros de un tiro. Y, créeme, pretendo ir hasta el final. Ahora, ¡sal de mi camino!

— No te aconsejaría consultar un abogado.

— Vamos, vamos, ¡claro que no! Pero, al final, vivimos en un mundo libre, ¿ó no? ¿Tú crees muy bueno levantar acusaciones falsas contra mí y hacerme perder el empleo; y yo no puedo intentar defenderme? ¿Quién te piensas que eres, Cesare? —Mirella preguntó agresivamente, apretando las manos. — ¡Vete!

Cesare la encaró, como si estuviese hipnotizado, los ojos de reflejos dorados fijos en los de ella.

Irritada por la falta de respuesta, Mirella lo empujó con su pequeña mano para sacarlo del camino.

Cesare le agarró la mano y no salió de su lugar.

— ¿Qué pretendes hacer y como...? — Mirella casi gritó.

Sin la menor ceremonia, y en medio de la calle, él la agarró de la cintura y la irguió, de modo que los labios de ambos se tocaron. Y Cesare la besó con un hambre que provocó en ella olas de calor.

Un gemido ahogado escapó de los labios de Mirella. De modo inesperado, Cesare la colocó de vuelta en la calzada, pero bien lentamente ahora, haciendo que el cuerpo de ella se deslizase sobre el suyo, usando toda la sensualidad en ese acto.

La cabeza girando, sintiéndose entorpecida, la mente perturbada, Mirella descubrió lo que provocara el súbito asalto. Sus mejillas se prendieron fuego al sentir la inconfundible excitación física de Cesare. Los misterios de la libido masculina la dejaron desconcertada, en medio de la ardiente discusión.

— ¡Dio! — él dijo, en un agitado susurro. — ¡Te deseo tanto! Siento hasta dolor...

CAPÍTULO III

De súbito, despierta y conciente que estaba sumisa en los brazos de Cesare, Mirella se separó de él y corrió hacia la puerta del edificio donde vivía. Subió corriendo las estrechas escaleras, llegando al último piso en tiempo record. Puso la llave en la cerradura, después de haber tenido dificultad en encontrarla en la cartera. Sólo percibió que Cesare estaba justo detrás de ella cuando abrió la puerta.

— ¡Vete! — gritó.

Cesare impidió que Mirella cerrase la puerta en su cara.

— Per amore di Dio. — él miraba el pequeño y claustrofóbico apartamento, desnudo como una celda.

— No te quiero aquí — ella dijo.

Arrogante, Cesare la empujó y entró. El espacio era mínimo. Había una cama; una pequeña mesa contra la pared, con una cocina portátil de dos hornillas encima; y del lado opuesto otra mesa.

Él examinó todo con mirar de desagrado.

— Es limpio. No vas a encontrar ningún insecto aquí. — Mirella estaba terriblemente avergonzada, pero luchaba para ocultarlo. — Tal vez quieras hacer una búsqueda a fin de ver si encuentra el producto del robo del cual me acusas.

— Te apoderaste de un cuarto de millón de libras en operaciones en la Bolsa de Valores. Imagino que hayas escondido todo en algún lugar seguro. ¿Tal vez dónde pasas tus fines de semana? — Cesare la observaba fijamente, a fin de no perder cualquier cambio de expresión.

— ¡¿Un cuarto de un millón de libras?! — ella repitió. — ¿Y crees que viviría aquí, como un pájaro enjaulado, si tuviese todo ese dinero?

— Sería una locura de tu parte aparentar riqueza, pero, esto... francamente. — Cesare lanzó una mirada alrededor y frunció la ceja. — Tu salario en Earth Concern podía ser bajo, pero creo que podrías vivir un poco mejor.

— Puedo tener gastos que desconoces. — ni bien habló, se arrepintió. — Un cuarto de un millón de libras — Mirella susurró, tentada a sonreír sardónicamente al imaginar co-

mo sus últimos años habrían sido diferentes si hubiese tenido acceso a por lo menos una migaja de esa cantidad.

— ¿Qué hiciste con el dinero? — Cesare insistía.

— ¡Nunca tuve ese dinero en mis manos, santo dios! — Mirella protestó, irritada por tener que probar su inocencia a una persona que se rehusaba a oírla.

— Depositaste cincuenta mil libras en tu cuenta corriente. ¿Qué hiciste con el resto? Cincuenta mil. Mirella recordó algo. Un mes después de haber sido despedida de Industrias Falcone, quedó atónita al recibir el extracto de su cuenta bancaria informando sobre el depósito de la citada cantidad. Fue inmediatamente al banco para declarar que hubo una equivocación, y que el dinero depositado en su cuenta no le pertenecía. Increíblemente, en el banco, no se interesaron por el caso, afirmando que no hubo error alguno.

Algunos días más tarde Mirella se preguntara si Cesare había depositado el dinero como forma de calmar su conciencia, después del modo brutal como la tratara. Pero luego concluyó que era imposible. A todo esto, le llevó semanas persuadir al gerente del banco de la necesidad de que fuese retirado ese dinero de su cuenta.

— Pero... ¿cómo supiste que tenía la mencionada cantidad en mi cuenta corriente?

— Poseo mis propios métodos. Y ahora, ¿confiesas tu culpa?

Mirella quemaba de odio. Era demasiada coincidencia. Alguien preparó todo aquello. Pero, ¿quién? ¿Y cómo podría descubrir y probar su inocencia? Por cierto el banco tendría condiciones de saber quién transfiriera las cincuenta mil libra de una cuenta a la otra. Pero no discutiría el asunto con Cesare. Sin duda él diría que, por miedo a la investigación, ella transfirió el dinero en un intento de esconder su deshonestidad.

— Sólo trabajaste con Edwin recientemente. ¿Qué hiciste antes? ¿Viajaste? ¿Te divertiste en fiestas?

No hubo fiestas en su vida en los últimos años. A pesar de las protestas de su hermana, vivió prácticamente sola. Haciendo algunos trabajos esporádicos, con los cuales ganó algún dinero, pero no el suficiente para vivir con Susie en Londres.

En fin, no tuvo mucha elección. Sería pedir ayuda a Cesare declarando que él tenía una hija, ó recurrir a Winona y Roger. Entre ambas opciones, la familia ganó. En verdad, Mirella preferiría dormir en un banco de plaza a decirle a Cesare que tenía una hija. Un hombre que la despidió de su empleo a la mañana siguiente de la noche en que pasaron juntos, no merecía ser padre.

— ¿Y las fiestas? — Cesare insistió. — ¿Te pasabas la vida yendo a fiestas?

Mirella tiró la cabeza para atrás, y mintió:

— ¿Por qué no?

— ¿Con quién? — él preguntó, frunciendo la frente.

Mirella se divertía con la rabia de él. Si, Cesare la deseaba, la encontraba atractiva. Y ella, a pesar de odiarlo, vibraba cuando Cesare la tocaba. Él era un hombre terriblemente sensual.

— Te pregunté con quien — insistió Cesare.

— ¿Y qué te importa con quién salía?

— Quiero saber. Y quiero saber también donde has ido los fines de semana durante los últimos años.

— ¿Acaso te pregunté lo que has hecho en los últimos fines de semana? — Mirella se sorprendió oyendo su propia voz hacer la pregunta.

— Yo pregunté primero —él retrucó. — ¿Con cuántos hombres saliste?

— ¿Con cuántas mujeres saliste?

— Los fines de semana, ¿con quién estuviste, Mirella? ¿Con quién?

Mirella pensó luego en la cantidad de días que pasó en la compañía del abuelo de Roger, un hombre que conocía desde los tres años. Baxter Keating era un agradable señor bastante habilidoso que compartía su inmensa mansión con su nieto Roger y Winona. Y tenía siempre mucho cuidado para no interferir en la vida privada de la pareja.

— Con un hombre mucho mayor que tú, Cesare.

— ¿Casado?

— Viudo.

— Ese hombre se quiere casar contigo —Cesare rumió.

— ¿Casar? ¡Oh, no!

— Pero tú vas a su casa todos los fines de semana... Y te quedas con él allá.

— Cierto —dijo sin entrar en detalles, y Cesare profirió una blasfemia. — Si no querías saber la verdad, ¿por qué preguntaste? —Mirella respondió, satisfecha por no haber tenido que mentir. Al final, pasaba horas con el viejo Baxter. Tuvo alguna esperanza que Cesare la dejase en paz después de eso.

Pero, furioso, él preguntó:

— ¿Fue ese el hombre que te dio el vestido que usaste anoche?

— ¡Fue! —en fin, Roger trabajaba para su abuelo, y todo lo que su hermana poseía venía indirectamente de él.

— Con certeza ya habías gastado todo tu dinero —insistió Cesare.

— Sobró algo —Mirella mintió. Dios, aquel diálogo estaba poniéndose cómico, ella pensó malévolamente, divergiéndose con los celos de Cesare.

— Sin la menor vergüenza me dices que eres una...

— ¿Mujer de dudosa moral? —Mirella se anticipó.

— Las actividades que confiesas están muy próximas a la prostitución —Cesare la condenó con crueldad. — ¿Y Harald? ¿Está en esto?

Mirella quedó pálida. Cesare se portaba de manera absolutamente cruel.

— ¡No!

— Madre di Dio... Dios tenga piedad de él. Ya no vas a tener contacto alguno con Harald de aquí en adelante. Ni me ofenderás más refiriéndote a tus relaciones de ese tipo que si quiera hayas tenido.

La conversación ahora se tornaba violenta, reflexionó Mirella. Ella se aterró.

— Yo...

— Ni una palabra más —Cesare la interrumpió. —Dio, ¿por qué me contaste todo esto? ¿No podías haber mentido? —él maldijo en italiano y Mirella dio un paso atrás. — No, es mejor que sepa la verdad.

— Yo creo que es mejor que te vayas ya. —ella le apuntó la puerta.

— ¿Por qué? ¿Justamente ahora que me vas a informar el precio de tu trabajo?

Sin entender lo que Cesare quería decir, Mirella indagó:

— ¿Qué precio?

— Estoy dispuesto a pagar cualquier precio para tenerte en mi cama.

Mirella se mordió el labio, y balbuceó:

— Yo...

— Tú declaraste, sin la más mínima vergüenza, que... — Cesare evitó decir una palabra ofensiva. — Sabes como te deseo. Di tu precio.

Mirella casi se ahogó con el esfuerzo de tragar. Cesare creyó que ella era una mujer promiscua, que tenía un amante fuera de Londres. Que tenía amantes, no sólo uno. Creyó que él la estrangularía. Pero, de un momento a otro, tuvo la impresión que, en vez de asesinarla, Cesare resolvió negociar sus favores en la cama.

Mirella quedó perpleja. ¿Cesare la desearía tanto así? ¡Fue tan cruel en la noche! Por primera vez lo veía descontrolado. Involuntariamente quedó fascinada por las emociones vibrantes de Cesare, luchaba entre el deseo de matarla y el deseo de... ¡Oh!

— No soy un tipo — Mirella susurró, sólo para atormentarlo.

— Algún día, de una forma u otra, tal vez cuando yo haya saciado este deseo obscuro de tu cuerpo, te sacaré de mi cabeza, de mi sangre — él dijo con voz solemne, como si estuviese haciendo un juramento sobre la Biblia. — Entonces, te castigaré por esta negociación inmundada que me reduce al nivel de un animal.

Con la boca seca, creyendo que imprudentemente desencadenara mucho más de lo que podría manejar con aquel temperamento siciliano, Mirella se quedó mirando por la ventana, no confiando en sí misma, mucho menos en él, pues sentía la llama de la pasión vibrando en el aire, entre los dos.

— Cesare... yo no quise decir...

— Y pensar que podría haberme librado de todo esto... — él murmuró. — El primer día que hablé contigo en la fatídica entrevista, ¡creí que no debería contratar una mujer que deseaba desnudar y meter en la cama más próxima! Conduje una entrevista que consideré una verdadera pesadilla... y tú aguantaste todo estoicamente.

— ¿Intentabas asustarme? — Mirella preguntó, pasmada.

— Fui un tonto. Te di el empleo.

Mirella estaba cada vez más perpleja. Cesare se interesó por ella desde el principio, aún que sin demostrarlo claramente. Jugaba a esperar, entreteniéndose con la perspectiva de que un día Mirella se rendiría, sin restricciones.

Y ella fue tan ingenua como un corderito que cayó en la boca del lobo. Y se preguntó muchas veces por qué Cesare no había tomado precauciones la noche en que Susie fue concebida. Considerándose que era un hombre mucho más experimentado que ella, quien se entregó después del primero beso, aún se sorprendía por la falta de consideración de Cesare a las consecuencias que podrían presentarse. Pero sólo en aquel instante se le ocurría que, en lo referente a Susie, no lamentaba nada de lo que pasó. No podía imaginar su vida sin su hija.

— Ahora, al menos, ¡sé bien con que tipo de mujer estoy lidiando! — declaró Cesare con furia.

De súbito, Mirella percibió que Cesare estaba tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo. Ella ya se pegaba a la ventana, intentando evitarlo. Y protestó:

— Tú no sabes nada de mí.

— Tú me excitas, ¿qué más preciso saber?

Los senos de Mirella estaban rígidos, un calor le recorría los miembros. Pero ella luchaba con todas sus fuerzas contra sus emociones.

— Ni siquiera te gusto. Me llamaste ladrona y traidora — Mirella susurró. — Como puedes aún me...

— ¿Desearte? Si. El sexo es un apetito, cara. Cuando estoy cansado, duermo. Cuando siento hambre, como. Cuando...

— Cierra la boca, y déjame en paz. — Mirella comenzó a temblar, como si estuviese sujeta a una fuerza magnética. — ¡No me toques!

— ¿Tienes miedo de esto...? — con la punta del dedo, Cesare recorrió la línea del escote del vestido, dejando un rastro de fuego por donde pasaba. La sangre en las venas de ella parecía entrar en ebullición. — ¿No es esta un interesante descubrimiento? — Cesare murmuró. — Al final tú tienes, como todo el mundo, un talón de Aquiles, cara. Tu cerebro no puede controlar aquello que te hago sentir, y que, naturalmente, te asusta.

— No...

— ¿No qué? — con un movimiento indolente Cesare colocó las manos en las caderas de Mirella y la levantó. — ¿No quieres que te toque porque tienes miedo que descubra que estás desesperada por mis caricias? ¿No quieres que te toque porque puedes entregarte a mí a cambio de nada? — él estalló en una sonora carcajada. — Te entregaras, lo juro. Y, en mi caso, no habrá precio.

— ¡Ponme en el piso! — Mirella gritó.

Cesare la besó. La besó y sintió el corazón de ella acelerarse. La besó hasta oírla gemir como un animal que sufría el dolor del amor.

Mirella se sentía débil, como una víctima de un accidente, aún trémula con el impacto. Dedos largos desabotonaban su blusa. Horrorizada, ella agarró la mano, en un intento de impedirlo.

— ¡No! — pidió.

— Tú eres mía — Cesare susurró, agarrándole los senos.

Hacia tanto tiempo que Mirella no sentía ese tornado de emociones, que sus dientes se apretaron por el placentero dolor de la excitación. Cesare casi la desnudó por completo, descubriendo curvas deliciosas que Mirella intentaba esconder.

Con un gemido ronco y sensual, él le acarició los pezones con dedos firmes, observando con satisfacción el resultado de sus caricias.

De ojos cerrados, ella gemía, luchando para controlar su reacción de placer evidente.

— No... No...

— Que extraño... Tu cuerpo me atrae a pesar de saber que tu corazón es mercenario

— Cesare murmuró, jugando con los senos rígidos. Ejecutaba movimientos eróticos usando los pulgares.

A un momento dado ella sintió un aire frío recorrerle la. Estaba desnuda. Cesare también se desnudara. Mirella recordó entonces el pasado. Pasado y presente se mezclaban indistintamente. Como si estuviese en un transe hipnótico, se zambulló en los ojos de reflejos dorados de Cesare, y se entregó sin restricciones.

— ¡Eres tan linda! — él balbuceó.

Mirella quiso retribuir el elogio, pero su voz no salió. Se limitó a levantar la mano y rozar la piel caliente del duro tórax.

— Cesare... — fue un gemido de completa rendición.

Mirella se estremeció cuando él le separó los muslos y exploró con los labios el calor y la humedad de su vientre. Emitió un gemido ronco de excitación que se hizo eco al gemido de Mirella, Cesare se arrodilló sobre ella, besándola con locura como si con eso confirmase su posesión total.

La envolvió enseguida con brazos firmes y, resueltamente, la penetró. Hubo un momento de dolor que la hizo morderse el labio y sentir el gusto de la sangre. Cesare murmuró cualquier cosa en italiano y la sensación que la dominó fue tan violenta que la hizo gemir, por el choque de placer.

Pero Cesare la penetró de nuevo, en el lugar que consideraba solamente suyo. Mirella lo abrazó, en un acto de aceptación, y permitió que él le enseñase una vez más el ritmo primitivo del amor. Alcanzó el clímax en una explosión de placer, susurrando su nombre con ojos llenos de lágrimas.

Cesare lentamente escurrió su cuerpo para un lado, en el espacio que sobraba de la pequeña cama; con uno de los brazos apretaba el cuerpo de Mirella contra el suyo, caliente y húmedo.

Muy lentamente fue bajando la mano hasta el vientre de ella, y paró de repente al contacto con una cicatriz.

— ¿Qué problema te causó eso? — preguntó, tenso.

Él ya examinaba el lugar con ojos atentos, mientras Mirella buscaba algo para cubrir su desnudez que ahora, ella más alerta, comenzaba a incomodarla.

— ¿Fuiste operada? ¿Una cirugía grande? — Cesare indagó de nuevo.

— No, apenas un pequeño problema femenino — Mirella mintió. — La cicatriz da la impresión de que la cosa fue peor.

— ¿Qué te pasó? — él insistía.

— Ya te dije, un insignificante problema femenino.

— No me está pareciendo insignificante...

— Pero lo fue, y siento mucho el hecho que encuentres mi cicatriz tan aterradora.

— Sabes que no fue eso lo que quise decir, pero quedé perturbado. Y, si fue el resultado de un problema insignificante, debes haber consultado un cirujano de quinta categoría.

Cesare saltó de la cama, y Mirella se puso a pensar en el día del nacimiento de Susie. Después de largas horas de sufrimiento, fue necesario que se sometiese a una cesárea. Pero recordaba, por encima de todo, la sensación de abandono que sufrió en el hospital. Todas las otras mujeres de la enfermería tenían consigo a sus maridos ó novios visitándolas. Y Mirella se sintiera mortificada por la piedad que causaba a todos, visitantes y enfermeras. Por eso prefirió decir que su marido había muerto en vez de confesar que su bebé era el resultado de una noche de amor con un hombre que no quiso posar más sus ojos en ella.

Y ahora, después de todo por lo que pasó, estaba otra vez en la cama con Cesare. Se avergonzaba de si misma. Giró y enterró el rostro en la almohada. No tenía argumentos para presentar en su defensa.

Cuatro años atrás ella amó a Cesare de verdad e imaginó que ahora, tal vez cambiado, él desease algo más que apenas sexo. En su ingenuidad lo imaginó así. ¡Como se equivocó!

Un deseo abrasador los juntó; pero, apagado el fuego de la pasión, volvieron a estar separados. Cesare la despreciaba, tenía una opinión negativa sobre sus principios morales. Apenas quiso humillarla; usarla como fue usado un día, según creía.

Pero... reflexionaba Mirella, ¿cómo pudo ella aceptar y sentir placer en los brazos de un hombre que odiaba? ¿Y cómo continuar viviendo con la cabeza levantada sabiendo que, en el instante en que Cesare la desease, estaría pronta para recibirlo?

— Cambié de idea sobre llevarte a vivir conmigo —dijo él, quebrando el silencio reinante.

Claro, pensó Mirella, Cesare ya consiguió lo que deseaba, y con el mínimo esfuerzo. En cuanto a ella, sería una idiota si aceptase la oferta de vivir bajo el mismo techo, sabiendo ahora los sentimientos de él.

— Ser servida por criados en un ambiente lujoso serviría apenas para confirmar que puedes obtener todo lo que quieres usando como pago el sexo —Cesare agregó, como si estuviese hablando con una prostituta declarada, cuyo pecado fue entregarse al amor.

— Quiero que te vayas ya —ella dijo al fin, con voz ahogada, pues continuaba con el rostro enterrado en la almohada. Mirella quería que Cesare se retirase antes que comenzara a llorar.

— Cuando me digas donde pusiste todo aquel dinero, entonces te encontraré un lugar mejor para vivir —declaró fríamente. — Por ahora, busca un trabajo, un empleo respetable, para no ser tentada nuevamente a conseguir dinero por medios ilícitos.

Mirella levantó la cabeza, sus ojos transformándose en fuego, y dijo:

— ¿Qué quieres que haga? ¿Que trabaje como limpiadora?

— No importa lo que hagas, mientras sea un trabajo honesto.

Mirella cayó en llanto. Todo su cuerpo se sacudía violentamente.

Cesare fue cerca de la cama, y ordenó:

— ¡Para con eso!

— ¡No lo consigo!

— Inténtalo.

Ella alejó su mirada, no quería encararlo más. Por Dios, Cesare la acusó de criminal, la persiguió tenazmente hasta expulsarla del empleo, impidió que tuviese una promoción, y ella ahora lo compensaba ofreciéndole su cuerpo. Santo Dios, ¿qué enfermedad tenía? ¿Qué estaría pasando?

— No me vengas con fingimientos diciendo que no me quieres, tanto como yo —Cesare declaró con crueldad. — Y no me confundas con tus otros amantes. Lágrimas de codrilo no me conmueven. Puedo ver, a través de tus ojos...

— ¡Eres un ciego! —Mirella murmuró.

— Soy más fuerte que tú. Más duro que tú —declaró malévolamente. — Y temible cuando me irrito. Acuérdate siempre de eso, y nos llevaremos bien. —él abrió la puerta y dijo: — A las ocho, esta noche. En ese momento estarás más calmada. Te llevaré a cenar.

— ¡No me digas! —Mirella murmuró. — ¿Me quieres alimentar para que tenga fuerzas en la cama? ¿Es eso?

Ella estaba más furiosa consigo misma que con Cesare. Perdió completamente el control en sus brazos. Y concluyó que Cesare la usaría hasta cansarse, y después la dejaría.

— ¿Qué te pasa? —preguntó él.

— ¡Nada!

— Para con esa actitud histérica, entonces.

— Estoy cansada. Apenas es eso.

Él ya estaba en la puerta y volvió. Con manos gentiles alejó una mecha de cabellos dorados del rostro de ella, y susurró, agachándose al lado de la cama:

— Estaría mintiendo si dijese que lamento lo que pasó hace poco. Y exijo que nunca adquieras una actitud defensiva cuando estás conmigo.

¿Actitud defensiva?, pensaba Mirella. ¡Que ironía! Cesare destruyó todas sus defensas en un único encuentro, y parecía ignorar lo que ese encuentro significó para ella.

— Duerme ahora... Dio mio... ¿Cómo puede una persona dormir en este nido? —él murmuró con repugnancia. Tomó su mano enseguida, enterándole una llave. — Puedes quedarte en mi casa de la ciudad, pero apenas por uno ó dos días. Mandaré un coche a buscarte dentro de una hora. —él se enderezó el cuerpo y fui hasta la puerta: — Vuelvo a casa a las seis más ó menos.

Y, en aquel instante, Mirella leyó con claridad la mente de él. Se encogió toda. Oyó la puerta cerrarse y un sollozo murió en su garganta adolorida. Nunca más permitiría que Cesare volviese a hacerle lo mismo. Saldría de su apartamento para siempre, mucho antes de la hora marcada. ¿Sería eso huir como un conejito cobarde?

Si, tal vez. Pero, con la poca resistencia que tenía cuando estaba en compañía de Cesare Falcone, solamente una nueva vida la salvaría de la ruina. Para Cesare ella no pasaba de una prostituta que merecía todos los insultos que le eran dirigidos. No importaba el hecho de que esa mujer nunca habría tenido otro hombre... Su orgullo e inteligencia no contaban para Cesare. Tampoco sus emociones.

Mirella se sentía perdida en un mar de dolor, cansada de luchar y de enfurecerse. No recordaba haber pasado por una experiencia semejante, tan amarga, en su vida. Pero, muy en el fondo de su mente sabía que, a pesar de todo, huir no ahogaría su dolor. El dolor continuaría con ella por mucho tiempo.

CAPÍTULO IV

— ¿Cuándo puedes comenzar? —Steve Clayton preguntó.

— El martes, si quieres —Mirella respondió. — ¿Estás seguro que quieres que trabaje aquí?

— Mirella, ¿te olvidaste que te ofrecí este mismo empleo cuatro años atrás? ¿Y que fuiste demasiado orgullosa para aceptarlo?

El celular sonó. Steve lo atendió.

Mirella se fue, preguntándose si tomara la decisión correcta aceptando el empleo de secretaria, el mismo que un día rechazara. Pero ahora lo precisaba mucho. Los tiempos cambian, ¿no?

Hasta la muerte en un accidente de coche, los padres de ella vivían en una casa alquilada en Thwaite Manor, donde también vivían Steve, nieto de Baxter Keating y primo de Roger, el marido de Winona. Los dos niños crecieron con las gemelas Winona y Mirella, pues eran vecinos. De adolescentes, Roger estuvo de novio con Winona y Steve con Mirella. Todos creían que no había duda que un día se casarían; aunque Mirella fuera renuente en aceptar el hecho, Steve tenía la esperanza que todo saldría bien.

Pero eso no pasó. Ya de adulta, Mirella tuvo coraje de encarar los hechos y decirle a Steve que no lo amaba. Roger y Winona ya estaban casados en aquella ocasión y quedaron desolados, en especial al constatar la desilusión de Steve. Mirella llegó a sentirse culpable por haber cambiado, mientras que Steve continuaba siendo el mismo. Su complejo de culpa aumentó cuando Steve, sabiendo que ella estaba embarazada, le propuso casamiento. Mirella prefería que él no lo hubiese hecho, pues sufrió mucho por tener que decirle que no. Consecuentemente, se sintió incapaz de aceptar el empleo que le ofrecía. El trabajo sería la solución, pero estaba segura que Steve continuaría con la esperanza de un día casarse.

Pero, en las circunstancias actuales, habiendo cambiado tanto las cosas, resolvió aceptar su generosidad. Además, Steve ahora tenía un noviazgo firme, y con el pasar de los años la relación entre ellos se fue poniendo menos íntima.

Mirella dio un salto cuando Steve gritó:

— ¡Susie! Sal ya de ahí.

Mirella vio un enorme jarrón oscilando en el aire. Una cabeza cubierta de cabello oscuro, un par de ojos castaños con reflejos dorados, apareció de repente muy cerca del jarrón. Susie pronunció una mala palabra, que cualquier madre quedaría horrorizada de oír, en especial saliendo de los labios rosados de una niña de poco más de tres años.

— No reacciones —dijo Steve con una sonrisa, al ver la mirada escandalizada de Mirella. — De acuerdo con tu hermana, Susie se olvidará de todo si no haces mucho alboroto. —después de una pausa, Steve agregó: — ¿Que tal un café?

— Me encantaría, pero estoy a cargo de los niños esta tarde.

— Es mucho mejor que tú cuides a Susie, que cualquier otra persona —comentó Steve. — Ella es una niña difícil, con una voluntad de hierro, el temperamento de un huracán.

En aquel instante, Susie tiraba arena a los otros niños, cosa que le fue prohibida varias veces.

— Eres una niña mala —dijo Mirella, mientras caminaban de regreso a la mansión.

— Soy buena, mamá —ella respondió, y salió corriendo por delante, balanceando las trenzas oscuras.

La hija de Cesare era tan parecida a él, Mirella reflexionaba con tristeza. La única cosa que heredara de su madre fue el tamaño diminuto. Con tres años y medio era pequeña para su edad; pero, por causa de su temperamento agresivo ninguna amiga osaría molestarla. Susie era brillante y necia... Y en general se comportaba mal, Mirella tenía que reconocerlo.

Con todo, Roger y Winona siempre la trataron exactamente igual de como trataban a sus tres hijos, John, Lizzy y Peter, criaturas fáciles de lidiar. Susie era diferente, un extraño en el nido, con su temperamento explosivo. Nunca había sido sometida a la mano firme de la disciplina, como sería indispensable en su caso, Mirella reflexionó, sintiéndose culpable.

— ¿Y bien? —preguntó Winona a su hermana, ni bien ella entró en la enorme cocina de la mansión.

— Voy a comenzar el martes.

Winona sonrió, satisfecha. Ella y Mirella, a pesar de ser gemelas no eran idénticas; no en tanto, de niñas, muchas personas las confundían. De adultas, las diferencias fueron

más evidentes. Eso incomodaba a Winona, que le gustaba parecerse con su hermana. Por eso se aclaraba los cabellos para que fueran iguales a los de Mirella, y los peinaba del mismo estilo.

— Que bueno que finalmente tomaste una decisión —dijo Winona. — Nosotros cuatro precisamos cenar fuera esta noche para celebrar.

— Está bien, pero creo que a la novia de Steve le gustaría de ir también —Mirella observó.

— Jenny está viajando de momento —comentó Winona frunciendo el ceño. — Al final, ¿qué tiene ella que ver? Steve y Jenny aún no están de novios ó... Voy a reservar una mesa para nosotros en el Coach...

— ¡No! —Mirella la interrumpió.

— ¿Por qué no? —Winona ya tenía el teléfono en la mano.

Mirella suspiró. Por lo visto, su hermana aún soñaba con verla casada con Steve, como si se tratase de una historia de Romeo y Julieta.

— No me parece buena idea.

— ¿Qué más pasó entre tú y el desagradable Falcone?

Mirella se sonrojó. Tomada por sorpresa, no tuvo tiempo de prepararse para fingir indiferencia.

— Yo...

— No reaccionaste con él, ¿ó sí? —indagó Winona. — ¡Otra vez! No voy a aguantar más eso. Tomaré el arma de Baxter, iré a Londres y mataré a aquel desgraciado.

— ¡Winona!

— ¡Cierra la boca! —ordenó Winona. — Tú lo proteges. Aún lo proteges. Roger y yo ya nos ofrecimos para llevarlo a tribunales, pero no quieres...

— No estoy protegiendo a Cesare. Estoy protegiendo a Susie —Mirella susurró. — Sabes como un caso de esos traería publicidad, y no estaría en condiciones de esconderle el hecho a ella. No podría llevar al padre de mi hija a juicio.

— Dormiste con él una vez. Y ahora, ¿lo volviste a hacer? —Winona preguntó, incrédula.

— No quiero hablar del tema. —Mirella estaba pálida.

— ¿Aún lo amas?

— No seas ridícula.

— Eres mi hermana, pero no te entiendo. —Winona ahora hablaba con voz trémula. — Steve te adora. Es un muchacho simpático, cariñoso, y tiene éxito en los negocios. Si quieres llevar la vida a tu modo, ¿por qué no con Steve? Al menos un día él se casaría contigo.

— Es mejor que me apesure, ¡de lo contrario me atrasaré! ¡Tengo tanto que hacer! —observó Mirella, ignorando las palabras de su hermana y subiendo al cuarto.

Dos horas más tarde, después de haber lavado los platos del almuerzo, fue a sentarse al lado del viejo Baxter que dormitaba en la silla de mimbre, en el jardín. Un gran sombrero de paja le cubría el rostro.

— ¿Con problemas de nuevo? —él indagó, haciendo saltar a Mirella. Ella creía que Baxter estaba entregado a un sueño pesado.

— ¿De dónde sacaste esa idea? —Mirella preguntó.

— Oí a Winona discutiendo contigo. —él suspiró. — ¿Qué tal pasar el otoño con Susie en mi casa de campo? Ambas precisan un poco de privacidad.

— Creo que sí. — Mirella se sonrojó, preguntándose cuanto habría oído de la conversación.

Los niños jugaban en el jardín, en una casa de madera que Roger construyó para los cuatro. El día estaba lindo pero el sol no conseguía elevar la moral de Mirella. Ella ya había partido de Londres hacía dos semanas. No comía ni dormía bien. El silencio del campo, esta vez, no ejercía la magia de siempre.

— Quiero mucho a tu hermana, pero reconozco que su vida fue muy fácil hasta ahora. Se casó con su amigo de la infancia, a los 19 años, y nunca tuvo que luchar por su supervivencia. Todo lo que ella deseó le fue presentado en bandeja: un marido, un hogar, hijos. Hazle acordar de esa realidad la próxima vez que discutan.

— Winona ha sido muy buena conmigo...

— ¡No cuando te continúa metiendo a mi nieto garganta abajo! Pude sentir, desde que tenías 16 años, que jamás te casarías con Steve. Él no es hombre para ti. Mirella dejó escapar un suspiro. A veces Baxter la perturbaba. Leía su mente como si fuese un libro abierto.

— Eso era tan claro como la luz del día —continuó—. Por el hecho de que Steve se parece a Roger, Winona creía que todo saldría bien entre ustedes y se casarían.

— Pero yo lastimé mucho a Steve.

— Y lo lastimarías mucho más si cedieras a las insistencias de tu hermana para que se casasen. —después de una pausa, Baxter preguntó:— ¿Es un ruido de coche lo que estoy oyendo?

Mirella giró la cabeza en el mismo instante en que un auto entraba por el jardín. Una Ferrari. Quedó paralizada en el lugar donde estaba.

— ¿Quién es? —Baxter rumió.

Cesare saltó del coche, sin darse el trabajo de cerrar la puerta. Atravesó la grama en largos pasos y se sacó los lentes de sol, poniéndolos en el bolsillo del saco.

— La Mafia llegó —susurró Baxter, divergiéndose.

Mirella quedó devastada. Sólo de ver a Cesare tuvo la sensación que él la agarraba del cuello.

— Voy a llevarte de regreso a Londres conmigo —dijo él agresivamente—. No te preocupes en hacer las maletas, ¡sólo entra en el auto! Me encargaré que traigan tus cosas más tarde.

Baxter lo miró con intenso interés. Y Mirella recordó inmediatamente las mentiras que contara en Londres, dando a entender que tal vez hubiese alguien que se interesaba por ella en el lugar donde pasaba los fines de semana.

— Y, en cuanto usted —Cesare declaró, dirigiéndose a Baxter,— si ya no estuviese más con un pie en la tumba que con los dos en el suelo, lo enterraría ahora mismo.

¿No ve que Mirella podría ser su nieta?

— ¡Cesare! —Mirella lo reprendió.

Baxter encaraba a Cesare, con sus brillantes ojos azules. Parecía divertirse.

— ¿Él es siempre así? —preguntó el viejo.— ¿Ó fue mordido por una serpiente?

— Cesare... Te mentí...

— ¿Sobre qué? —él la arrastró al coche.

En aquel exacto momento, alguien encendía el motor.

— ¡Oh, mi Dios! —Mirella gimió, al ver el lazo de cinta roja que ella colocara en los cabellos negros de Susie. La niña se sentaba en el asiento del conductor.

Cesare fue el primero en llegar al auto. Agarró a Susie y la sacó del coche. La niña reaccionaba con puntapiés, a los gritos. Ella no lo vio acercarse, y se divertía al volante. Mirella quedó aterrada cuando Susie enterró sus dientes en la mano de Cesare.

— ¡Dio! ¡Es un animalito! —él miraba su mano.

Susie pronunciaba palabras de baja calaña y miraba a Cesare como un boxeador pronto para la lucha.

— ¡Que niña malcriada! —Cesare exclamó, refregando su mano. — Y sucia también.

— ¿Quién es malcriada? —Susie protestó.

Ella no sabía que su madre ya estaba cerca. Los tres hijos de Winona también se aproximaban, pues oyeron los gritos de su prima. John, un niño de seis años, insistió con Susie para que pidiese disculpas.

— Susie nunca pide disculpas —se quejó Lizzy.

— Disculpe —dijo Peter, un niño calmado, más ó menos de la edad de Susie. Por lo visto, él ya había adquirido el hábito de pedir disculpas en nombre de su prima.

— No pido disculpas —berreó Susie, encarando a Cesare sin el más mínimo miedo.

— ¿Qué estás haciendo ahí parada? —él le preguntó a Mirella. — Entra en el coche.

Pero, ¿sobre qué me mentiste?

Susie le agarró el pantalón, insistiendo:

— ¡No pido disculpas!

— ¡Vete! —Cesare ordenó, irritado.

— No me manda a mí —Susie gritaba, pronta para la pelea. — Es un hombre muy malo.

— Ser bueno contigo sería una pérdida de tiempo.

— John, por favor, lleva a Susie para dentro —pidió Mirella, recuperando el coraje.

Mientras el primo mayor arrastraba a Susie, ella rompió en llanto, pidiendo ayuda a su madre. Enterrando las uñas en la palma de su mano, Mirella ignoró la súplica.

— ¿Sobre qué mentiste? —Cesare volvió a preguntar.

— Antes que nada, dime. ¿Cómo me encontraste?

— Tengo mis métodos. Pero te pregunté sobre que mentiste.

Cuando los sollozos de Susie disminuyeron a la distancia, Mirella respiró, aliviada. Todo lo que quería de momento era librarse de Cesare. ¿Sabría él que aquella era la casa de su hermana?

— Baxter no es mi amante —Mirella confesó. — Y estoy aquí con amigos.

— ¿Y cuál de esos amigos es tu amante?

Mirella quedó bordeaux de odio, y no respondió. Apenas dijo:

— Quiero que te vayas, Cesare.

— No me voy sin ti.

Los dos miraron hacia portón al oír el ruido de un coche que se aproximaba. Era Steve.

— Por favor, vete —Mirella ahora suplicaba.

— ¿Qué diablos está haciendo aquí, Falcone? —indagó Steve.

— Cesare ya estaba de salida —Mirella explicó, intentando calmar los ánimos de los dos hombres.

— Preséntame —ordenó Cesare, con los ojos lanzando llamas.

— Clayton. Steve Clayton —dijo Steve, poniéndose al lado de Mirella, en actitud protectora. — Y, si no sale de esta propiedad inmediatamente, tendrá dificultades.

— ¿Le parece? —Cesare sonrió irónicamente.

— Si, no lo dude —respondió Steve.
— Steve, por favor —pidió Mirella.
— Vengo esperando por este momento desde hace mucho tiempo —dijo Steve furioso.
— Mirella va a volver conmigo a Londres. Siéntate en el auto y quédate quietecita, cara. No demoraré.

Una vez constatado que no tenía nada más que hacer para convencer a Cesare, Mirella se dirigió a Steve.

— Esto no tiene nada que ver contigo —dijo.
— ¿Nada que ver conmigo? ¡Él te robó de mí hace cuatro años! —Steve vociferó, aún sabiendo que no era verdad. Ella rompió con Steve 18 meses antes de comenzar a trabajar en Industrias Falcone.

— Y estoy dispuesto a hacer eso de nuevo —Cesare declaró.
— Paren con la discusión... ¡los dos! Los niños pueden presenciar todo. ¿Están locos? Steve avanzó contra Cesare y este reaccionó al ataque dándole un golpe en el estómago, haciéndolo caer al piso, con un gemido.

— Entra en el coche —le dijo a Mirella enseguida. — Porque, si este sujeto se levanta, acabaré con él.

— No puedo, tengo que encargarme de los niños.
— Ve a hacer un paseo en coche, Mirella —sugirió Baxter. — Eso dará tiempo para que estos dos se calmen.

Mirella se revolvió. ¡Hombres!, pensó, son todos iguales.

— No tengo la mínima intención de entrar en el auto con él —declaró. — Y, si hubiera más peleas, usaré la manguera del jardín para calmar los ánimos.

Cesare simplemente la cargó en brazos y la arrojó, como si se tratase de un paquete, dentro de la Ferrari. Se sentó a su lado antes que Mirella se recuperase de la sorpresa.

— Déjame salir ya.
— Tú creaste la situación; por lo tanto, mereces todo lo que está pasando —reviró él, poniendo el vehículo en marcha.

Mirella hizo un esfuerzo para abrir la puerta; pero estaba trancada.

Cesare frenó el coche al llegar al portón y preguntó, con los ojos llenos de odio:

— ¿Hace cuánto conoces a Clayton?
— No te incumbe.

Cesare agarró los cabellos dorados de ella, impidiéndole moverse.

— No me hables así —dijo. — Estoy haciendo un esfuerzo enorme para no perder la cabeza.

La atmósfera se tornaba cada vez más explosiva. Los ojos color amatista de Mirella enfrentaban los de reflejos dorados de Cesare. Ella estaba súper tensa. Además, se sentía en ese estado desde hacía dos semanas. Era como si estuviese presta a morir.

— No tenías derecho de venir aquí —se quejó.
— ¿No? —con el dedo pulgar él contorneó el labio inferior de Mirella; y ella se estremeció.

— Quiero, ver la evidencia que tienes contra mí.
— No. Es confidencial y está guardada bajo siete llaves.
— Entonces, llévala a las autoridades. No voy a permitir que me chantajees. Haz lo peor, y...

— ¿Qué tal si hiciera lo mejor? — Cesare se inclinó y colocó el pulgar entre los labios de ella, buscando la humedad, el calor de la lengua. — ¿No sabes que sé hacer lo mejor de todo?

Un estupor fuera de lo común se apoderó del cuerpo de Mirella, haciendo que sus brazos y piernas pesaran mucho. Ella sentía también el peso de sus senos. Deseaba ardentemente que Cesare la tocara; y su necesidad era tan grande que llegaba a doler.

— Ni es preciso que llegemos a lo mejor. Un toque de mis manos ó labios es suficiente. — Cesare miraba el rostro ruborizado de Mirella, los ojos suplicantes. — No consigues controlar tus necesidades. Pero yo puedo...

— ¿Puedes? — ella levantó su mano y le acarició el rostro bien afeitado. Le encantaba el aroma masculino de Cesare.

Y él le mordió suavemente los dedos, antes que ella pudiese impedirlo. Mirella cerró los ojos mientras Cesare los chupaba, uno a uno. Estaba como envenenada, al borde de una erótica anticipación, y tan intensa que la consumía.

— Cesare... — Mirella arqueó o cuerpo, deseando contacto más íntimo.

Cesare le agarró el cabello.

— ¡Dio! ¡Como quiero estar dentro de ti! El caso es que, después de amarnos, me preguntaría si harías lo mismo con Clayton. Creo que sí. Al final, él es del tipo que pondría luego una alianza en tu dedo. No me sorprende el hecho que no quieras que te encontrara. Sería sexo conmigo y seguridad con él. ¿Concuerdas?

— Steve no es mi amante...

— Apenas una cuerda de reserva para tu arco de Cupido. ¿Acerté? — Cesare rió, con sarcasmo y desdén. — ¿Cuántas cuerdas más tienes de reserva? Llevas una doble vida, Mirella. Casi me olvidaba de Haland y su humilde empleo que sin duda se transformarías en altamente lucrativo si no fuese por mi interferencia. Aquella casa allá arriba, ¿es de Clayton?

Mirella estaba furiosa porque Cesare mencionara todo aquello. ¿Cómo pudo haberse olvidado, por un momento, el modo como Cesare la trató? Si, se olvidó completamente. Si no fuese por el control de él, mayor que el de ella, habrían hecho el amor allí mismo, en el coche. Se avergonzaba por su incapacidad de resistir a la desesperada hambre que Cesare le despertaba.

— ¡No! La casa no es de Clayton.

— Ah, sí. Tal vez no sea lo suficientemente rico para tus ambiciones. Quien sabe Clayton sea simplemente una reserva, en caso de necesidad. ¿De quién es la casa?

— No te voy a contar.

— Lo descubriré. Sabes eso, ¿no?

— Por favor, déjame en paz — Mirella suplicó. — Y olvídate que me conociste un día.

— Haré eso después que te tenga en mi cama durante algún tiempo.

— Lo que pasó ahora, no pasará nunca más.

— Me deseas tanto, Mirella, que no conseguirás alejarte de mí.

El dolor de la humillación la sofocaba. Estaba segura que, para Cesare, no pasaba de una prostituta, una mujer deshonesta, promiscua y ávida de dinero. La despreciaba, y usaba el sexo sólo para reducirla a un ser indigno, física y emocionalmente.

— No soy lo que piensas — Mirella murmuró. — ¡Y no entiendo porqué me odias tanto!

— Algún día te lo contaré. — él tenía el rostro duro como piedra.

Metió marcha atrás y ella preguntó.

— ¿Qué estás haciendo?
— Estás tan desesperada por verme lejos de aquí, ¡que quiero descubrir porqué!
Desconfiando de las intenciones de Cesare, Mirella protestó:
— ¡No! No vuelvas a la casa.
— Tú creaste el problema, cara. ¡Tus dos mundos están a punto de chocar! ¿Lo notas?
— ¡La casa es de Baxter! — Mirella dijo de prisa. — De Baxter Keating. Steve es su nieto...
— Me dijiste que Baxter era una visita. ¿Acaso eres una mentirosa compulsiva, Mirella?
— No estoy mintiendo esta vez. Sólo no quiero otra escena.
— ¿Ó tal vez estés aterrada por si Clayton descubre un poco mucho sobre ti? — sugirió Cesare, de manera desagradable.
— No vuelvas a casa de Baxter.
Cesare deslizó el dedo muy lentamente a lo largo de la cadera de ella, provocándola. Mirella se puso rígida. Él la besó entonces, casi destrozándole los labios. Pero no dolió, sólo la excitó. Con la lengua él le probaba los labios, llevándola a la locura. Y Mirella deseaba más, cada vez más.
De súbito, sin darse cuenta de cuando pasó, notó que ya no estaba sentada, sino acostada. Cesare rozó con la mano en la trémula cadera, alejando el vestido del camino. Ella estaba completamente sin control, el corazón disparado. Se agarraba a Cesare, a sus cabellos, al cuello, y le acariciaba el vientre firme.
Inesperadamente, alguien golpeó la ventana del coche, gritando. Mirella irguió los pesadas párpados, bien lentamente. Una alarma contra incendio no tendría efecto más desastroso. Ella sentía su alma separada de su cuerpo.
Cesare maldijo en italiano, furioso por haber sido interrumpido.
— Cristo... Tú, Mirella, me haces hacer locuras — la condenó abruptamente, sentándose en la butaca.
Mirella se sentó también. ¡¿Ella lo hacía hacer locuras?! ¡¿Ella?! El eterno síndrome de Eva, Mirella reflexionaba amargamente. Sólo en aquel instante reconoció el coche rojo estacionado, y evidentemente abandonado a las corridas, a un lado del portón...
Era el auto de su hermana. Mirella quedó pálida de horror.
Cesare, inconforme por haber sido sorprendido en aquellas circunstancias, e inexplicablemente, en vez de irse, como Mirella esperaba, abrió la ventana en busca de aire. Mirella se encogió, escondiéndose detrás de él, en pánico al oír a su hermana gritar.
— ¿Creé que este es un lugar para encuentros de amantes? — Winona no conseguía disfrazar su irritación. — ¿Cómo osa estacionar en la entrada de mi casa, y portarse de manera ultrajante? ¡Eso es una vergüenza!

CAPÍTULO V

Aterrada, Mirella susurró al oído de Cesare:

— ¡Vete, por el amor de Dios!

¿Dios, cómo pudo caer tanto bajo? ¿A plena luz del día, en un coche estacionado en un lugar donde cualquiera podría verlos? Pero estaba segura que, si fuera la policía, estarían en mayores dificultades que con Winona. Con el orgullo despedazado, un violento sentido de humillación, Mirella continuó allí sentada, esperando la fatalidad. No podía entender porqué Cesare no se iba, ó porqué continuaba sin decir una palabra.

— ¡Oh, mi Dios! —Winona exclamó. Espió dentro del coche, mirando a Mirella y a Cesare. Y ordenó a su hermana: — Sal ya de ese auto.

— Ustedes son muy parecidas —comentó Cesare. —Pero no idénticas. ¿Hermanas? —él intentaba hablar con naturalidad, pero se veía que no estaba en completo control emocional, como le gustaría estar.

— ¿Me oíste, Mirella? —Winona proseguía gritando. — ¡Sal ya de ese auto!

— ¡gemelas! Al menos no me quedé con la histérica —Cesare murmuró.

— ¿Quién es la histérica? —berreó Winona, golpeando con la mano el parabrisas.

Con una calma envidiable, Cesare metió marcha atrás una vez más y comenzó a salir del jardín de la casa.

— Entonces, tu hermana vive aquí también. Interesante —comentó.

— Ella está casada con el otro nieto de Baxter.

— ¿Por qué se puso casi loca cuando me vio? —Cesare tuvo curiosidad por saber.

— Realmente sería mejor que me dejaras y te fueras. —Mirella arriesgó tímidamente, mientras Winona entraba en el jardín manejando su propio auto.

— Por nada de este mundo me perdería todo esto. —Cesare observaba con curiosidad a Winona tras el volante del coche, pasando cerca de la Ferrari como una neurótica. — Tu hermana es bonita, pero no tanto como mi Mirella. ¿Ella te tiene envidia?

— Claro que no.

Cuando Winona desapareció dentro de la casa, Mirella salió del coche con las piernas flojas, suplicando a Cesare que se fuese. Sin mucha esperanza, con todo.

Cesare también salió y golpeó la puerta. Se arregló la corbata, se pasó los dedos por el cabello.

— No estás casada con Clayton, ¿ó sí? —preguntó de repente.

— ¡Claro que no!

— ¿Claro? —Cesare sonrió sarcásticamente. — En lo que se refiere a ti, cara, ¡nada me sorprende! Pero, ¿puedo entrar?

— Prefiero que te vayas.

— ¿Y perder esta maravillosa oportunidad de conocer a tu familia?

La puerta delantera estaba abierta de par en par. De la entrada, se podía oír a Winona gritando. Cesare reculó.

— Alguien debería tirarle un balde de agua fría.

— Winona te odia. ¿Qué esperabas? Mi familia sabe de lo que me acusas. ¡Todos aquí saben por qué estoy sin trabajo otra vez!

— ¡La pobre inocente! —Cesare murmuró, nada impresionado. — Garanto que hiciste el papel de mártir delante de ellos.

— ¿Por qué no te vas de aquí inmediatamente?

— ¿Tú también, Mirella? ¡Por favor! —alguien dijo desde la puerta.

Era Roger, con la ropa de trabajo, dejando bien claro que vino directamente de la hacienda.

— ¿Qué está pasando aquí? —él prosiguió. — Steve casi chocó el tractor, y yo llego a casa para encontrar a Winona sacando el arma de Baxter del armario... ¡Está histérica!

— Sugiero que no use esa palabra —Cesare le aconsejó, en tono de broma.

Roger lo miró, frunció el ceño, y se pasó la mano por el cabello rubio. Miró a Mirella y de nuevo a Cesare.

Suspiró. De repente, entendió todo.

— Soy Roger Keating, cuñado de Mirella, sr. Falcone.

— ¡No precisas ser cortés con él, Roger! —Winona dijo, ahora de pie en el hall. — Pídele que se vaya de esta casa.

— Winona —Roger susurró, avergonzado. — Vamos al menos a intentar ser civilizados en lo que respecta a...

— ¿Civilizados? ¡Ese hombre arruinó la vida de mi hermana! —Winona dijo con voz trémula. — Él sólo trajo desgracia a nuestra familia u...

— Por favor, no digas más —Mirella pidió.

— Si no fuese por ti, Falcone, ¡Mirella y Steve estarían casados ahora! —Winona observó. — Steve se ofreció a aceptar la criatura que nacería, pero Mirella fui demasiado orgullosa en consentirlo. Y ahora, cuando al fin las cosas comienzan a enderezarse, ¡apareces!

Sin mirar a nadie, Mirella fui al jardín. Pero oyó a Cesare exclamar:

— ¡¿Un hijo mío?! —el tono de su voz era de total incredulidad.

Winona comenzó a llorar, de súbito conciente de lo que dijo, conciente de lo que revelara.

Mirella se sentó en un banco del jardín. El sol de la tarde no contribuyó para calentarle el cuerpo.

Reconoció que debería haberle contado a Cesare sobre Susie. Pero, después de todo lo que él le hizo, se cortarían la lengua antes de revelar que había tenido una hija nueve meses después de su último encuentro.

El nacimiento de Susie vino después de una serie de humillaciones infligidas por Cesare y, cuando ella decidió no dar a su hija en adopción, se dijo a si misma que Cesare jamás sabría que Susie existía.

Cesare fue al jardín detrás de ella, e insistió, encarándola:

— Dime que eso no es verdad.

— Te pedí que te mantuvieras lejos de mí...

— ¿Sabías entonces que te buscaría? Pero, de cualquier manera, no creo que hayas dado a luz un hijo mío. Ó hija —declaró él.

— No hay problema. Vuelve a tu coche y vete. —Mirella le aconsejó. — Eso te debería haber dicho en el primer instante en que puse los ojos en ti por segunda vez.

— ¡Imposible!

— Fue una pena que no haya sido posible —Mirella dijo, pero no estaba segura si de verdad quería alejarse de Cesare.

Ella adoraba a Susie e hizo un inmenso sacrificio para conservarla consigo, pero también descubrió de prisa como era difícil criar a una criatura sin padre. Además, tuvo necesidad de depender de su familia a fin de dar a Susie un hogar decente. Y, para una persona independiente y orgullosa como en su caso, eso era motivo para una constante reprobación de si misma.

— Había cuatro criaturas allá afuera —Cesare dijo, como si hablase consigo mismo. — Tres rubias y una morena de cabellos oscuros y... asqueante.

Mirella esperaba la censura de Cesare. En espacio de cinco minutos Susie expuso su temperamento, su tenacidad, su agresión.

— La morena fue la que me mordió y maldijo —él prosiguió, pensativo, y después preguntó: — ¿Me vas a decir que aquella criaturita inmunda es mi hija? —sosteniendo el hombro de Mirella con fuerza, dijo: — ¡Te pregunté algo!

— Pero no quieres saber la respuesta; ¿concuerdas?

— Ella no parece tener edad para ser mi hija.

— Susie va a tener cuatro años en Diciembre. Es pequeña para su edad, sólo eso.

— Parece haber sido descuidada —Cesare miraba a Mirella con aire amenazante.

— ¿Descuidada?

— Madre de Dio... si lo que me estás diciendo es verdad y si la niña es mi hija, ¿quién cuidó de ella mientras estabas en Londres?

— Mi hermana...

— ¿Aquella bruja?

Mirella se puso pálida ante la descripción cruel que hacía de Winona.

— ¡Winona ama a Susie!

— ¡Pero me odia! —Cesare protestó. — Si la niña fuera realmente mía...

— Para de hablar así —Mirella lo interrumpió. — ¡Si fuera tu hija! Y métete en la cabeza que nadie te arrastró hasta aquí para que la cuidases. Viniste de libre y espontánea voluntad, y lo peor es que te rehúsan a irte.

— ¿Y por qué habría de pasar todo esto? ¿Por qué, estando embarazada, no entraste en contacto conmigo? ¿Por qué tuve que descubrir todo de casualidad?

— Es fácil adivinar la respuesta. No quería que lo supieras, no quería tu ayuda financiera. En verdad, no quiero nada que venga de ti. ¡Y no te debo nada después del modo como me trataste!

— ¿Y que me dices sobre lo que le debes a esa niña? No, no pensaste en ella, ¿no es verdad?

— ¿Cómo osas hablarme así?

— Ella está sucia, blasfema y me parece desesperada por atención. Todo eso prueba que no tiene una buena madre.

— Apenas la viste algunos minutos. No la conoces. Es una niña bien llevada, temperamental, pero se baña todas las noches. Te destrató porque...

— Perdóname si insisto. Pero, ¿por que motivo te quedaste con ella? ¿Sería como garantía por si acaso fueras condenada por tu deshonestidad? Al final, por lo que veo, la tiraste aquí y simplemente la alejó de tu vida.

— No fue nada de eso. La dejé aquí porque no tenía condiciones financieras de alquilar un apartamento decente; y sé que Susie está bien cuidada por mi familia. También...

— ¿Por dónde anda ella ahora? —Cesare miró alrededor, la frente fruncida. — Ni siquiera sabes eso, ¿no? Puede a estas horas haber sido atropellada por un coche, en esa calle con tanto movimiento.

— Susie es demasiado inteligente para ir más allá de los portones.

Mirella se preguntaba qué hizo para merecer esa pesadilla. Esperaba todo de Cesare, menos aquel ataque a sus cualidades maternas.

— Ella corre por ahí sin supervisión... Mi hija, ¿cuya existencia te negaste a comunicarme! ¿Quién te crees que eres, Mirella, para tomar esa decisión?

— Me trataste como...

— ¡Pero lo merecías! Intenté verte después de aquella noche, conciente de que mi irresponsabilidad pudiese tener repercusiones! Cuando no pude encontrarte, me consideré un tonto por haber imaginado que te hubieses arriesgado a un embarazo. Jamás pasó por mi cabeza que no me informarías sobre tu condición. No precisabas mi dinero, ¿no? Tu maravillosa familia asumiría toda la responsabilidad, dejándote libre...

— ¡Nada de eso! — Mirella repitió, sollozando.

— Per amore di Dio... Mi sorpresa fue tan grande que tuve la impresión que el techo se desmoronaba sobre mi cabeza.

Mirella estaba en llanto. Se sentía como un blanco para el cual Cesare apuntaba sus flechas. ¡Tanto pasó en tan poco tiempo! ¡Tantas emociones perturbantes habían sido desencadenadas...! Y ahora estaba en medio de una tempestad, sin saber como protegerse.

Pero, al mirar a Cesare, se dio cuenta que aún lo amaba. ¡Por esa razón las acusaciones la lastimaban tanto!

Mirella se recostó en el banco, débil, y bajó la cabeza. Cesare la odiaba, reflexionaba, pero lo que ella deseaba hacer en aquel instante, más que cualquier otra cosa, era abrazarlo. Quería pedirle disculpas por lo que pasó, aún sin saber si realmente se equivocara. Pero... ¿cómo podría defenderse, sintiéndose como se sentía?

— Preciso tiempo para pensar en el asunto —dijo Cesare, y se retiró.

La Ferrari desapareció a la distancia. Cesare parecía desolado, Mirella nunca lo vio así antes. De hecho, no debería ser fácil aceptar la situación de descubrir que era padre, después de casi cuatro años, y en espacio de pocas horas. Peor que todo, se trataba de una situación que él no tenía posibilidades de controlar. Y, si había algo en lo cual Cesare probara ser excelente, era en controlar todo y a todos con su habilidad innata. Él despreciaba a la madre de su hija, y no quedara muy impresionado en su primer encuentro con Susie. Mirella sabía que Cesare daba mucho valor al sentimiento familiar, y que no se olvidaría jamás que tenía una hija. ¿No luchó tanto para cuidar del detestable de su hermano Sandro?

Cesare le dio una posición importante en Industrias Falcone, para hacerlo feliz. Lo colocó en una enorme oficina donde, aunque con limitados poderes, Sandro aún conseguía hacer una tontería detrás de otra... Tonterías que Cesare encubría. ¿Por qué?

Porque Sandro representaba familia. Mil disculpas surgían para defenderlo.

¿Por qué estaría ella pensando en Sandro? Sí, sabía porqué. Los recuerdos del hermano de Cesare quedaron grabados en su memoria.

Sandro la invitó a salir el primer día en que ella comenzó a trabajar en Industrias Falcone. Mirella rechazó la invitación; tomó por meta no salir con ninguna persona de la firma. Además, supo desde el principio, a través de los demás funcionarios, que el muchacho no valía nada.

En Industrias Falcone Mirella era la única mujer, y eso provocó cierta hostilidad en el medio masculino. Nadie corría a ayudarla cuando intentaba resolver algún problema difícil. Todos creían que Cesare la empleó por ser una mujer bonita, y el siguiente chisme fue que Mirella dormía con el patrón.

— Hazme café sólo a mí — Cesare le dijo un día. — Toma sólo recados para mí.

Aprende a decirle “no” a todos, excepto a mí.

¿Cuánto tiempo le llevó a Mirella enamorarse de él? La sofisticación de Cesare inicialmente la intimidó, y no era un hombre fácil con quien trabajar. La primera vez que le gritó, Mirella se escondió en el baño y lloró. La siguiente vez devolvió los gritos. Él hizo una pausa y dio una carcajada.

Mirella lo fascinó desde el comienzo. Cesare era un hombre brillante en los negocios, competitivo, pero no maníaco de trabajo. Así como trabajaba lo suficiente, se divertía en igual medida. Las mujeres abundaban en su vida, en constante ir y venir.

Al final del primer mes Mirella se dio cuenta que tenía tres problemas. El primero era que Cesare no aceptaba un “no” como respuesta y, cuando eso pasaba, quedaba intratable. El segundo, que ella estaba perdidamente enamorada de su patrón. El tercero, sufría porque Cesare nunca la llevaba en sus viajes regulares a Europa. En general una subordinada de ella lo acompañaba.

— ¿Y acaso te dije que te llevaría conmigo? — él respondió cuando Mirella al final tuvo coraje para preguntarle sobre esa omisión.

— Bueno, no, pero...

— Tal vez no te guste el trabajo.

Mirella quedó pálida con el comentario.

En el segundo mes Cesare se puso difícil, nervioso, temperamental. Cuanto más ella trabajaba, más áspero él se mostraba. Pasaban mucho tiempo solos.

En el tercer mes, le pareció a Mirella que todas las otras mujeres habían desaparecido de su vida. Y notó que Cesare no le sacaba los ojos de encima. Sospechaba que adivinaba sus sentimientos.

En fin, una noche, los dos se encontraron en el apartamento del edificio de las Industrias Falcone. Todos los funcionarios ya se habían ido y ella terminaba algunas anotaciones. Cesare le ofreció una copa de champagne y, después de eso, los ojos de reflejos dorados no pararon de mirarla. “Yo me rindo”, Mirella susurró al fin y él la agarró y la besó, dejándola jadeante.

La copa cayó de sus manos y él continuó besándola. Mirella ni se acordaba como habían llegado al cuarto. Sólo que Cesare parecía tan descontrolado como ella. Con todo, no se olvidó nunca que él tuvo inmenso cuidado en no lastimarla aquella primera noche de amor.

— Nunca mezclo negocios con placer — él explicó. — Pero en nuestro caso es diferente.

Hicieron el amor muchas veces durante aquella noche, conversaron en la cama, y finalmente ella se adormeció. Despertó tarde a la mañana siguiente, a una hora en que debería estar trabajando. Se sorprendió que Cesare se hubiese levantado antes.

Mirella entonces salió de la cama buscándolo, y encontró sólo a Sandro. Quería ver a Cesare antes que partiera a Hong Kong.

— Entonces, ¿Cesare tuvo éxito? — Sandro preguntó, después de algunos minutos de silencio. — Eres una farsa, Mirella. Pero déjame decirte una cosa: elegiste al hombre equivocado. Mi hermano no cree en mezclar el amor con el trabajo, cree que perjudica a la firma. Un día antes que comenzaras a trabajar aquí, todos ya se sentían prevenidos contra tu presencia.

— No creo nada de lo que dices — Mirella murmuró.

— Y ahora que Cesare hizo lo que nadie jamás tuvo permiso de hacer, te arrojará al lodo. Mi hermano siempre sigue sus propias reglas.

El canto de un pájaro trajo a Mirella de vuelta al presente. Aún revivía la indescriptible humillación de su encuentro con Sandro, la sonrisa irónica de él ridicularizando un momento que le fue tan precioso y... tan íntimo. Con todo, no creyó que Cesare fuera tan cruel.

— ¿Mamá?

Susie venía a su encuentro. Mirella abrió los brazos para recibirla.

— Disculpa, mamá —dijo la niña. — Nunca más voy a ser malcriada.

— Querida, sólo eres malcriada a veces.

— Es que me enoja.

— Lo sé —Mirella le acarició la mejilla. —Pero no debes morder a las personas.

— ¿Cuándo te vas a Londres, mamá?

Mirella tragó en seco. Ella prometió a Susie repetidas veces durante los últimos quince días que nunca más volvería a Londres, pero la niña no le creyó mucho. ¿Tendría Cesare razón al decir que abandonaba demasiado a su hija? ¿Habría sido mejor si hubiese dejado de lado su orgullo y haberle pedido ayuda?

No, imposible. Al final, lo que conocía de Cesare era lo que pasara aquella noche y en los días siguientes. Lo visualizaba negando ser el padre de la criatura que nacería ó, tal vez aún peor, aceptando la responsabilidad pero dejando bien claro que ella sería, de allí en adelante, una mujer odiada y una gran vergüenza en su vida.

Recordaba muy bien que Cesare la acusara de haberlo traicionado, “como funcionaria y como amante”. Pero también, a pesar de eso, la buscó, conforme dijo, para saber si estaba embarazada. Intentó, pero no la encontró.

Santo Dios, ¡que confusión!, Mirella reflexionaba. ¡¿Si al menos pudiese volver atrás en el tiempo para saber qué pasaría si él la hubiese encontrado?!

Tal vez Cesare le hubiese dado ayuda financiera, pero con certeza no le daría amor. Y eso Mirella no hallaba aceptable. En fin, precisaba considerar que aquella noche, para él, fue un error, y el nacimiento de Susie agregaba más gravedad a ese error.

— Hola... —Mirella le sonrió a Steve en la puerta de la enorme estufa donde él trabajaba.

— ¿Por que no fuiste a cenar con nosotros al Coach anoche? —Steve preguntó a quemarropa, levantando los ojos de la lista de precios que tenía en las manos.

— Disculpa. No tenía mucha disposición para salir. Y, si hubiese forzado mi ida al restaurante, no habría sido buena compañía.

Los últimos dos días fueron muy tensos para Mirella. Aguardara incesantemente el llamado del teléfono, ó del timbre. ¿Cómo estaría Cesare encarando el descubrimiento de que era padre de una niña de tres años? ¿Intentaría encarar la situación con dignidad? Steve fue más cerca de ella y le tomó las manos con fuerza, impidiéndole retirarse.

— ¿Cómo puedes comportarte con Falcone de aquella manera? —indagó, furioso. — Me haces hacer el papel de tonto.

— Yo... —Mirella estaba tensa.

— Viéndolo, el pasado me volvió a la mente. Si no hubiese sido por él, estaríamos juntos hoy. —una amargura evidente oscurecía los ojos azules de Steve.

— Cesare no tuvo nada que ver con nuestro rompimiento — Mirella protestó.
Ella de hecho encontró que el regreso de Cesare reavivara el resentimiento de Steve.
También no tuvo la menor duda que la actitud agresiva de él fue impulsada por Winona.
— Yo te amo mucho... — Steve iba diciendo, cuando fue interrumpido por Mirella.
— Pero tienes a Jenny ahora.
— ¡Tú eres tan linda! — pasó la mano por el cabello dorado de Mirella. — Tan perfecta...

— ¿Mirella...?

Ambas cabezas giraron. Mirella se congeló al toparse con Cesare de pie en la entrada. A pesar de vestir más a gusto, de camisa deportiva y pantalón caqui, continuaba con la misma elegancia de siempre.

— Baxter me dijo que no estabas en casa. Pero Susie me trajo hasta aquí.
Susie estaba allí, calmada, en contraste con la tensión de los tres adultos. Cargaba un osito en los brazos. En el silencio que siguió, ella apretó la barriga del oso que comenzó a cantar, moviendo la boca y los ojos.

— Te veo más tarde — Mirella se dirigió a Steve, alejándose.

— ¡No voy más a morder! — Susie dijo a su madre, presentándole el oso para la inspección. — Y yo decir “gracias”.

— ¿Sabes que tengo una abuela que ama niños, mamá?

— ¿Una abuela...? ¿De verdad?

Mirella no estaba preparada para la idea de Cesare dar un regalo a Susie. Y menos aún para la idea que Susie se refiriera alegremente a la madre de Cesare como su abuela.

— Es bueno que le cuentes a Susie quien soy, lo más deprisa posible — ordenó Cesare.

— ¿No te parece un poco prematuro? — Mirella luchaba para disfrazar su estupefacción.

— No lo creo prematuro, no, considerándose que la noticia me llegó tres años y medio atrasada.

— ¿Me estás diciendo que pretendes formar parte de la vida de Susie?

— Sí, y parte permanente.

— ¿En serio? — Mirella no sabía qué decir.

Ella pensó que Cesare haría una escena por el hecho de encontrarla sola con Steve. Pero nada. De cualquier modo, ella jamás se interpondría entre Steve y Jenny.

— Vamos conversar dentro de la casa — sugirió Cesare. Susie lo empujó del pantalón, y él le dijo a su hija, con cariño en su voz: — Te veo después.

Tan pronto ellos entraron, Mirella dijo:

— Voy a hacernos un café.

— Olvida el café.

Mirella cruzó los brazos y esperó. ¿Qué le diría Cesare? ¿Que le daría dinero para mantener a Susie? ¿Sobre que más querría discutir?

— No quiero perder tiempo con trivialidades — Cesare agregó. — Quiero a mi hija, y prefiero conseguir esto sin peleas.

— No estoy... entendiendo... — Mirella tartamudeó.

— Puedo darle mucho más de lo que le estás dando. Pretendo adoptarla legalmente.

— No puedes estar hablando en serio, Cesare.

- Susie es mi hija y la quiero...
- ¿Y yo? ¿No será consultada? Estás hablando sobre mi hija, Cesare.
- Y mía. Ignoraste mis derechos durante más de tres años. ¿Por qué esperas que sea generoso en tratándose de tus derechos?
- No estoy hablando de derechos, estoy hablando de sentimientos —Mirella protestó. Cesare quería sacarle a su hija y ella casi no podía creerlo.
- Yo también tengo sentimientos, cara. Y no tengo la más mínima intención de dejar a mi hija sola contigo.
- ¿Intentas castigarme? —Mirella no tenía la intención de decir aquello en voz alta, pero estaba tan tensa que lo dejó escapar.
- Quiero hacer lo que sea mejor para mi hija. Pero lo cierto es que no voy a dejarla en esta casa, ¡viviendo de caridad!
- Baxter me ofreció su casa de campo para este otoño. Susie y yo viviremos allá solas, y podrás visitarnos siempre que quieras. ¡Puedo hasta llevarla a Londres de vez en cuando! —Mirella sugirió.
- Quiero más que una pequeña migaja.
- Quieres sangre, ¿no? ¡No voy a darte a Susie! ¿Qué tipo de hombre eres? Amo a mi hija, y ella me ama. Todo el dinero del mundo no sería compensación para Susie, a cambio de perder a su madre.
- Si no estás preparada para desistir de ella, y crees que Susie quedaría emocionalmente perturbada con esa separación —dijo Cesare — entonces no tengo otra alternativa que ofrecerte un hogar a ti también.
- ¿Cómo? —Mirella no podía creer lo que oía.
- Llevar el caso al Tribunal sería una experiencia desagradable para todos, en especial para Susie. Y, aunque la razón estuviese de mi parte, podría perder. Un extranjero en el tribunal británico, un padre procesando una madre... Mis abogados no tendrían mucha oportunidad de vencer.
- ¿Tus abogados? —Mirella susurró.
- Claro que un hombre en mi posición buscaría orientación legal. Puedes imaginarlo, ¿no? Estoy bien firme en la decisión de tener a Susie.
- Lo veo.
- Por lo tanto, acogerte a ti y a Susie sería la mejor alternativa, desde el punto de vista de la niña.
- A Mirella le llevó un mínimo treinta segundos absorber lo que Cesare dijo.
- No entendí bien lo que quieres decir —ella declaró.
- Si me casara contigo, tendré todo el tiempo del mundo para conocer a mi hija. Y Susie usufructuaría el beneficio de tener un padre y una madre.

CAPÍTULO VI

— ¿Si tú te casas conmigo? —Mirella repitió con una voz que, hasta para ella, pareció extraña.

— Además, Susie tendría mi apellido. Eso es muy importante para mí. Viviría en mi casa. Eso también es importante para mí. Y tendría a su madre —Cesare enumeraba todas esas ventajas., fríamente.

Pero no mencionó que, tener la madre de Susie cerca de él, era importante también.

— Pero... —Mirella comenzó a hablar, y Cesare no la dejó continuar.

— No puedes vivir conmigo sin casarnos, no con Susie viviendo con nosotros. Sería considerada una hija ilegítima, y no quiero que eso pase.

Mirella estaba horrorizada. ¿Cómo podía Cesare proponer un casamiento como negocio, siendo Susie el premio de ese mismo negocio?

Conocía a Cesare. Se cortaría el cuello antes de ofrecerle casamiento en términos normales. No quería casarse. Pero, si el casamiento era el único medio de obtener a Susie, lo haría.

— Susie merece lo mejor que yo le pueda dar —él dijo. — Mis padres hicieron eso por mí. Si yo hiciera menos, tendré un peso en mi conciencia por el resto de mi vida. Por lo tanto, dime cuando decidas lo que pretendes hacer.

Atónita, Mirella notó que él se preparaba para salir, dando el asunto por terminado. Y lo llamó:

— ¿Cesare? ¿No crees que precisemos discutir esto más profundamente?

— Perchè...? ¿Por qué? ¿Qué más preciso decir? El Tribunal ó la Iglesia. La elección es tuya.

Abruptamente, él le dio la espalda y entró al coche. Mirella se sintió ultrajada y corrió detrás de él.

— ¿Cómo tuviste coraje de esconderme a mi hija? —Cesare la censuró, antes que ella pudiese abrir la boca. — ¿Cómo pudiste hacer eso?

— No imaginé que quisieras saber...

— ¿Acaso me conoces? ¿Qué sabes sobre mí?

— Probablemente sólo lo que me quisiste mostrar —ella respondió. — Pero el asunto del casamiento es importante.

— Desde el punto de vista de Susie, si —concordó. — Estoy colocando las necesidades de ella encima de las mías. Preciso asumir las responsabilidades en relación a mi hija... ¿Y qué otra decisión podría tomar? Al fin de cuentas, ¿no te estoy ofreciendo el estilo de vida que siempre deseaste?

— ¡¿Acaso sabes lo que yo quiero?! —Mirella estaba pálida.

Cesare dio una carcajada.

— Si crees que estoy tan ávida de dinero, ¿por qué será que no fui detrás de ti cuando supe que estaba embarazada? —Mirella protestó, furiosa. — Legalmente, tenías obligación de mantener a Susie, y yo podría vivir con mucha facilidad. Ahora respóndeme, ¿por qué no te busqué?

Hubo segundos de silencio. Cesare no sabía qué decir. Murmuró cualquier cosa en italiano, que Mirella no entendió.

— No consigues responder, ¿no? —lo desafió.

— Dame tiempo —Cesare declaró con vehemencia, y partió.

— ¿Qué quería? —Winona apareció de repente.

— Él... —Mirella titubeó —... sugirió que nos casáramos.

— ¿Sugirió qué? — Winona estaba pasmada.

— Por el bien de Susie, claro.

— Considerando que ese hombre osa hacer el amor contigo en un lugar público, el matrimonio no será apenas por el bien de Susie, sino por el bien de él también — Winona hablaba con una mirada fulminante, pero con menos veneno que en general.

Pero Mirella no pensaba así. Cesare no quería casarse con ella por amor. Jamás habría mencionado una boda, si no fuese por el bien de Susie. Y, ¿qué tipo de matrimonio sería ese?

— Nunca soñé que él quisiese casarse contigo — comentó Winona.

Mirella no se dio el trabajo de mencionarle a su hermana las referencias que Cesare hizo sobre abogados, tribunales, y luchas de custodia. Los métodos que podrían ser usados por él la insultaban. Pero, tenía que reconocer que Cesare era un padre mucho más responsable de lo que esperara. Y tenía que reconocer que Susie precisaba un padre, un hogar, seguridad. Se sentía culpable por no haber conseguido eso.

Con todo, tenía que confesarse a sí misma que, a pesar que Cesare la irritara, prefería vivir con él que sin él. Pero, casarse sólo por causa de Susie, ¡era demasiado!

Tal vez... con una relación más íntima, Cesare comenzase a reconocer que la juzgara mal. Y ella le pediría ver las evidencias que él afirmó tener.

No, no le pediría, exigiría esas evidencias. A cualquier precio precisaba limpiar su nombre.

— ¿Mirella? — el modo como Winona la llamó la hizo erguir la cabeza inmediatamente.

— Cesare está aquí.

— ¿Otra vez?

— Estuve pensando — dijo él, ya dentro de la sala — en invitarte a cenar esta noche.

Ya eran más de las seis. Sorprendida por la segunda visita en el mismo día, Mirella no consiguió decir nada. Cesare esperaba su respuesta sin ni siquiera haberle dado tiempo de reflexionar. Como los niños estaban jugando cerca, él miró alrededor en busca de Susie. Lo primero que vio fue al osito. La niña corrió al encuentro del padre y sonrió. Cesare sonrió también, demostrando en esa sonrisa el placer que sentía en volver a verla.

Mirella sintió envidia. ¡Como le gustaría que Cesare le sonriese así!

Susie no estaba acostumbrada a ser el blanco de la atención masculina. Visitas y parientes en general le daban más atención a sus primos, considerándola casi como una extraña. Por ese motivo pasó el día entero con el oso en sus manos, orgullosa por, al menos una vez en la vida, haber recibido un regalo exclusivamente suyo.

— Eres una niña muy bonita, ¿sabes? — Cesare se agachó para conversar con su hija.

— Prometo no morderlo más — ella dijo, con aire compenetrado.

— Me voy a cambiar — susurró Mirella, decidida a dejarlos a solas en vez de rondar como mosca, segura ser mal recibida.

En la puerta paró y dijo, sin mirar atrás.

— Ya lo decidí.

— ¿Qué cosa? — Cesare remusgó.

— La solución del matrimonio será la mejor. Y sabes mejor para quién, ¿no?

Hubo un prolongado silencio. Como él no decía nada, Mirella lo llamó:

— ¿Cesare?

— Me encargaré de todo — él murmuró, sin demostrar alegría ó sorpresa.

Mirella subió y Winona luego apareció en el cuarto.

— Hay una limusina en el portón, con chofer. ¿Quieres que te preste algún vestido para salir?

— No, gracias.

Cuando Mirella descendió, usando un vestido simple de algodón, Cesare ya había comunicado a toda la familia que se casarían. Roger descorchó una botella de vino para celebrar el evento, intentando reparar el mal trato que le habían dado a Cesare en su primera visita. Winona le puso a Susie un vestido de bordado inglés, de su hija Lizzy.

— Resolví que Susie va a cenar con nosotros también —Cesare le comunicó a Mirella. Si a ella se le hubiese pasado por la cabeza la idea de que podrían conversar y discutir sobre el asunto del casamiento, esa esperanza se desvaneció. ¡Deseaba tanto estar sola con Cesare! Su desilusión fue total.

Mirella lanzó un vistazo a la alianza que tenía en el dedo. Y volvió a apreciar, por la ventana de la limusina, el paisaje de los campos de Sicilia. Estaban viajando por el interior de la isla.

Cesare dijo que se quedarían en su casa. Subían ahora una colina en medio de una vegetación cerrada compuesta de pinos y eucaliptos. El sol y la sombra se reflejaban en el parabrisas.

El silencio que reinaba en el coche era como una navaja cortando carne tierna. Cesare ignoraba su presencia. Y Mirella se sorprendía porque él decidiera hacer ese viaje.

Se casaron en una iglesia local, aquella mañana. Cesare no invitó a nadie de su familia ó amigos a la ceremonia. Mirella se resintió por eso, aunque no lamentase la ausencia de Sandro.

Tres semanas ya habían pasado desde que le propuso casamiento. En ese espacio de tiempo Cesare había ido muchas veces a la casa de Baxter, pero su atención se concentraba exclusivamente en su hija. Mirella fue siempre dejada de lado. En el instante en que concordó en casarse, no imaginó ser tratada como una extraña, tolerada cuando Susie se hallaba presente.

— Él ya está realmente enamorado de su hija, ¿no? —Winona comentó con Mirella.

Pero dio un suspiro de alivio cuando Cesare aceptó la oferta que ella le hizo de quedarse con Susie mientras durase el viaje a Sicilia.

Evidentemente Cesare no conseguía perdonarla, Mirella reflexionaba, por haber mantenido en secreto la existencia de su hija. Y, aún decidiendo que el matrimonio sería la única solución aceptable por el bien de Susie, la necesidad de casarse lo perturbaba. Hacía apenas seis semanas Cesare volvió a su vida, como un huracán, dispuesto a castigarla por lo que consideraba una deshonestidad cometida hacía cuatro años. Pero Susie surgió entre él y esa venganza tan deseada.

— Llegamos —Cesare anunció.

— Tu casa es... ¡¿un castillo?! —Mirella exclamó.

— Durante tres siglos el Castillo del Falcone ha protegido este valle de la invasión de forasteros. Aparezco por aquí de vez en cuando, en helicóptero. Pero creí que encontrarías más interesante el viaje en auto, a pesar de la tardanza.

— La vista es magnífica —declaró Mirella.

— Pero estamos lejos de todo. Este valle es muy aislado. En invierno, la carretera es intransitable. El castillo está a horas de la ciudad más próxima. Los criados viven aquí. Sorprendida con la información dada por él gratuitamente, Mirella concluyó que el placer de su marido era inmenso por haber vuelto a su hogar. Obviamente Cesare estaba orgulloso del castillo y de la asociación del mismo con la historia de Sicilia. Y se olvidaba que aquellos muros grises y torres escarpadas eran aterradores.

La limusina pasó por un inmenso portón y después entró en un patio encantador, ornamentado con urnas llenas de flores.

— ¡Que lindo! — Mirella exclamó, descendiendo del coche.

— Es una pena que el castillo no esté cerca de lugares con vida nocturna y tiendas, como las calles de París ó Londres.

— Concuerdo, pero para relajarse este lugar es maravilloso.

— Espero que te guste.

Mirella estaba aliviada porque Cesare al fin conversó con ella. Orgullosa como era, creía que debería mantenerse fría, pero lo amaba mucho para eso. Reconocía que Cesare tenía razón en estar enojado por haberle negado la existencia de su hija, y rezaba para que hiciesen las paces pronto. Tenía la esperanza que, si estaban juntos durante algunos días, podrían reconstruir una firme amistad para el futuro.

— Adoro la vida del campo — ella confesó.

Cesare sonrió irónicamente.

— ¿Aún en invierno?

Pero no estaría allí en invierno, casi dijo Mirella.

Una mujer toda vestida de negro apareció, y le fue presentada como el ama de llaves de la casa.

Maria no hablaba una palabra de inglés, pero la saludó cortésmente.

— Preciso aprender italiano. — Mirella sonrió.

— Vas a aprender fácilmente — Cesare le aseguró.

Mirella resolvió creer que él se portaría como un marido dedicado. De cualquier modo, Susie sería infeliz si sintiese que sus padres no se llevaban bien.

— Maria te llevará al cuarto — le comunicó Cesare. — Cenamos a las nueve.

Una magnífica escalinata de mármol conducía al segundo piso. Para donde quisiera que Mirella mirara, había evidencias que el castillo fue modernizado por las generaciones que siguieron. Siguió a Maria que abrió la puerta de un enorme cuarto con muebles del siglo 18. Un baño, igualmente lujoso, se comunicaba con el cuarto.

Tan pronto se quedó sola, Mirella examinó todo, constatando que Cesare no pretendía compartir el cuarto con ella.

Se sintió desilusionada.

Varias veces se dijo a si misma que le sería indiferente ser rechazada por Cesare. Pero en verdad sufría pues en toda su vida nunca se sintió tan rechazada y tan sin posibilidad de defenderse.

Un largo baño la relajó. Salió del baño y se quedó pasmada al encontrarse con una joven empleada colocando ropa encima de la cama.

— Esa ropa no es mía — Mirella declaró, tocando con dedos trémulos las piezas caras de lingerie, incluyendo una camisola negra, de seda, llena de encaje. — ¿Dónde está mi ropa?

La empleada, que casi no hablaba inglés, preguntó, ansiosa:

— ¿No le gusta, signora? —y abrió las puertas de un enorme ropero donde había una infinidad de vestidos.

Atónita, Mirella abrió otra puerta y encontró más cajoneras. Las gavetas estaban repletas de lingerie, de sweteres y zapatos de todos los tipos y colores.

La empleada salió, dejando un vestido negro, strapless, encima de la cama. Mirella dedujo que fue elegido por Cesare para que usara aquella noche.

Se vistió, arregló su cabello, y dio unas vueltas frente al espejo. Sus hombros blancos contrastaban con el negro del tejido.

Que bueno que fue Cesare, pensaba, dándole aquella maravillosa sorpresa. De hecho, ella frecuentaría un nuevo mundo donde las personas se vestían elegantemente para cenar, todas las noches. Y, sin hacer mucho alarde, Cesare se encargó de eso.

Ni bien estuvo pronta, descendió. Al llegar al hall no sabía para donde ir. Pero el mayordomo apareció y, viéndola indecisa, la acompañó al salón. Cesare estaba allí, de smoking, y la observó con aire de admiración.

El sol se ponía, tiñendo el cielo con una variedad de tonos rojizos.

— Pareces cien por ciento satisfecha, como lo imaginé —dijo él.

— La ropa que me compraste es maravillosa, Cesare. Muchas gracias.

— De nada. Si mi esposa se veste pobremente, se reflejaría en mí —le respondió fríamente. — Y, claro, hay ocasiones en que recibo amigos aquí. Sería vergonzoso si alguien te confundiese con alguna empleada.

Mirella se sintió como si hubiese sido abofeteada.

Paolo, el mayordomo, les sirvió champagne traído en una hielera de plata. Ella agarró la copa con manos trémulas.

— ¿Qué celebramos? —Cesare indagó, con una sonrisa sardónica. — ¿La institución del matrimonio? ¿Ó tu retirada del mundo que amabas tanto?

— ¿Cómo? —Mirella sentía las piernas flojas. Después de algunas frases Cesare destruyó por completo la ilusión que tenía de que él comenzaba a ablandar su actitud agresiva.

— No estás vestida como una monja, pero vas a iniciar una vida tan reclusa como si estuvieses en un convento.

— ¿Estuviste bebiendo, Cesare? —Mirella no encontraba otra explicación para aquel comportamiento.

Él se rió mucho y respondió:

— Nunca me preguntaste donde vivirías. Pues bien, ahora te lo voy a decir: aquí.

— ¿Aquí?

— No pretendo llevarte de regreso a Londres.

— Pero pensé que íbamos a vivir en Lon...

— Pensaste mal. Puedo dirigir mis compañías desde aquí. La tecnología avanzada vuelve eso posible. Necesitaré hacer viajes ocasionales, pero me quedaré aquí la mayor parte del tiempo, observándote cuidar a nuestra hija. Un trabajo que ocupará todo tu tiempo.

Mirella lo encaró, aturdida. Sus ojos color amatista brillaban de sorpresa y desencanto.

— Si este lugar es aislado como dices, no es bueno para Susie —protestó. Fue el primer pensamiento que afloró en su mente.

— Es perfectamente bueno para Susie. Le arreglaré un cuarto, bien equipado, y conseguiré una escuela primaria a cinco kilómetros. La nueva generación se vio forzada a

mudarse de este lugar por causa de la poca facilidad educacional para los niños. Los padres quieren ver a sus hijos cerca. Nuestra comunidad es dependiente de otras. Pero para Susie será fácil.

— ¡Ella ni siquiera habla italiano, Santo Dios! — Mirella exclamó, desilusionada con la rapidez con que Cesare dio respuesta a sus protestas. Sin duda él reflexionó bastante sobre el tema, y tomó sus decisiones sin consultarla.

— ¿Y por qué no habría de aprender italiano? Este es mi hogar y, consecuentemente, el de ella — Cesare respondió. — Niños de esa edad aprenden fácilmente otra lengua. Susie será bilingüe.

Arrasada, Mirella entendía ahora las insinuaciones que le hiciera antes sobre la vida nocturna y las boutiques. Evidentemente Cesare creía que cosas de ese tipo eran de suma importancia en su vida, y se propuso privarla de todas esas frivolidades. Por lo visto, no le dio crédito cuando le dijo que le gustaba la vida de campo. Y ahora la amenazaba con un aislamiento similar al de una prisión, más que cualquier otra cosa.

Mirella estaba aterrada. ¿Habría sido la idea de él alejarla de su familia y de todo lo que le era familiar? ¿Querría Cesare castigarla por haberlo puesto en posición de verse forzado a casarse para tener acceso a su propia hija? ¿Estaría tan determinado a hacer lo posible para que su matrimonio fracasara?

— Vamos a cenar — dijo él, poniendo la mano en la espalda de Mirella y conduciéndola a la puerta. — Estás en estado de shock, ¿no?

— Claro que sí. ¡Y no puedo encontrar una buena razón para que te comportes de este modo! — Mirella exclamó, desanimada. Pero, íntimamente, podía ver docenas de razones que podrían llevar a Cesare a practicar actos de acuerdo a su naturaleza vengativa.

— Si consigues un amante, te mataré. ¡Sólo pruébame! — Cesare se inclinó, susurrando en su oído. — Por eso me pareció mejor negarte la posibilidad de la tentación; ¿concuerdas conmigo? Aquí no serás tentada a encontrar un hombre y yo no seré tentado a cometer un crimen pasional.

Mirella miró el lindo par de candelabros de plata en el centro de la mesa, y se sentó automáticamente. “Si consigues un amante, te mataré”. ¿Por qué motivo, el día de su boda, pensaría Cesare en admitir que ella encontraría un amante? La amenaza, para el caso de su infidelidad, fue tan absurda que Mirella, sentada a la mesa en absoluto silencio, imaginaba cual de los dos se estaría volviendo loco.

CAPÍTULO VII

Paolo sacudió la servilleta y la colocó en el regazo de Mirella. Enseguida abrió una botella de champagne, llenó dos copas e hizo un pequeño discurso en italiano.

— En caso estés interesada en saber lo que dice — Cesare declaró, preparándose para traducir, — Paolo nos deseó felicidad y bendiciones en nombre de todas los criados. Y espera que nuestra unión traiga frutos y llene esta casa de hijos. Pero él sin duda quedará encantado cuando sepa que ya nos adelantamos en ese tema, antes mismo de casarnos.

— ¡Que amable! —Mirella comentó.

— Sólo espero ser el único en tu vida, de aquí en adelante, en producir frutos por tu intermedio.

Mirella se sonrojó.

— Cesare... no sé de dónde sacaste la idea que yo pueda...

— ¿Entrar en otra cama a menos que te amarre a la mía? —comentó, mirando atentamente el rostro ruborizado de Mirella. — Te vi en acción, cara. Te observé con Edwin Haland y con Clayton. Puedes ser pequeña, ¡pero eres letal! Si fuese árabe, te trancaría en un harén y tiraría la llave.

— Nunca dormí con otro hombre. —Mirella irguió la cabeza. — No mereces que te lo diga...

— No... Merezco la verdad. Clayton fue tu amante.

— ¡Steve nunca fue mi amante! —Mirella protestó con vehemencia.

— Fue bastante darte la espalda por 48 horas, —Cesare murmuró en un tono de voz que congeló la sangre de Mirella en sus venas — ¿y qué pasó? Te encuentro con Clayton, permitiendo que te toque...

Mirella recordó inmediatamente la escena en el jardín. Aquel día Cesare no dijo una palabra, y Mirella creyó que él había considerado inocente el hecho.

Ni lo comentó más tarde. Tal vez estaba, en aquella ocasión, interesado apenas en Susie. Fue lo que ella pensó. Pero, para su sorpresa, Cesare no se olvidó de lo ocurrido.

— Alegas —comentó Cesare — que Clayton fue tu amigo de la infancia. Pero estuviste de novia con él durante años, y siento que Clayton besa el piso por donde caminas.

— ¿Quién te contó que Steve y yo éramos amigos de infancia?

— Tu hermana. Y estoy seguro que ella no mintió.

— No estoy negando que Steve y yo salimos en nuestra adolescencia, pero eso no quiere decir que pasó algo entre nosotros en los años siguientes...

— Él te ama —Cesare la interrumpió secamente.

— Él no me ama. Steve me amó. Ya no más. En cuanto a Winona, siempre quiso que me casara con Steve para que pudiésemos ser una gran y única familia. Y mi hermana es muy persistente. ¿Pero no crees que me habría casado con Steve si lo amase?

— Él no tenía lo suficiente para ofrecerte. Y nunca será rico. Pero cree que eres inocente. Creo que piensa que te embelecé y te seduje la noche en que Susie fue concebida. Y garanto que te casarías con él si yo no hubiese vuelto a tu vida.

Mirella se levantó y tiró la servilleta.

— ¡Me gustaría haberme casado con él! —exclamó. — Steve puede no ser rico pero me conoce mejor de lo que tú jamás me conocerás.

— ¡Siéntate y termina de cenar! —Cesare ordenó con mirada amenazante.

— ¡No consigo compartir una mesa contigo! —Mirella protestó. — No sólo sospechas de todos mis motivos y actos como...

— ¡Siéntate! —Cesare repitió.

Mirella oyó el ruido de la puerta que se abría y no quiso hacer una escena delante de los criados. Se sentó. Mientras el primer plato era retirado y el segundo servido, temblaba de odio. Fue una tonta al imaginar que Cesare decidió dejar el pasado atrás.

— Entré en este matrimonio de buena fe —ella dijo, cuando quedaron a solas de nuevo.

— Por el bien de Susie —Cesare le recordó. — El campo es bueno para los niños. El aire es fresco, hay espacio para jugar, sin hablar de la seguridad que Susie tendrá con su madre junto a ella todo el día.

— Susie siempre vivió con mucha seguridad —Mirella protestó. Pálida como una hoja de papel, tomó el cuchillo y el tenedor. Su apetito desapareció. — Veo ahora todo bastante claro, Cesare. No importa lo que haga, nunca vas a confiar en mí.

— La confianza es algo que precisa ser conquistado, cara. Y eso aún no lo conseguiste —Cesare le informó con una sonrisa irónica. — Cuando me confieses lo que hiciste con mi dinero...

— Nunca tuve en manos tu maldito dinero, Cesare.

— Y, si vives por lo menos nueve meses sin el efecto poderoso de otro hombre golpeando tu puerta... entonces podrás ir a Londres, escoltada, y tendrás un poco de mi dinero para gastar...

— ¡Quédate con tu miserable dinero!

— ¿Sabes que pretendo hacer? Voy a ser el hombre más mezquino del mundo. No te daré un tarjeta de crédito, ni joyas para que no las vendas. La alianza que tienes en el dedo puede parecer platino, pero es plata...

Con la mano trémula y una fría tempestuosa, Mirella se arrancó la alianza del dedo y la arrojó a la mesa. La alianza rodó y cayó al piso. Pero ninguno de los dos lo notó.

— ¡Quédate con eso también! —ella gritó.

— En resumen, no creo que puedas salir de este valle por ti sola, durante mucho tiempo —Cesare susurró, satisfecho. — Así, podrás dedicar todos tus talentos siendo mi esposa, y tendré la certeza que, cuando vuelva de mis viajes, te encontraré exactamente como te dejé. Cosa que, además, la mayor parte de los maridos tienen, sin la menor preocupación.

Paolo entró con el postre. Mirella tuvo ganas sacarle el plato de sus manos y arrojarlo a la cara de Cesare. Tuvo una inmensa dificultad en controlarse. Ni bien el mayordomo se retiró, dijo:

— Todo lo que tengo que hacer es llamar a mi hermana y...

— Tu hermana se encoge de miedo, cada vez que me ve. Dio mio...

— Winona no permitirá que Susie salga con otra persona además de mí. Así, no tendrás la posibilidad que Susie venga.

— Tu hermana no dudará en mandar a mi hija con su propio padre... Y tu cuñado se encargará que eso pase.

Fue una amenaza ridícula la de ella, Mirella reconoció. En especial porque no quería involucrar a su familia en aquel asunto. Tenía su orgullo, claro. Y también detestaba incomodar a Susie, pues la niña ya estaba muy apegada a su padre. Como cualquier criatura, se alegraba por saber que, como sus primos, tenía a alguien que podía llamar "papá".

— Tu familia, cara, ahora está de mi lado. Por lo tanto, acaba con esa angustia.

— Lo que siento en este momento no es angustia, es rabia. ¡Un deseo incontrolable de tirarte de lo alto de un peñasco! Calculaste mal las consecuencias de tus actos, Cesare Falcone.

— ¿Y pensaste que sería tan tonto al punto de casarme contigo y dejarte en Londres para hacer lo que quisieras? ¿En serio crees que te casaste con un idiota, cara? —Cesare dio una sonrisa sarcástica.

— ¡No mencionaste a Steve, ni a tu maldito dinero, en las últimas semanas! — Mirella apretaba sus dientes.

— Claro que no. Y confieso que fue difícil, un constante desafío para mí. Pero conseguí llevarte al altar, ¿no? Ahora tengo exactamente lo que deseé. A mi hija, derechos legales sobre ella. Y algo importante también te tengo a ti...

— No me tienes. — Mirella saltó como un gato, furiosa, pronta para atacar.

Cesare la recorrió con la mirada, de la cabeza a los pies, demorándose a la altura de los senos.

— Te tengo — repitió. — Y en el lugar donde siempre te quise. Total y absolutamente dependiente...

— ¿Cómo osa?

— Tal vez aún no descalza, embarazada y en la cocina. Pero dame tiempo. — él tenía un aire divertido.

— ¡Intenta ponerme un dedo encima y te arrepentirás de haber nacido!

— Apuesto mil libras que vas a dormir conmigo esta noche.

— Ni por un millón. Vas a perder.

Mirella salió de la sala, pasando al lado de un sorprendido Paolo, que llevaba a la mesa la bandeja con el café.

Ella nunca estuvo tan furiosa en su vida. Algunos minutos más en compañía de Cesare y comenzaría a arrojar platos contra la pared. Cesare Falcone era imprevisible. Mientras subía las escaleras, encontraba una infinidad de otros defectos en él. En el hombre que un día amó.

Cesare era disimulado, tenaz y obstinado como una mula. Nunca imaginaba que pudiese estar equivocado en lo que quiera que fuese. Tramaba y planeaba como si la sangre de los Borgia corriese en sus malditas venas.

Mirella comenzaba a remover gaveta por gaveta de la cómoda cuando una empleada entró en el cuarto, después de haber golpeado la puerta sin obtener respuesta. Con mirar lleno de curiosidad, Giulia preguntó:

— ¿Precisa ayuda, signora?

— No, gracias. — irritada con la interrupción, Mirella retiró la última gaveta y enseguida empujó la pesada cómoda contra la puerta, furiosa por haberle dado un cuarto sin llave. Creyendo que sin las gavetas el mueble no consistía en una barrera eficiente, recolocó las gavetas y empujó también un sofá junto con la cómoda. Ahora sí, estaba satisfecha a pesar de exhausta por el esfuerzo.

Se acostó en la cama. Después de un minuto ó dos, se levantó y se desnudó. De aquel día en adelante, se juró a sí misma, nunca más se pondría la ropa que Cesare le compró, con certeza para su placer, no el de ella. Y esperaba avergonzarlo delante de sus amigos con los vestidos que trajo de Londres.

Había pensado que Cesare se olvidó del pasado. ¡Que ilusión! Sus esperanzas desaparecieron. Él se portaba como un tirano medieval, preso, por fuerza de las circunstancias, a una esposa indeseada.

Al final, ¿por qué habría ella de querer el dinero de Cesare? Durante años luchó para alimentarse y vestirse. En los tres últimos años hizo lo mismo con Susie. No tenía cuentas que pagar, no debía nada a nadie.

En cuanto a Steve, el pobre muchacho se alejara desde el instante en que supo que se iba a casar con Cesare. En un momento de debilidad, Mirella preguntó a su hermana como Steve estaba reaccionando.

— ¿Cómo crees? — Winona respondió. — Está destruido. Pensó que odiabas a Cesare.

Al final, ¿qué hizo ella de malo? A los 20 años dijo a Steve que no lo amaba lo suficiente para casarse con él. Y, en años recientes, honestamente creyó que Steve la aceptaba como amiga, nada más. Con todo, cuando Cesare apareció, él lo tomó como el rival que un día lo suplantara. Y ella no conocía Cesare a los 20. ¡Hombres! ¿Quién los precisa?, Mirella pensó, desanimada.

Pero, lo que más la lastimaba que cualquier otra cosa era el hecho de Cesare creía que sería capaz de traicionarlo, yendo a la cama con Steve. Eso era una ironía cruel, pues nunca amó Steve. Le gustaba, se divertía con él, apreciaba su compañía. Mas todo no pasaba de una amistad.

Encara los hechos, Mirella se decía a si misma. A los ojos de Cesare no pasas de una prostituta. ¿Por qué? Porque te llevó a la cama la primera vez que te besó. Volvió a tu vida cuatro años más tarde y, en el espacio de 24 horas, a pesar de los insultos, de las amenazas, de las acusaciones, sucumbiste a sus brazos por segunda vez. No es de extrañar que piense que eres una especie de ninfómana.

¿No se comportara ella como tal?, una voz interior susurraba.

Y pensar que Cesare fue el único hombre que despertara en ella ese lado de su naturaleza, el sexo.

Mirella miró la barricada que puso en la puerta. ¿Sería suficiente para impedir que ella cediese a las tentaciones?

El ruido de una puerta que se abría la sorprendió. Se sentó en la cama, el corazón a los saltos. Un panel oscuro, en el fondo del cuarto, se comenzó a mover.

En una fracción de segundo Mirella se congeló, dándose cuenta de su desnudez. Horrorizada, agarró la colcha y se cubrió.

— Santo Dios... —gimió.

Cesare apareció en la puerta que ella no sabía que existía. Inmóvil, con una bata corta de seda negra, allá estaba él, parecía fascinado por la imagen de su mujer, los cabellos dorados alrededor del rostro sonrojado, los ojos color violeta brillando como joyas, el cuerpo esbelto mal cubierto por la colcha.

Rígida, Mirella explotó:

— ¡Traidor! Ignoraba que hubiese una puerta secreta.

— ¿Una qué secreta? —Cesare indagó. — ¿De qué estás hablando? ¿Una puerta secreta? ¿Qué hay de secreto en eso? Es una puerta de comunicación entre nuestros cuartos.

— No quiero saber de ninguna comunicación entre nuestros cuartos —Mirella protestó.

— ¡Vete!

Pero la atención de Cesare estaba concentrada en la barricada hecha por Mirella.

Además, muy comprensible. Él cayó en una carcajada y dijo:

— ¿Hiciste esa barricada?

Nunca en la vida Mirella se sintió tan ridícula.

— ¡Y que barricada! —él agregó. — Imagino el esfuerzo que te insumió. ¡Me gustaría que no te hubieses desgastado tanto!

— ¡Sal de aquí, Cesare!

— ¡Pero esta es nuestra noche de bodas, cara!

Mirella tuvo deseos de levantarse de la cama y agredirlo a golpes, a puntapiés. Pero tuvo miedo que la colcha cayera.

— ¡Mi respuesta es no! No quiero saber de noche de bodas.

— ¿Yo te hice una pregunta?

— OK, no estoy preparada para compartir mi cama con un hombre que me considera deshonesto, ¡que me considera una prostituta!

— ¿Por qué no? Estoy preparado para sacrificar mis principios...

— ¿Tus principios? —Mirella se inflamó, sin creerlo.

— ¿De quién más? Si consiguiera no tocarte, ¿crees que lo haría? ¿Crees que puede ser el ideal de un hombre tener una esposa que puede ser considerada prostituta y deshonesto?

— ¿Cómo osas? —Mirella gritó.

— Tú comenzaste el asunto. Acepta la cama y garantizo que todo va a cambiar, cara.

Tarde ó temprano te cansarás de esconderte atrás de tus mentiras y contarás la verdad sobre lo que hiciste hace cuatro años...

— ¡No hice nada! Y si crees que me voy a arrepentir de algo que no hice...

— ¿No? En ese caso, nada de remordimientos, nada de perdón. Y no digas que no te previne.

— Estás loco, Cesare. No hice nada...

— Traicionaste mi confianza. Me traicionaste. ¡E hiciste todo con tanta osadía! Dijiste que me amabas...

Mirella quedó pálida. No quería acordarse de cuán ingenua fue.

— Y yo te creí —Cesare agregó. — Pero ahora te tengo aquí para mi placer... exclusivamente.

En un movimiento rápido Cesare se sacó la bata. Mirella miró su físico, bronceado, y se mordió los labios.

Él se acostó en la cama. Y dijo:

— ¿Sabes por qué te di aquel empleo? Fuiste la mejor candidata e hiciste un esfuerzo para no actuar del corazón. Me dije a mí mismo que la atracción que sentía por ti no debería interferir en el juicio de tus habilidades. Era un problema mío pero, dentro de pocos días, fue un problema nuestro. Percibí que me deseabas también...

— No así tan... ¡deprisa! —ella protestó.

Cesare le contorneó los labios con un dedo.

— No me puedes esconder eso —dijo. — A esta altura de nuestra vida en común, puedo leer tu mente como un libro abierto.

— No...

— Pero, con esfuerzo conseguí refrenarme en tu favor. Fui un verdadero caballero. Y concluí que no había una posibilidad de llevarte en mis viajes. Muchas noches sin dormir... mucha intimidación... Tú alejarías mi mente del trabajo. —Cesare rozó el dedo gentilmente por el labio inferior de ella. — Tuve increíbles fantasías sobre ti. Mucho antes de tocarte por primera vez, te tuve en mi cama mil veces, en sueños. Esos deseos se estaban poniendo insostenibles. Al principio, cuando te inclinabas en la mesa de trabajo, mostrando un centímetro de muslo, me quemaba por dentro, como un adolescente con su primera novia. Y eso a cualquier hora, en cualquier lugar. Aún después de estar

alejados, tu imagen continuaba persiguiéndome. Cuanto más tiempo permanecías en mis pensamientos, más profundamente penetrabas en ellos, hasta el punto en que eras lo único en que conseguía pensar. En fin, la última semana, resolví que ese martirio tenía que terminar.

— Yo no sabía...

— ¿No sabías qué? ¿No sabías que desear así era muy raro? ¿Que la mayoría de las personas pasa la vida sin tener un sentimiento de esos? Es un hambre tan grande que precisa ser saciada... No hay control.

Un profundo estupor recorrió los miembros de Mirella. El silencio que siguió fue absoluto. Sin saber ni como eso pasó, sintió el placer de la anticipación, tal cual una corriente eléctrica. Sus senos crecieron y los pezones se pusieron duros como piedras.

Dedos ágiles removieron la barrera de la colcha, desnudándola. Con las manos bajo los brazos de Mirella, Cesare la levantó, y la hizo acostarse sobre su cuerpo. Casi simultáneamente le besó el caliente pezón.

Mirella gimió. Sin reflexionar en lo que hacía, apretó con sus dedos los hombros de él y, subiendo, le acarició los cabellos negros. De súbito recordó que no debía estar actuando de aquella manera. Pero, por increíble que pudiese parecer, nunca en su vida deseó tanto cualquier cosa como lo deseaba ahora. Tocándolo libremente expresó, sin palabras, la necesidad y el amor que jamás osaría expresar en palabras.

Cesare la hizo levantar la cabeza y declaró:

— Hace cuatro años me dije a mí mismo que todo no pasaba de una combinación química, de una explosión accidental. Pero ahora confieso que ninguna otra mujer hizo que me sintiese así.

— Pero tú no... —lo que Mirella quiso decir, no lo consiguió. Quiso decir que no la amaba, que no la respetaba. Y que eso la torturaba. — Hay más, mucho más entre un hombre y una mujer, mucho más que apenas sexo.

Con manos hábiles él le tomó uno de los senos, haciéndola gemir de placer. Y dijo:

— Tienes que contentarte con lo que puedo darte. Olvida el resto.

— Pero yo quiero...

— Esto... Esto es lo que tú quieres. —la besó con voracidad.

Mirella abrió los labios y con la lengua Cesare exploró el interior caliente de su boca. La agarró firmemente y, forzándola a abrir los muslos, la hizo montarse sobre él. Asustada con la intimidad de la posición, Mirella intentó alejarse, pero Cesare se lo impidió, agarrándola de las caderas, y besándola con una intensidad que destruyó lo que restaba de su control.

El beso la quemaba como antorcha ardiente. El calor la consumía. Mirella sentía que cada centímetro de su cuerpo estaba siendo calentado por el calor del cuerpo de Cesare. Y, cuando él se movió, dejándola sentir que estaba pronto para completar el acto de amor, Mirella gimió de placer, absolutamente sin control ahora, siendo Cesare el único ser estable en el cual ella podía se agarrar.

— Eso es lo que tendremos siempre —Cesare informó, forzándola a mirarlo. — No me digas que no es suficiente. Dio, ¡tres semanas sin tocarte! Castigándote, me castigué.

¿Estás contenta?

— No...

Cesare se inclinó y rozó con la lengua su labio inferior; enseguida la besó en el lugar húmedo y caliente del centro de su feminidad. Mirella gritó. La sensación violenta fue casi una mezcla de placer y tormento.

— No puedo esperar más. —diciendo eso, Cesare la penetró lentamente, y todo fue tan excitante que Mirella casi se desmayó de placer. Gimió y cerró los ojos.

— ¡Mírame! —él ordenó.

— ¡No pares ahora! —Mirella suplicó.

— ¡Abre los ojos! —él repitió. — Quiero observarte. Quiero tener la certeza que sabes que quien está dentro de ti soy yo.

Mirella tenía dificultad de razonar. Lo miró y balbuceó, casi en un gemido:

— ¿Cesare...?

— Sí... Cesare... Nadie más... nunca más —él insistió, apretando los dientes. Y la penetró de nuevo, ahora con furia, y sin la gentileza de la primera vez.

Más tarde ella recordaría aquello, como el choque más erótico que tuvo en su vida.

Quedó aturdida por la ola de violento placer.

Se sentía verdaderamente poseída, conducida, inflamada, percibiendo que Cesare también perdiera por completo el control emocional. Cada fibra de su cuerpo vibraba, y Mirella se entregó al amor sin restricciones. Él la abrazó de nuevo y la condujo al paraíso con un acto más de amor. Mirella entonces se sumergió en un mundo multicolor. Su espalda dolía. Con los dientes apretados susurró, en un estremecimiento, en el auge de una ola increíble de placer:

— Te amo... ¡Te amo!

Poco después, indolente, se dio cuenta del silencio del cuarto.

El aire parecía vibrar. Cesare se deslizó para un lado, liberándola de su peso. El aire fresco recorrió el cuerpo caliente de Mirella.

— No me alimentes con esas palabras falsas, cara —murmuró con estudiado escarnio.

— Nunca más hagas eso.

Con mano nerviosa Mirella alcanzó la colcha, pero estaba tan shockeada que no tuvo posibilidad de cubrirse de prisa. Oyéndolo hablar en aquel tono, después de la pasión que demostrara, fue como ser apuñalada en el corazón. Deseó encogerse en la cama y morir. La actitud de Cesare destruyó su placer y, peor aún, hizo que el placer que sintiera se asemejara a una auto-traición vergonzosa y nada interesante.

— ¿Qué quieres decir con eso? —indagó Mirella, pues tuvo una sombra de esperanza de que no había interpretado bien las palabras de Cesare.

— Oírte decir que me amas fue el mayor absurdo que he escuchado —Cesare dijo con frío énfasis.

Mirella se alejó de él, aterrada por la explicación, sufriendo por el rechazo. Sólo en aquel instante recordó lo que dijo en el auge del clímax, cuando su cuerpo y mente estaban presos a las garras de la pasión.

— Tal vez lo hayas dicho por puro hábito —Cesare sugirió con desprecio.

— ¿Hábito? —Mirella protestó con vehemencia, desconociendo su propia voz.

— Tal vez a Clayton le guste vivir en una ilusión... Pero yo no. No tengo ilusiones sobre ti. Y, sin ilusiones, no sufriré decepciones — Cesare declaró con una estridente carcajada. — ¡Y Clayton quedará desilusionado cuando finalmente sepa que tu “amor” interesado aceptó un lazo más alto!

Mirella entendió todo, y sintió un frío recorrerle la espina. Apretó las manos al punto que sus uñas penetraron la carne tierna de las palmas. Después, cuando menos lo esperaba, sintió odio, un odio inmenso, proveniente del dolor devastador de sus emociones...

CAPÍTULO VIII

En un movimiento lleno de odio Mirella se sentó; sus ojos color amatista brillaban de rabia.

— Basta... —dijo. — Ya no voy a oír ni una de tus malditas insinuaciones. ¿Quieres hacerme el favor de decirme cómo Steve y yo podríamos llevar adelante un escandaloso romance con Roger y Winona pegados a nuestras espaldas? Estás hablando de cuatro personas que se conocen de toda la vida... y si uno de nosotros metía la pata, Winona lo sabría.

Cesare quedó sorprendido con la reacción de Mirella, y fijó sus ojos en ella. Sonrió, divertido.

— No puedo creer que...

— ¿No quieres oír el resto? —lo interrumpió. — ¿Por qué crees que Steve te odia tanto? Fuimos novios durante cuatro años, es verdad, pero nunca hubo intimidación entre nosotros. Te conocí durante tres meses solamente y Steve osó decirme que jamás podría aceptar mi relación con mi jefe. Y yo le dije en esa misma ocasión, que al diablo con los hombres, al diablo con el frágil ego de todos ustedes. Y aún pienso así.

— Mirella...

— Por lo tanto, si quieres creer que salí de tu cama para ir corriendo a la de él, hazlo. Voy a llamar a Steve para contárselo... ¡Estará feliz al saber que piensas así! Pero, ¿cómo te atreves a intentar rebajarme al nivel de una prostituta desclasificada?

— No es lo que estoy haciendo.

— ¡Es exactamente lo que estás haciendo! Con toda esa sofisticación en la superficie, ¿qué hay debajo?

— ¿Por qué tanta furia, cara?

— No me estás oyendo. ¿Verdad?

— Te estoy oyendo contarme sólo lo que deseas que crea. —Cesare sonrió con ironía. Fue la gota que colmó el vaso de Mirella. Si intentase defenderse, lo que fuera que dijera sería motivo de sospecha para Cesare. Por lo tanto, ¿para qué molestarse?

— Está bien, entonces —dijo. — Estoy perdiendo mi tiempo. ¿Dónde vas a dormir? Ganaste la apuesta, ¿no?

— Estaba bromeando.

— Pero me insultaste.

— Conuerdo, fue un insulto.

— Me odias —Mirella dijo con voz entrecortada.

— A veces. — No dándose el trabajo de negar el hecho, saltó de la cama. — Hace cuatro años podrías haber tenido todo esto, cara. Pero estabas tan preocupada en tramar y

planear que no podías ver más allá de tu nariz. Me traicionaste por una migaja, cuando podrías haber obtenido mucho más.

— No sé de qué me estás hablando. — y no me importa, se dijo a si misma. Aquella fue una noche de bodas de la cual nunca se olvidaría, una humillación de la cual se acordaría siempre. Y le pareció ahora que, no importaba lo que dijera, no sería registrado por Cesare. Sus preconceptos estaban muy arraigados, después de cuatro años de asco, sobre lo que él consideraba una traición.

— Te amaba —Cesare confesó.

— No, no me amabas.

— Tu traición me alcanzó como un rayo durante mi vuelo a Hong Kong. Fue mi momento de la verdad.

Mirella quedó pálida y protestó una vez más:

— ¡No! No me amabas.

— Te amaba, si, y con locura. Oía ángeles cantando, visualizaba nuestra luna de miel, bautismos...

Mirella quedó paralizada. Tuvo la impresión que ganó una fortuna y perdió el billete para probar su derecho a recibirla. ¡Que ironía de la suerte! Durante tanto tiempo creyó que Cesare simplemente la usó durante algunas horas, para su diversión; y ahora estaba destruida, resentida por la injusticia que los separara.

— Pero no me amaste por mucho tiempo. —fue todo lo que ella consiguió decir.

— No, no por mucho tiempo. Pero el asunto de tu robo en la Bolsa está cerrado.

— No puede estar cerrado. Nunca estará cerrado. Si yo hubiera tenido la oportunidad de hablar, antes de nuestro casamiento, y sin la presencia de Susie, habría exigido ver esa evidencia que insistes que tienes.

— ¿Para qué? ¡Dime! ¿Para qué? ¿Para forzarme a conocer a tu cómplice? —Cesare le lanzó una mirada de odio.

— ¿Cómo?

— Destruí la evidencia.

— ¿Tú qué?

— Piensa un poco en eso —él le pidió. — Eres la madre de mi hija. Y mi mujer ahora. Guardar documentos que podrían ser usados para incriminarte, sería una rematada locura. Supongamos que, por accidente, esa evidencia cayese en manos erradas. Era un riesgo que no quería pasar. Siendo mi esposa, te protegeré.

Mirella lo miró, sorprendida. Cesare sentía un inmenso respeto por las fuerzas de la ley y el orden. Destruir la evidencia de una fraude, la impresionó. “Conocer a tu cómplice”, dijo. ¿Qué cómplice?, Mirella se preguntaba. Pero Cesare quiso protegerla por al ser la madre de Susie.

— Precisaba ver esa evidencia. Quería...

— ¿Inventar más historias? ¿Mentir más? —retrucó. — Por eso mismo no te las mostré.

— Quieres decir que no tendré oportunidad de defenderme...

— No quiero saber más mentiras. Ya oí muchas. En cuanto al dinero... supongo que estás diciendo la verdad. No tienes nada para esconder más.

— No hice nada de lo que me acusas, Cesare. Me tienes que dar una oportunidad de defenderme.

Las facciones de él se endurecieron.

— Cuando hablas así, me irrito aún más. El asunto está cerrado hasta que te sientas dispuesta a contarme la verdad. Buona notte, cara.

Si hubiese algo a su alcance, Mirella se lo habría tirado. Cesare no le daba la mínima oportunidad de limpiar su nombre. Pero aprendió algo que ingenuamente ignorara hasta entonces. Cesare estaba decidido a hacerla pagar por su supuesto crimen. No la entregaría a las autoridades, pero eso sólo porque quería castigarla personalmente.

Y él era mucho más riguroso que cualquier juez. No le permitió una defensa; decidió que era culpada y la sentencia fue promulgada. Quedaría aislada del resto del mundo hasta que diese señales de arrepentimiento.

¿Qué tipo de arrepentimiento esperaba Cesare? ¿Quería que confesase haber cometido una deshonestidad, que llorase y suplicase perdón? Antes de eso, nada de compras, de diversión, nada... de otros hombres... Ese era el lenguaje de Cesare. ¿Cómo sobreviviría a tantas privaciones?, él tal vez se preguntase. Hasta parecía pensar que dejarla en casa el día entero con Susie pudiese ser un castigo, cuando, en verdad, era un lujo que Mirella siempre deseó poder tener.

Pero Cesare también confesó que la amara hacía cuatro años. Pero, ¿qué tipo de amor sería que lo hizo despedirla sin darle oportunidad de presentar una defensa? Ni siquiera esperó a volver de Hong Kong.

De momento, persistir en levantar el asunto, e insistir continuamente en su inocencia, sólo serviría para separarlos aún más, concluyó. Pero... ¿cómo estarse quieta? Alguien en Industrias Falcone preparó todo, de eso Mirella estaba segura ahora. Cesare pasó sólo diez días en Hong Kong, y en el quinto día la despidió del empleo.

Entonces, ¿quién podría haber dado la información que la hizo culpable del fraude cometido por otra persona? ¡Y todo pasó tan increíblemente rápido! En fin, ¿dónde fueron a parar las cincuenta mil libras que aparecieron en su cuenta un día, y que después fueron retiradas?

Mirella pensó en escribir al banco para obtener informaciones. Pero, ¡después de tantos años! Por cierto no habría posibilidad de obtener una respuesta. La persona que se quedó con el dinero debía ser la culpable. Ó el cómplice. Pero... el hecho de que la cantidad saliera de su cuenta no significaría nada para Cesare. Diría que debía estar escondida en otro lugar. Pero ella precisaba intentarlo. ¿Por qué no?

En un acto impulsivo Mirella salió de la cama, vistió una camisola, y fue al cuarto de Cesare a través de la puerta de comunicación. El cuarto estaba a oscuras, con excepción de un rastro de claridad que entraba por la rendija de la puerta del baño. Podía oír el agua correr. Encendió la luz al lado de la cama, y esperó.

Algunos minutos más tarde Cesare apareció, secándose el cabello con la toalla. Paró al toparse con Mirella. Ella fue conciente de pronto de dos cosas: la transparencia de su camisola, y la desnudez de Cesare.

— Vine aquí para conversar seriamente sobre algo, e insisto que me escuches.

Le contó entonces acerca del dinero que apareciera en su cuenta bancaria, y que después desapareció. Eso había pasado cuatro años atrás.

— ¿No vas a decir nada? —ella preguntó.

— Es imposible probar ó negar cualquier cosa, después de tanto tiempo.

— Pensé que podrías ayudarme a verificar los hechos.

— Madre di Dio... ¿Parezco tan ingenuo?

— No — Mirella respondió, con ojos llameantes de odio. — ¡Pareces idiota! Idiota... Peleador y satisfecho contigo mismo. ¡Y estoy cansada de todo!

— ¿Por eso apareciste vestida para matarme?

— ¿Vestida para qué? Si piensas que vine para...

— ¿Para quedarte? Claro que lo pienso — confirmó, con el brazo contorneándole la cintura. — Dio mio, cara... ¿de verdad crees que te dejaré ir de mi cuarto sólo porque me rehúso a creer en tus cuentos de hadas?

Intentando en vano librarse del brazo de él, Mirella dijo:

— ¡No es un cuento de hadas, santo dios!

Cesare la abrazó con fuerza. Y ella se sintió incapaz de evitarlo. Aún así, dijo:

— ¡Suéltame!

— Te quiero una vez más. — Cesare la besó.

Ella sintió que sus rodillas cedían. Abrió los labios para que Cesare jugara con su lengua en su boca; se inició entonces un verdadero baile de lenguas.

— Debería hacer que me pidieras perdón de rodillas... — Cesare susurró. — Pero no lo consigo...

Mirella notó que él deseaba de su cuerpo. La camisola transparente no era, de forma alguna, barrera suficiente para el deseo de Cesare. Él bajó los breteles y la besó, mientras con las manos acariciaba sus senos. Mirella sentía que su cuerpo aceptaba con placer las caricias, y no conseguía controlarse. Cesare la cargó y la colocó en la cama. Se acostó a su lado.

— Esta vez.. serás realmente mía — susurró, lleno de deseo. — ¡Absolutamente mía!

Le besó los senos, contorneando los rígidos pezones con la punta de su lengua, para después meterse toda la tierna carne en su boca.

Olas de fuego recorrían el cuerpo de Mirella. Desesperada por tocarlo, levantó la mano y comenzó a masajearle el tórax.

— No pares ahora — él pidió. Con besos la hizo sacudir el cuerpo, y flexionarlo en movimientos rítmicos.

Cesare le tomó la mano y la condujo más abajo, y más abajo... hasta alcanzar el lugar donde pretendía llevarla. Mirella estrechó sus ojos y se sonrojó.

— Yo... yo... — jadeó.

Encarándola, Cesare sonrió, divirtiéndose con su espanto; y dijo:

— No, no hicimos esto antes. — enseguida susurró cualquier cosa en italiano y agregó:

— Algunas veces dices la verdad, cara. Con la mirada, pero es que tus ojos hablan.

Antes que ella pudiese retomar el poder de comunicarse oralmente, Cesare le devoró la boca con hambre. La hizo acomodarse mejor sobre las almohadas, con una gentileza inesperada. Después descendió la lengua hasta sus senos y, con las manos, le acarició el cuerpo trémulo.

Y mucho antes que Mirella pudiera adivinar su intensidad, algo terriblemente íntimo pasó. Su primer movimiento fue de rechazo, pero luego se entregó a la intensidad del placer. La presión que sintió en el interior de su cuerpo, una mezcla de dolor y placer, la hizo sollozar. Ella enterró sus uñas en la sábana y levantó las caderas, en una súplica tan vieja como el tiempo.

— Cesare... — gimió.

— Bella mia... —y la penetró, moviéndose más y más deprisa, en una intensidad incontrolable. La abrazó en pleno éxtasis. Cuando la soltó, Mirella tuvo la impresión que cayó en el sol, que la consumía con su calor.

Ella despertó de repente, en el instante en que la puerta del cuarto se abría. Se cubrió con la sábana cuando Giulia apareció, cargando una bandeja.

— Buongiorno, signora.

— Buongiorno. —Mirella lanzó una mirada por el cuarto. El cuarto de Cesare... La cama de Cesare...

Giulia abrió las cortinas y el sol penetró de lleno.

— ¿Quiere que le prepare el baño, signora?

— No, gracias. —Mirella se sentía fuera de lugar al haber sido sorprendida en territorio de Cesare.

El recuerdo de la noche anterior la hizo atragantarse mientras tomaba el jugo de naranja. Espantada por haber dormido hasta tan tarde. Se sonrojó al descubrir una pequeña mancha roja en uno de sus senos, y concluyó que era el resultado de una noche de orgía amorosa. No te eludas, una voz le decía desde su interior; lo amaste, él tuvo sexo contigo...

Mirella fue al cuarto de Cesare sólo para conversar, y la conversación pareció haber sido olvidada muy deprisa. Sucumbió a sus brazos, los brazos de un arrogante siciliano.

Hacía cuatro años, cuando Cesare le dijo que la amaba, una serie de sensaciones agradables brotaron de su pecho. Pero amar Cesare Falcone no quería decir que no viera sus defectos.

Después de su partida a Hong Kong, durante cinco largos días, Cesare no hizo ningún intento de entrar en contacto con ella. Nada de llamados. El teléfono de la oficina donde Mirella trabajaba se quedó mudo de repente. Fue, para ella, como si el mundo hubiese dejado de girar. En el quinto día Mirella recibió una carta urgente. Dimisión y rechazo combinadas.

Si, Cesare dijo que la amaba, pero Mirella no creía ahora que lo que él sintiera en esa ocasión fuera amor, sólo una atracción sexual, un intenso deseo.

La puerta se abrió de nuevo. Mirella se quedó con la mano tan trémula que tuvo que poner la taza de café en la bandeja. Cesare llegó cerca de la cama y sonrió. No precisó decir una sola palabra para que ella sintiera deseos de tirarle la bandeja en la cara.

— Saqué la barricada de la puerta de tu cuarto —dijo socarronamente. — ¡Estás linda! ¿Linda?, Mirella pensó. Con el cabello enredado, restos de pintura en su rostro, probablemente la sombra de ojos borrada, marcas de dientes en lugares íntimos, ¿cómo podría estar linda? Se encogió toda, reflexionando sobre su debilidad en la víspera. Fue su noche de bodas, sin duda, pero, consumir un casamiento era una cosa; tirarse de cuerpo y alma a una orgía, era otra bien diferente.

Miró a Cesare y vio que él sonreía. Naturalmente que no estaba atormentado; al contrario, parecía muy contento. Si hubiese llevado una botella de champagne al cuarto, Mirella no se habría sorprendido.

— ¿Por qué estás sonriendo? —ella preguntó, llena de sospechas.

— ¿Quieres una respuesta honesta?

— Ayer, la única cosa con la cual no me amenazaste fue encerrarme en un calabozo.
— Nunca se me dio bien el celibato. ¿Por qué encerrarte? —él la miró con evidente satisfacción.

Mirella bebió el resto de café, en un intento de calmarse. Estaba casada, pero no se sentía como tal. Recordó que tiró lejos la alianza, y no tenía el mínimo deseo de buscarla. Era un símbolo sin sentido, pues no existía una relación matrimonial entre ambos.

La única razón que llevó a Cesare al casamiento fue estar con su hija. Y, considerándose que él había sido honesto desde el principio, ¿por qué se casó ella? ¿Tenía esperanzas de que todo se arreglara?

¿No fue, acaso, el comportamiento de Cesare un aviso de lo que vendría después? Apenas la deseaba, se interesaba por ella solamente en el terreno sexual.

En fin, él consiguió a Susie, y la madre de Susie venía en el paquete. Para Cesare ella tenía menos valor que una amante, y valor ninguno como esposa. La imaginaba ávida de dinero. ¿No era así que funcionaba el temperamento latino? En cuanto a Mirella, al compartir la cama con él, perdió el respeto en sí misma.

— Creo que no has sido amante de Clayton —Cesare dijo de repente, como si mencionase algo sin importancia; los ojos de reflejos dorados fijos en ella expresaban un deje de gratitud. — Cualquiera que haya sido tu noviazgo con el muchacho, sé que no durmieron juntos.

Llamas de odio colorearon las mejillas de Mirella. Entonces, Cesare finalmente le creyó algo. Pero muy poco, y demasiado tarde.

¡Ella insistió tanto en aquello! Debería, eso sí, haberlo dejado sufrir con la sospecha.

— ¿Cómo te gustaría pasar el día? —Cesare le preguntó.

— Me gustaría meterme en una bolsa y saltar de lo alto de un acantilado.

— No lo encuentro la más mínima gracia.

— No estoy intentando ser graciosa. Me siento... —Mirella tragó. — ¡Me siento usada, lastimada, y amargada!

Irritada, salió de la cama y se fue a su cuarto.

— ¿Mirella...?

— Déjame en paz.

Bueno, su paciencia se agotó, Mirella se decía a sí misma. Casarse no quería decir que tenía que ser una alfombra a los pies de su marido. Si Cesare se casó por causa de Susie, todo bien. Pero ella no sería la esposa ideal. ¿Por qué habría de consentir ser humillada? Estaba cansada de ser acusada de un crimen que no cometió. Cesare destruyó la evidencia. ¿Cómo podría probar su inocencia ahora? Él se rehusaba a oírla. Mirella descendió una hora más tarde, de bermudas y camiseta. Manifestó deseo de recorrer el castillo, y Paolo se apuró a acompañarla. Con Giulia traduciendo de la mejor manera posible, Mirella comenzó a aprender italiano. Y la encontró una experiencia agradable.

— Entonces, ¿es aquí que estás? —la conversación animada se transformó en un silencio cortado. Los ojos violeta se oscurecieron cuando Mirella vio a Cesare parado en la puerta.

— Estoy haciendo un tour por el castillo —dijo.

— Yo planeaba mostrarte todo.

— Como ves, no va a ser necesario —Mirella respondió.

Sus acompañantes desaparecieron como nieve en verano, dejando detrás de sí una tensión eléctrica en el aire.

— ¿Qué piensas hacer? — Cesare le preguntó.

— Bueno, pienso en no continuar siendo tu esposa. Y déjame decirte: 24 horas fueron más que suficientes para tomar esa decisión. No puedo cambiar tu punto de vista sobre mí, pero, lo mejor de todo eso, es que ahora no me importa ya. No me interesa lo que piensas. ¡Tampoco me interesa donde vas!

— No voy a ninguna parte...

— Oh, espero que cambies de idea. Siéntete libre. No me considero casada contigo.

— No seas ridícula, cara.

— No estoy siendo ridícula. Por el contrario, con gran generosidad de espíritu, decidí darte una segunda oportunidad.

— ¿Decidiste darme una segunda oportunidad? — Cesare susurró.

— Si. Estropeaste todo en una única noche. Y yo estaba dispuesta a hacer de nuestro matrimonio una verdadera unión. No me sentía preparada a ser recibida con una serie de amenazas y venganzas tuyas...

— ¿Mis qué? — Cesare gritó.

— ¡Odio tu atrevimiento! ¡No desearía tu precioso perdón mismo estando al borde de la muerte! Y si tú estuvieras muriéndote, acostado ahí en el piso, ¡no tendrías mi perdón por lo que me haces!

Cesare cayó en una carcajada.

Y eso fue como tirar un fósforo encendido en un montón de pólvora. Mirella se inflamó. Levantó su mano para abofetearlo, pero Cesare le tomó la muñeca en el aire. Con los dientes apretados, ella intentó darle puntapiés para que la soltara.

Cesare soltó su y la cargó.

— ¡Ponme en el piso! — ella ordenó.

Cesare sonreía, divertido. Y dijo:

— Estoy actuando en legítima defensa.

La carismática sonrisa de él hizo a Mirella pasar del odio a la completa perplejidad. Si estuviese de pie en el piso, se habría caído, tal era su aturdimiento. Y, mientras luchaba contra esa alarmante realidad, Cesare la irguió más alto aún y la abrazó con fuerza.

— ¡Ponme en el piso! — repitió, con mucho menos volumen ahora.

— Siento un violento deseo de besarte — Cesare susurró con una voz ronca que provocó escalofríos a lo largo de la espalda de ella.

— Olv... olvídalo.

En franco desacuerdo, Cesare la acomodó mejor colocando los brazos de ella sobre sus hombros y sosteniéndola de las nalgas. La besó entonces. Mirella se estremeció, luchando contra el poder de Cesare para hacer que cada fibra de su cuerpo vibrase, y horrorizada por corresponder a aquella pasión.

Desilusionada, ardiendo en deseo, lágrimas de repente escurrieron por sus mejillas.

Despreció su debilidad, se despreció por no haber intentado evitarlo. Al final, ¡permitió que Cesare llegase al pinto en que en llegó!

Abruptamente, él la colocó en el piso.

— ¿Mirella? — Cesare parecía aturdido.

Ella enjuagó sus lágrimas con una mano nerviosa y le lanzó una mirada de odio.

— Te detesto — susurró.

Mentía.

CAPÍTULO IX

Mirella apreciaba el valle, sentada en un banco de hierro a la sombra de una enorme haya. Cerca del castillo, el paisaje era lindo. Había árboles frondosos, olivos, naranjos, limoneros. Dos cabras, del otro lado de la carretera, quebraron el silencio del lugar algunos minutos. Mirella suspiró, maravillada con la belleza del tranquilo escenario, pero más perturbada que nunca con sus enmarañados pensamientos.

No vio más a Cesare desde la víspera. La dejó sola. Ella pidió la cena en el cuarto, y se quedó despierta hasta después de medianoche, reflexionando en su humillante realidad que, aún luchando contra Cesare, prefería estar con él que sin él. Y se avergonzaba de esa dura realidad.

Un ruido suave de pasos la hizo girar la cabeza. Era Cesare, a algunos metros de distancia. Sus cabellos negros brillaban a la luz del sol. Mirella se puso tensa, sorprendida por que la encontrara.

— Ese era el lugar favorito de mi bisabuela —Cesare comentó. — Ella murió cuando yo tenía 13 años. Durante mucho tiempo, después de su muerte, venía aquí para sentirme más cerca de ella. Y tenía la impresión que la veía sentada en ese mismo banco, vestida de negro de la cabeza a los pies. Era una mujer inteligente, muy perspicaz.

— Nunca me hablas sobre tu familia... —Mirella susurró.

— Mi bisabuela era la persona más importante de toda la familia —Cesare prosiguió. — Después que mis abuelos murieron en un accidente de tren, ella crió a mi padre. Él se casó con una joven de 21 años. Fui el primero en nacer, después vino Sandro. Mis padres vivieron siempre juntos, pero fue un matrimonio infeliz.

Mirella lo miró, pasmada. Recordó que Cesare le dijo que Susie merecía lo mejor que él le pudiese dar, como sus padres habían hecho con sus hijos.

Cesare dio un suspiro y agregó:

— Créeme ó no, pero no deseo un matrimonio infeliz, por el bien de Susie. No se puede engañar a una criatura. Susie sentiría la falta de calor humano entre nosotros, percibiría la incompatibilidad, estaría conciente del silencio...

Mirella inclinó la cabeza. Tensa, pensaba adonde aquella conversación los llevaría.

¿Crearía Cesare que el matrimonio fue una mala idea? ¿Demasiado precipitado?

— ¿Piensas que nos equivocamos en casarnos? —preguntó.

— No... —el silencio que reinó fue preocupante. — Si alguien se equivocó, ese fui yo — insistió. — Tal vez esto no sea consuelo, cara, pero nunca fui, con ninguna otra mujer, como soy contigo. Años atrás me enamoré como un adolescente. Tal vez ahora esté intentando volver a escribir esa misma página de la historia...

— Creo que si —Mirella concordó, sorprendida con la confesión espontánea de Cesare. Cualesquiera que fuesen las sospechas de él, y aunque no la amase de verdad, sufrió y fue humillado en el pasado. Y no había nada que ella pudiese hacer para librarlo de esos recuerdos desagradables. Esos mismos recuerdos estarían para siempre entre ambos.

— Con todo, cuando hicimos el amor ayer, cara, mirándonos directamente a los ojos, constaté que reaccionas a mis caricias como años atrás, aún siendo yo un no deseado y peligroso eco del pasado.

— Yo...

— Si hubieses confesado lo que hiciste, me habría comportado de manera diferente — Cesare enfatizó. Pero, viendo que Mirella se preparaba para protestar, dijo: — No quiero hablar sobre el asunto una vez más.

— Pero...

— Deja el pasado en paz. ¿Quién soy yo para criticar ese tipo de cosa? Nací en cuna de oro, tuve dinero toda mi vida. Siempre hice lo que quise, encontrándolo natural. Puedo entender que hayas sido tentada...

— Pero yo...

— Dio, ¿será que no hay cosas más importantes para conversar? — Cesare la interrumpió. — ¿No ves que ese asunto nos separa más y más? Para mí, descubrir la existencia de Susie fue emocionante...

— Debería habértelo contado todo cuando nació. — Mirella reconoció que se equivocó.

— Me gustaría haberlo sabido desde el principio. Pero ahora que me recuperé de la sorpresa, estoy muy contento y agradecido de que ella exista. Y te pido disculpas por las acusaciones que hice, cara. Quise ofenderte por haber guardado ese secreto. Y ahora me arrepiento.

— Actué de la manera que creí más prudente — Mirella explicó.

— Entiendo. Pero espero también que entiendas porqué me irrité tanto. Primero fue Clayton intentando ajustar cuentas conmigo, después tu hermana portándose como si yo fuese un maníaco, y, enseguida... venida no sé de donde... ¡Susie surgió! Quedé furioso contigo. Encontré mejor ignorarte y concentrarme en Susie, que intentar sacar adelante nuestro matrimonio por causa de tu actitud inconsecuente.

Mirella reconoció el esfuerzo que Cesare hizo para controlarse. Debía haber estado furioso, tanto como ella en la víspera. ¡Y ella no se controló! Con todo, su explosión pareció haber surtido efecto, pues Cesare resolvió entrar en razones.

Pero... ¿no estaría pensando sólo en Susie? Al recordar su propia infancia, concluyó que tal vez estuvo criando una idéntica situación para su hija.

— No teníamos ninguna privacidad en casa de Baxter — él agregó.

A pesar que Cesare dijo eso, Mirella sabía que ambos siempre habían evitado estar solos. Por orgullo y venganza ella huyó de una confrontación directa. Quiso que Cesare sufriese. No en tanto, se dio cuenta que sufrió también, y sufría aún, más que él.

— Dio mio, lo que está pasando entre nosotros ahora, no tiene nada que ver con el castillo. No somos recién casados comunes. — Cesare sonrió irónicamente. — Pero tampoco precisamos quedarnos aquí. Tengo una casa en la playa, por si quieres ir a otro lugar.

Concesiones, pensó ella. Sin razón plausible, él resolvió poner de lado el deseo de castigarla. Al final concluyó que no podría castigarla sin lastimar a Susie. Así sería siempre un matrimonio de conveniencia, ese matrimonio que ella creyó era fácil de aceptar, Mirella se dijo a si misma, con una sensación de agonía.

— ¿Mirella...? ¿Qué te parece la idea de la casa en la playa?

— Como quieras — respondió, con indiferencia visible.

— Es... linda. — Mirella miraba la alianza, llena de brillantes. Pero la veía más como una cuerda con la cual le gustaría apretar el cuello de Cesare. Sus recuerdos fueron tan enervantes que la colocó de nuevo dentro del estuche. Joya de Cartier, notó, sin sorpresa ni placer. Nada de poco valor, esta vez... pero aún un símbolo vacío, pensó.

— Póntela en el dedo — sugirió Cesare.

— Más tarde.

Mirella tiró el estuche en su cartera, y lo pondría luego en la gaveta, junto con los otros regalos. No quería usar nada que él le diera. Cesare con certeza creía que la haría feliz si la llenase de joyas. Ya le comprara un fabuloso reloj de oro y una pulsera de esmeraldas y brillantes... ¡eso sin hablar del horroroso pez dentro de un acuario!

Freddy, el nombre con que bautizara al pez, fue el resultado de una prueba de Mirella para testear si su marido de hecho compraría cualquier cosa que ella admirase. En la víspera, fingió apreciar el pez en una tienda, sólo para ver hasta donde iba la política actual de Cesare, en aprovecharse de todas las oportunidades para satisfacerla.

Él palideció, pero compró el pez, por un precio ridículamente alto. Y, para agradarla aún más, dijo que Freddy era lindo, una rareza.

Hacía diez días ya que Cesare le dijo, sin mucho tacto, que no eran recién casados comunes. De hecho, no lo eran, Mirella pensaba con tristeza. Y, lejos de ser un viaje pintoresco, fue el que hicieron por toda Sicilia. De mañana a la noche, con un marido incansable a su lado, ella visitó ruinas, castillos y catedrales. Habían pasado ya varios días en la lujosa casa de la playa. De noche, generalmente salían a cenar. La conversación era siempre sobre Susie. Volvían de madrugada y... dormían en camas separadas.

— Me gustaría mucho que usaras la alianza — le dijo cierta vez. Comenzaba a irritarse con la obstinación de Mirella.

Había días que ya no se enojaba con su mujer. Pero se veía que hacía un inmenso esfuerzo en mostrarse civilizado y encantador. La trataba con consideración. Con todo, parecía un león enjaulado debajo de aquella capa de dulzura. Y, a pesar del trato, Mirella se sentía cada día más deprimida. Se convenció que Cesare se aburría con su compañía. No se podía negar que hacía de todo para que fueran un matrimonio feliz, por el bien de Susie.

— Mirella...

— No quiero usar la alianza.

Cesare no respondió. Llamó al mozo y pidió la cuenta. Se levantó y salió del restaurante. Mirella lo siguió.

— ¿Algo mal? — él preguntó.

— ¡Nada!

— Creo que es hora de que conozcas algunos de mis amigos. Sería extraño no visitarlos cuando estamos tan cerca de su casa. Garanto que tendremos una tarde agradable con Franca y su hermano. Franca es una actriz, y Roberto un director de producción. La casa de los Ecchio, también en la playa, era cinematográfica. Tenía aspecto palaciego, con muebles dorados y pilares de mármol.

Apenas entraron en el enorme zaguán, una linda morena, alta, con cabellos hasta la cintura, enrulados, apareció.

Usaba un mini-vestido imitando piel de onza.

Ella fue al encuentro de ambos y cayó en los brazos de Cesare, besándolo en la boca, y con pasión.

— Franca... —Cesare rumió. Pero no hizo mucho esfuerzo para librarse de la mujer semi desnuda, su vecina, según dijo.

Franca inició una conversación en italiano, pasó el brazo alrededor de él y lo llevó al interior de la casa. Cesare miró para atrás, llamando la atención de Franca hacia la presencia de Mirella.

— Tina precisa antes refrescarse en el vestuario, creo —Franca dijo en un inglés perfecto, la mirada fija en la vestimenta modesta de Mirella, como si mirase una empleada.

— Mi nombre es Mirella, no Tina —Mirella la corrigió, con las mejillas prendiéndose fuego.

Pero Franca ya le dio la espalda, siguiendo con Cesare y diciendo, en un susurro que podría ser oído a leguas de distancia:

— ¡Como las inglesas se visten mal! ¿De dónde desenterraste esa?

Mirella temblaba de rabia y humillación cuando una empleada le indicó donde quedaba el vestuario. Casi no podía creer que Cesare la dejara allí sola, sin si quiera presentarla como su esposa.

Se miró al espejo. Su viejo vestido de lino estaba arrugado, parecía un trapo. Se convenció que, no usar la ropa que Cesare le comprara, fue una actitud infantil. Tal vez él sintiera tanta vergüenza de ella que prefirió no presentarla como su esposa.

Ella precisaba ahora encontrar el camino al lugar donde todos se encontraban. Siguiendo el sonido de las voces, fue a parar a un jardín donde había una inmensa piscina y una vista sensacional. Tres mujeres jóvenes, de topless, estaban al borde de la piscina.

Cesare se sentaba en una mesa, al lado de Franca, y con muchos otros hombres.

Viéndola Franca la llamó, yendo a su encuentro.

— Tina... déjame mostrarte donde puedes encontrar una malla.

— Mi nombre es Mirella.

— Cualquiera que sea tu nombre, ¿eres la secretaria de Cesare ó algo parecido?

— Se equivocó.

— ¿Una pariente?

— No, nosotros somos...

— ¿Él es tu...?

— ¿Cómo? —Mirella quedó horrorizada con la deducción de Franca.

— Voy a llamar un auto inmediatamente para que te vayas de aquí ya —dijo Franca, con una sonrisa de odio reprimido. — Cesare es mío.

— No concuerdo.

Franca la llamó algo en italiano, que Mirella no entendió. Se rió enseguida y dijo:

— E ese caso quédate, para verme en acción. —Franca la desafió.

— Casi no puedo esperar.

— Cesare es una leyenda viva debajo de las sábanas. Oí decir que tiene la energía de un animal, en la cama. Y no voy a permitir competiciones.

Con esas palabras, Franca se fue.

Una retirada teatral, Mirella pensó, aliviada por constatar que aparentemente Franca aún no probó los legendarios atributos de Cesare en la cama.

A pesar de estar furiosa, Mirella fue al vestuario y salió con un bikini negro, desesperada como estaba por librarse del viejo vestido de lino arrugado.

— ¡Bella! ¡Bella! —fue una voz masculina. Un hombre la tomó de la muñeca cuando ella pasó cerca de una de las mesas.

— Soy tu anfitrión, Roberto Ecchio... y, al contrario que mi hermana, adoro a las mujeres inglesas. —le besó la muñeca.

Sin saber que actitud tomar, Mirella sonrió. Roberto la hizo sentarse en una silla, a su lado.

— ¿Estás enamorada de Cesare? —preguntó.

— Métete en tus asuntos —Mirella respondió, mirando a Cesare que estaba cerca de Franca, en una conversación animada.

— Apuesto que estás loca por él —Roberto declaró. —Que pérdida de tiempo, cara. Cesare no es un hombre confiable en el campo del amor. Tiene una mujer hoy, otra mañana. Ninguna lo retiene. Es un amante profesional.

— ¿Por qué lo conoces tan bien? —Mirella estaba tensa.

— Fuimos juntos a la escuela. Una infinidad de mujeres lloró en mis hombros por su causa.

— Yo no estoy llorando.

— Pero vas a llorar. Franca, mi hermana, anda detrás de Cesare hace tiempo, y no acepta mis consejos. Va a sufrir mucho, garanto.

— Probablemente. —Mirella creyó que Franca había mandado a su hermano a entretenerla, a fin que estuviese lejos de Cesare. ¡No es que él estuviese haciendo un esfuerzo para alejarse de la linda morena!

— Cesare no es hombre de casarse —Roberto insistía.

— Si lo es, pues se casó conmigo. Nos casamos hace diez días. Pregúntale a tu amigo, si no me crees.

— Entonces, ¿por qué se divierte él ahora con mi hermana, si están casados?

— Tal vez sea más interesante preguntarle a tu hermana.

Roberto le tomó la mano de nuevo, dio una carcajada, dijo:

— Es un placer conocerte, signora Falcone. ¡Debes estar jugando conmigo! Pero, de cualquier modo, no le digas a Franca. Puede tener una crisis de histeria.

Diciendo eso, Roberto comenzó a besarle los dedos, uno a uno.

Largando abruptamente las manos de Franca, Cesare fue cerca de Roberto, empujando las mesas que encontraba por el camino. Todos dejaron de hablar, esperando ver lo que pasaría.

Roberto levantó la cabeza, con aire divertido.

— ¡Entonces! —exclamó. — ¡Un marido terriblemente celoso aparece ahora! ¡Dio mio! Cesare Falcone, ¿es posible que sientas tantos celos al punto de hacer una escena de esas en público? No me vas a golpear, ¿ó sí? Soy tu mejor amigo.

Y Roberto tuvo razón. Cesare no lo golpeó, pero lo tiró a la piscina.

Alguien dio un grito. Paralizada, Mirella miró a Roberto Ecchio en el agua, ella en verdadero estado de shock.

— Vamos a casa —Cesare rumió, agarrando el brazo de su mujer y haciéndola levantarse de la silla.

— Preciso recoger... mi ropa...

Pero Cesare no la escuchaba. La cargó en brazos y atravesó el recinto de la piscina, dejando tras de sí un silencio cargado.

— ¡Cesare! — Mirella gritó, golpeándolo en la espalda. Con el movimiento, los breteles del bikini se soltaron y ella intentó cubrir sus senos.

La Ferrari siguió por la carretera como un rayo, los neumáticos chillando en cada curva. Celos, Mirella se decía a sí misma. Su marido no admitía que cualquier otro hombre le hiciera la corte. Puros celos.

Sí, él sintió celos de Steve. Sintió celos de Haland... Y la solución que encontró para resolver el problema fue enterrarla viva en una región remota en un valle de Sicilia, e impedirle volver a Inglaterra.

Sintió pena de él. Fue tan ciega, ¡tan aferrada a la certeza que ella no era importante para Cesare! En realidad, Cesare no quería perderla... Tenía miedo de perderla, y Mirella sabía ahora, que las emociones que él intentaba controlar en ese momento, no tenían nada que ver con Susie.

Pero, en ese caso, ¿cuáles serían sus planes al visitar a Franca Ecchio? Eso no tenía sentido.

Mirella sonrió. Bueno, de allí en adelante estaría segura que Cesare nunca más la ignoraría en presencia de amigos, ni permitiría que otras mujeres coquetearan con él. Estaría ocupado cuidando de la mujer que consideraba ahora atractiva a los ojos de otros hombres.

Llegando a casa, aún cargándola, Cesare subió al cuarto de ella, dejando a los empleados atónitos.

La tiró en la cama. Con los ojos despidiendo llamaradas, la previno con voz oscura:

— ¡Nunca más hagas eso!

El teléfono sonó. Él lo atendió y dio una carcajada forzada:

— Ciao, Roberto — dijo, colocando el aparato.

Mirella se sentó en la cama.

— Ojo por ojo — Cesare susurró entre dientes. — Días atrás me mandaste a buscar otra mujer. ¿Te acuerdas?

— ¿Que yo te mandé a qué? — Mirella se puso pálida.

— Hoy quise hacer eso, para ver tu reacción.

Atónita, Mirella recordó haberle dicho un día que procurase divertimento en otra parte.

¿Estaría entonces Cesare intentando provocar sus celos, coqueteando con Franca?

— Y sé que no te gustó, cara, no te gustó nada. Y las cosas iban bien hasta que Roberto estropeó todo.

— Claro que Roberto tenía que tomar una providencia. Al final, Franca es su hermana.

— Roberto sabía que no le pondría un dedo encima a Franca. ¡Ella me persigue hace años! Nosotros hasta bromeamos con eso.

— ¿Bromeamos? — Mirella repitió, no entendiendo más nada.

— Franca es una adolescente con pretensiones de vampiresa de 30 años ó más.

— ¿Una adolescente? — Mirella no conseguía creerlo. — ¿Franca es una adolescente?

— Ella sólo tiene 19 años.

Diecinueve años... Mirella no estuvo en condiciones de hablar durante algunos segundos.

— Pero tú estabas seguro que no imaginaría que Franca tenía esa edad. Me llevaste a propósito, Cesare Falcone. ¡Ahora me arrepiento de no haber tirado a aquella creída a la piscina!

— Ella es por lo menos 30 centímetros más alta, y mucho más pesada. Y yo tendría que tirarme a la piscina a salvarte, bella mía. Pero, si no tengo libertad para buscar otras mujeres, ¿por qué motivo me dijiste que lo hiciera?

— Creí que no me habías creído... ¡te reíste!

— Tal vez... Pero no tuve deseos de reír cuando comenzaste a llorar en el instante en que intenté besarte... Te acuerdas, ¿no?

— ¿En serio...?

— Y sentí celos de tocarte desde entonces. Dejaste bastante claro que no me querías.

Mirella tuvo deseos de llorar. La verdad era que ambos estaban tan preocupados en esconderse detrás del orgullo, que rechazaban ceder un sólo milímetro. Pero, Cesare últimamente cedió tanto... ella reconoció por primera vez. Entonces, ¿amar significaba dejar el orgullo de lado...?

— Durante diez largos y frustrados días fuiste indiferente a mis intentos de hacerte feliz

— Cesare se quejó.

Y era verdad, Mirella reconocía. Como una criatura terca, levantó una barrera entre los dos, rehusando aceptar toda y cualquier aproximación.

— No sé más que hacer para agradarte —agregó.

Los ojos de Mirella se llenaron de lágrimas.

— Siempre te amé —susurró. — Pero no sabía como acabar con mi obstinación y...

— Dilo de nuevo —Cesare pidió.

— Fue lo que oíste. Siempre te amé.

Él se inclinó y le tomó las manos. Mirella mantuvo los ojos cerrados, controlando las lágrimas. ¡Era tan bueno tener las manos de Cesare entre las suyas! Ella tragó en seco. Sólo ahora reconocía que no se escondió exactamente detrás del orgullo. Se escondió detrás del pavor de ser lastimada de nuevo. Y, cuando se tiene miedo, no es posible ser generosa.

— Pero tú no crees nada de lo que te digo —ella le recordó.

— Estoy aprendiendo a creer, cara.

— ¿Crees que Roberto te va a perdonar?

— Sí, él tiene espíritu deportivo. Pero le debo un biquini Armani.

— Elle estaba apenas... bromeando conmigo —Mirella intentaba disculpar la actitud de Roberto.

— Sí, lo sé. Pero, después de estos últimos días... de la tensión por la que pasé... — Cesare suspiró. — Exploté.

Mirella miró las manos que la sostenían, y una intensa ola de amor la invadió. Creyó que no importaba que Cesare no la amase. No importaba que lo único que los unía era el sexo y la hija de ambos. Había muchas tonalidades entre el blanco y el negro; ella podría aceptar el gris, y sacar el mejor provecho de eso. Sin Cesare, su vida sería vacía.

— Déjame contarte sobre Steve —Mirella sugirió, intentando alejar los fantasmas para siempre.

— No, no quiero hablar del pasado.

— Pero...

Cesare colocó un dedo en sus labios.

— ¡No! —repitió con firmeza. — Quédate esta noche conmigo.

— Pero son sólo las cuatro de la tarde.

— Estoy haciendo mi reserva con anticipación. —él rió.

— Tenemos que telefonar a Susie, Cesare.

— Estaremos con ella mañana —declaró, levantándola parcialmente de la cama y abrazándola con fuerza.

Rozó su boca muy suavemente en los labios entreabiertos de ella. Mirella dejó de respirar y su corazón palpitó con violencia. Acarició la espalda de músculos duros de su marido. Con los movimientos de ambos, el periódico que estaba sobre la cama cayó al piso. Cesare lo recogió y se puso tenso de repente.

— ¿Qué pasó? —Mirella indagó.

Con el periódico aún en las manos, dijo:

— Madre de Dio...

— ¿Qué pasó? —Mirella insistió.

— ¿Viste esto? —preguntó, apuntando una noticia.

— ¿Si vi qué?

— Mira la foto de Severn.

— ¿Pero quién es Severn? —Mirella no entendía nada.

— Es el corredor que usaste años atrás. ¡Está preso por fraude!

— ¿Severn es el corredor que yo... qué? —Mirella intentaba juntar las palabras.

— ¿Qué te pasa? —Cesare la miró, aterrado. — ¿No te das cuenta de lo que eso significa? ¡Severn está siendo investigado! La policía investigará todos los documentos que él tenga y lo procesará, ¡como también procesará a las personas con quien Severn hizo negocios ilícitos!

— Pero... pero... yo no... —ella tartamudeó.

— Mirella, —Cesare le apretó la mano — precisas enfrentar la realidad tarde ó temprano. Sugiero que lo hagas ahora.... Aunque, por primera vez en mi vida, no estoy seguro si la honestidad es la mejor salida.

CAPÍTULO X

— Espero no arrepentirme después de lo que estamos haciendo ahora —dijo Cesare, cuando el avión aterrizó. — Pienso que no es una buena idea que vengas a Londres justamente ahora.

Mirella no emitió opinión. No durmió un minuto anoche, pues Cesare la redujo a un estado de mudo terror. Estar convencida de su propia inocencia era una cosa, pero con un marido totalmente convencido de su culpabilidad, era algo bien diferente. Después de varias opiniones contradictorias, Cesare llegara a la conclusión que ella nunca más debería poner los pies en Inglaterra.

No dejaba de ser un consuelo, aunque pequeño, el hecho que ese marido estuviera preparado para pasar el resto de su vida ayudándola a escapar de las garras de la poli-

cía. Antes Cesare encontró interesante que ella confesara detalladamente todo, pero después decidió que no había probabilidad de conseguir un juicio justo, estando ella casada con un millonario. ¿Que jurado sería condescendiente con mujer rica? Mirella no sabía qué hacer. Justamente ahora que su vida comenzaba a mejorar, estallaba esa bomba: su supuesto fraude. Pero, si Cesare, ni por un segundo, creía en su inocencia, ¿cómo lo haría la policía? Pero, ¿quién la acusó? ¿Y por qué? Mirella estaba tan cansada que, al entrar en el coche, recostó la cabeza y cerró sus ojos.

— No voy a dejar que pases por todo esto —dijo Cesare, sosteniéndole la mano.

— ¿Y qué vas...?

— No podemos vivir con una espada sobre la cabeza. Prefiero encarar el peligro de frente que quedarme con esa expectativa terrible. Diré a las autoridades que yo planeé el fraude y que tú actuaste bajo mis instrucciones.

— ¡Nadie va... a creer eso!

— ¿Por qué no? Ser rico no quiere decir que no se sea ambicioso. Y, una empleada enamorada de su patrón, haría lo que él le mandase. Más aún, tú declararías que no sabías que estabas haciendo algo equivocado. No puedes, por lo tanto, ser forzada a deponer en mi contra.

— No es justo que asumas la culpa de algo que no hiciste —Mirella protestó enérgicamente.

Ella sintió un nudo en la garganta. Cesare no era del tipo de hacer sacrificios; jamás sería el mártir de causas ajenas. Y, la mayor ironía de todo, era que él nunca cometería un crimen de aquella naturaleza. Mirella quedó conmovida por el modo como su marido quería actuar en su favor. Y eso sin creer que ella era inocente.

— Susie puede vivir sin mí durante algún tiempo, pero no sin su madre —agregó. — En ese medio tiempo... hasta el juicio, puedes quedar embarazada...

— ¿Embarazada? — Mirella repitió, incrédula. — Pero, embarazada ó no, no permitiré que hagas eso.

— Eres mi mujer y...

— ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

— ¡Todo! —Cesare la encaró con mirada enamorada.

¿Sería aquello amor?, Mirella se preguntaba. ¿Ó quería protegerla por causa de Susie?

— No, definitivamente no puede hacer eso —Mirella insistió.

— Bella... bella mia, reflexiona un poco. —con el pulgar Cesare contorneó sus labios. Sin prevenirla, dijo algo al chofer.

— ¿Qué estás tramando ahora? —ella preguntó.

— Nos llevará más de una hora llegar a mi casa... Entonces...

Minutos después estacionaban en la puerta de un lujoso y conocido hotel. Diez minutos más tarde entraban en un cuarto ricamente amueblado.

— ¡Pero esto es una locura! —Mirella protestó.

— ¡Todo lo que hago contigo es una locura! —susurró, abrazándola.

Enseguida la besó. Se desnudó apresuradamente. Con un rezongo de frustración, dijo:

— ¡Algún día espero hacer esto con control y fineza!

— ¡Pero no hoy!

— No, no hoy —concordó, empujando con impaciencia el cierre del vestido elegante de Mirella.

El vestido cayó al piso y Cesare admiró la lencería de satín y encaje que ella usaba.

— ¡Dio!... ¡Que buen gusto tengo! —exclamó.

Mirella se sonrojó.

— ¿Hiciste las compras personalmente?

— Si... No tenía otra cosa que hacer en los días que precedieron a nuestro casamiento. Cesare la besó de nuevo y la condujo a la cama. Una llama abrasadora fuera de control no podría ser más peligrosa que la repentina y ardiente conexión íntima que explotó entre ellos.

El cuerpo de Mirella se contorneó bajo el de él, en desesperación para alcanzar la satisfacción que solamente Cesare le podría dar. Le agarró el cabello, arqueó el cuerpo, y gimió cuando la penetró con vigor.

— ¡Nadie te va a arrancar de mi lado! —Cesare susurró con voz ronca. — ¡Nadie!

Y, después de eso, no hubo nada más a no ser el intenso calor que la condujo a las alturas, para enseguida transportarla de regreso al valle de los gemidos de placer, resultado de la satisfacción completa.

— Somos locos por hacer esto en medio de una crisis —Cesare comentó mucho tiempo después, con Mirella aún en sus brazos, saciada, deseando nunca, nunca más salir de allí. — Pero, aunque sea sólo por algunas horas, no quiero que nada ni nadie interfiera.

Mirella volvió al coche como una mujer renovada. Se sentía mejor, más fuerte, liberada de sus pavores. Era una sensación maravillosa. Pero tenía menos miedo de la policía que de perder a Cesare.

Claro que no lo dejaría tomar su lugar, pero, sólo el hecho de constatar que su marido se preocupaba por ella, la dejaba muy feliz. Ni sería necesario que fuesen pronunciadas palabras de amor. Toda la emoción, que Cesare luchara por esconder, fue expresada en el acto de amor. Esta vez no había sido sólo sexo. Las barreras desaparecieron. Cesare era suyo, exactamente como siempre deseó. Y, con esa certeza, podría enfrentar cualquier cosa, se decía a si misma.

Llegaron a la casa.

— Preciso hacer algunas llamadas —Cesare dijo ni bien bajaron del coche. — Enseguida iremos a buscar a Susie. Ustedes dos volverán a Sicilia mañana de mañana y yo me presentaré ante las autoridades para...

— ¡De ninguna manera! —Mirella protestó.

— Es importante que yo vaya antes que ellos vengan por ti. Seguro que Severn está siendo investigado hace meses.

— No voy a volver a Sicilia —Mirella declaró. — Iré a la policía. No quiero verte involucrado...

La protesta de Mirella fue interrumpida cuando el chofer abrió la puerta del coche.

Cuando entraron al hall se toparon con una señora de cierta edad, de cabello rubio ceniza, elegantemente vestida.

— ¿Dónde estuviste hasta ahora? —ella le preguntó a Cesare, pareciendo muy irritada.

— Sé que llegaste a Londres hace cinco horas ya.

— ¿Qué pasa? — Cesare preguntó.

— Tu hermano está preso —la mujer respondió, sollozando.

— ¿Di che cosa parli? —Cesare indagó.

— Inglés, Cesare —la mujer lo reprendió, hablando un inglés perfecto.

— Sì mamma... inglés —respondió. — Pero dime, ¿qué hizo Sandro ahora? ¿Otro accidente de coche? Espero que no haya heridos...

— La cosa es mucho más grave.

— Mirella... permíteme que te presente a mi madre, Louise Falcone —dijo Cesare.

— ¿Oíste lo que dije? —Louise le gritó a su hijo, sin interés alguno por la nueva nuera. Mirella no sabía qué hacer, si dejar a madre e hijo solos, ó continuar presente. Pero se preguntó porqué motivo Cesare nunca mencionó que su madre era inglesa y no italiana.

— Sandro está preso por fraude.

— ¿Fraude? —Cesare repitió, no pudiendo creer lo que oía.

— Él tenía un socio que está preso desde anoche por fraude. Sandro fue apresado esta mañana bien temprano, en el aeropuerto.

Mirella quedó paralizada como una estatua. Su mente trabajó a una velocidad supersónica.

— ¿Quieres decir que Sandro está involucrado con Felix Severn, mamma?

— Terriblemente involucrado. —Louise se sentó en un sillón, exhausta. — Me fue a ver antes de ir al aeropuerto. Estaba aterrado. Me contó todo.

— ¿Y todo incluye... negocios internos? —Cesare interrogó prontamente. Mirella lo miró, pero no consiguió leer nada en su expresión.

— Eso sería lo de menos —Louise continuó, con voz llorosa. —Tuvo que ver en varias transacciones deshonestas en lo referente a compañías de seguro. Severn era el principal agente de negocios, y Sandro actuaba en segundo plano, encargándose de las finanzas, haciendo contactos... Pero no precisas preocuparte...

— ¿Cómo no me preocupo? ¡Mamma, si supieras...!

— ¡Sandro no involucró a Industrias Falcone! —Louise se apresuró en aclarar.

— Yo lo saqué de la directiva hace tres años... ¡Gracias a Dios! Pero, ¿cómo pudo Sandro hacer eso?

— Tú lo humillaste —Louise condenaba a su hijo mayor, como si la culpa fuese de él.

— Sandro ya estaba involucrado hasta el cuello en negocios ilícitos, ¿no?

— Si. Pero eso no importa ahora, Cesare. Mejor que llegaste a Londres. Tu abogado está en la policía con Sandro, me encargaré del encuentro. Trata de poner a tu hermano en libertad bajo fianza...

— El sistema legal es muy diferente aquí, mamma. Y, si la policía lo encontró en el aeropuerto, estará bajo custodia. Sandro huiría si tuviese la oportunidad...

— Cesare... ¿qué te pasa? Estamos hablando de tu hermano. Él precisa ayuda.

Mirella sentía las piernas debilitarse. En estado de shock, se sentó y se quedó mirando la alfombra. Sólo podía haber sido Sandro el causante de todo, años atrás. Pero, ¿por qué? ¿Por qué le haría? ¿Para esconder sus faltas? ¿Por miedo de que Cesare sospechase algo?

Ó tal vez el motivo fuese más personal. Repetidas veces rechazó cualquier aproximación. Ella cubrió su rostro con sus manos.

— Sandro jamás desobedeció las leyes del país —Louise dijo, intentando defender a su hijo.

— Pero mintió toda su vida.
— ¡Precisa tu ayuda y comprensión! No puedes darle la espalda, ¡es tu hermano!
— Mea culpa...
— Vamos, no comiences con el italiano otra vez, Cesare.
— Es latín...
— Lo que sea, ¡te comportas siempre como extranjero en este país! Pareces tu padre. Tú y yo nunca nos entendimos bien... y ahora, mi querido Sandro... —Louise cayó en llanto.

Mirella resolvió intervenir, y dijo a su marido:

— Cesare, creo que deberías ir a la jefatura de policía.
— ¿Cómo me puedo disculpar contigo ahora, querida? ¿Por todo lo que pasó años atrás?

Mirella percibió que Cesare, como ella, encontró al fin una explicación al drama del pasado.

— La evidencia existente en los documentos que Sandro me presentó para incriminarte, no tiene ya valor alguno para mí —agregó. — Tu firma, tu voz a través de conversaciones telefónicas, todo fue armado. Y las cintas con certeza montadas por profesionales en el asunto. Y los extractos bancarios... ¡Dio!

— Basta, Cesare, ahora no, más tarde. Eso no es importante.

— ¿No es importante? —repitió, furioso.

— Haz antes lo que tu madre te pidió.

— Susie nos espera.

— Yo iré a buscarla y la traeré, pero después de conversar un poco con tu madre. No puedo dejarla en este estado.

— Pero...

Mirella lo empujó suavemente en dirección a la puerta, y dijo:

— Ve antes a ver lo que está pasando en la jefatura de policía.

— Tú no hiciste nada, querida. Y pensar que todo el tiempo yo... —murmuró, inconsolable.

— Ahora haz lo que tu madre te pidió —Mirella insistía.

— Si...

— Tan sin emoción, tan rigurosamente dentro de la ley... —Louise se quejó, ahora dirigiéndose a Mirella. — ¿Cómo pude poner en el mundo un hijo así? ¡Sandro es tan diferente!

Inconforme con la preferencia de la madre por un hijo como Sandro, Mirella fue a buscar un café.

La tarde se arrastró hasta que Louise se quejó de dolor de cabeza, decidiendo acostarse. Mirella resolvió ir a buscar a Susie.

El trayecto hasta la casa de Baxter fue la primera oportunidad que tuvo para asimilar el devastador cambio de su matrimonio. Sonrió. Era como si un enorme peso cayese de su espalda. Cesare sabía la verdad ahora, finalmente sabía la verdad.

Pero ella no lo culpaba por haberle creído a Sandro. Familia era familia, en especial en el caso de Cesare. Protegió a su hermano durante toda su vida. ¿Qué motivos tendría para no confiar en Sandro?

Cuando Mirella llegó a casa de Baxter, Susie se tiró a sus brazos y preguntó:

— ¿Dónde está papá?

— Vas a verlo luego. Iremos a Londres dentro de poco.
— ¡Genial! —Winona exclamó. Ella leía ávidamente en el periódico los detalles sobre el encarcelamiento de Sandro. — Espero que todos reconozcan tu inocencia, Mirella.
¿Qué piensa Cesare de todo esto?
— Está en estado de shock.
— Apuesto que sí. —Winona suspiró. — La verdad siempre sale a la luz. Cesare debe estarse sintiendo como si el techo se hubiese caído sobre su cabeza.

Mirella y Susie llegaron muy tarde a Londres. Susie durmió en el coche y Mirella la cargó hacia el cuarto. Descendió y se encontró a Louise hablando por teléfono, enojada. Al ver a su nuera, dijo, colgando el aparato.

— No me quedaré aquí ni un segundo más. Voy al apartamento de Sandro.
— ¿Por qué? —indagó Mirella.
— Cesare no está haciendo nada para ayudar a su hermano. —Louise declaró, bastante irritada.

Mirella intentó hacerla razonar, pero sin éxito.

Eran más de las once cuando Cesare llegó. Estaba exhausto.

— Tu madre se fue —Mirella le informó enseguida.
— Mejor así —Cesare sacudió los hombros. — No voy a hacer milagros en favor de Sandro. Tendrá que enfrentar una situación muy difícil, y dudo que se libere de la cárcel.
— ¿Lo viste?

— No. Con todo, Sandro confesó a mi abogado lo que hizo años atrás y le pidió que me pasara la noticia. Al saber que nos habíamos casado, entró en pánico, creyendo que yo ya sabía de la falsificación de la evidencia. Confesó, creo, con la esperanza que sintiera pena de su problema.

Mirella sonrió, una sonrisa nerviosa.

— En espacio de 48 horas —Cesare prosiguió — él pagó a un especialista en falsificaciones para recrear tu firma, y contrató otro para montar la cinta. El diálogo entre tú y Severn fue perfecto. Era tu voz. No es difícil hacer eso, hay imitadores de primera calidad. Después de haber conseguido todo, voló a Hong Kong para presentarme las pruebas.

— Yo no tenía idea que...

— Me pregunté muchas veces si yo había actuado de la manera correcta. Sandro me informó que habías salido de vacaciones y yo no sabía como comunicarme.

— No tenía teléfono en casa, entiendo el problema. Pero estaba en la oficina... No salí de vacaciones ni nada parecido.

— Sé eso ahora, pero no lo sabía en aquel momento.

— ¿Por eso no me llamaste? —dijo Mirella, como si estuviese hablando consigo misma, afirmando más que preguntando.

Ella recordó como sufría a la espera de aquel llamado. El silencio de Cesare la atormentó, haciéndola sospechar que él lamentaba la breve intimidad compartida.

— Sandro se arriesgó mucho. Si hubieras entrado en contacto conmigo, y contado...

— Jamás acusaría a tu hermano, sin...

— En Hong Kong, Sandro me dijo que oyó una conversación telefónica tuya algunos días atrás, y concluyó que habías pasado información confidencial. Y me presentó las pruebas, como te dije. Te tenía en un pedestal, querida, te creía perfecta. Eras inteli-

gente, sexy, en fin, poseías todas las cualidades que siempre deseé encontrar en una mujer. Quedé terriblemente enamorado. Era escéptico acerca de amor y el matrimonio. Mi madre se casó con mi padre por dinero. Él trabajó como un esclavo toda su vida para darle una existencia lujosa. De cuando en cuando ella tenía un amante. Por eso, cuando Sandro me presentó los documentos, creí que yo era tan idiota y ciego como mi padre fue.

— Cesare, yo no...

— Hey, lo primero que hice, fui volver a Londres y buscarte. No te encontré.

— Lo que me hizo, a tus ojos, aún más culpable, ¿no?

— Me sentí culpable por haber odiado a Sandro. Él y yo nunca nos llevamos muy bien, no teníamos nada en común, a pesar de la pequeña diferencia de edad. Pero, en aquellas circunstancias, creí que me estaba ayudando.

— Eso de no querer al hermano pasa en muchas familias —susurró Mirella.

— Sandro fue un bebé enfermo, mimado por mi madre. Siempre lo protegí cuando éramos niños. Pero, cuando creció, sólo dio problemas a Industrias Falcone. Y sé que Sandro me odiaba y me envidiaba.

— Espero que ahora no sea más parte de la directiva de las Industrias.

— Lo saqué seis meses después de despedirte. Le creé una firma para que me dejase en paz. En cuanto a tu, cuando te encontré de nuevo, me porté como un animal. Tenía tanto miedo que me hicieras pasar por idiota una vez más, que perdí los estribos. Mi comportamiento fue tan condenable como el de Sandro, y...

— Por favor, no digas eso. Nada de lo que hagas puede ser comparado al comportamiento del irresponsable de tu hermano.

— Actué como un maníaco. Te quería de regreso a cualquier precio. ¡Como siento haber destrozado tu vida!

— Fue Sandro quién destrozó mi vida, no tú. Entiendo que las evidencias que tuviste en tus manos contra mí eran bastante convincentes...

— Eso no es disculpa. Todo lo que hice estuvo mal. ¡Imagino como debes haberte sentido al ser echada de Industrias Falcone inmediatamente después de la noche que pasamos juntos!

— Más ó menos de la misma manera que te sentiste cuando Sandro te mostró los documentos. Me sentí destrozada.

— ¿Y cuándo descubriste que estabas embarazada? ¿Cómo te sentiste?

— Multiplica eso por diez.

— ¿Cómo puedes bromear con un asunto tan serio, querida?

— ¡Ya hace tanto tiempo! Y ahora sé que intentaste encontrarme, aún creyendo que te había traicionado.

— Pero cuéntame, querida, ¿cómo manejaste lo del embarazo?

Ella le contó los detalles, pero sin involucrarse mucho emocionalmente. Preferiría que Cesare no le hubiese preguntado sobre eso, pues él ya estaba sufriendo mucho.

Cuando Mirella terminó, Cesare susurró:

— La cicatriz... ¿fue... en el parto de Susie?

— Sí.

— Cuéntame como pasó todo.

— ¿Por qué, Cesare?

— Yo debía estar a tu lado. Podrías haber muerto.

— Que tontería. Es un procedimiento muy común. Ni siquiera precisé anestesia general.

— ¿Cómo?

— Estaba conciente cuando Susie nació.

— ¿Conciente? Dio... pero eso es medieval.

Perturbado, Cesare se desmayó, cayendo sobre la alfombra persa.

Mirella deshizo el nudo de su corbata, desabotonó su saco. Reía y lloraba al mismo tiempo. Concluyó que Cesare no hubiera sido de mucha ayuda si estuviese presente en el nacimiento de Susie.

Él se recuperó pronto.

— Vamos a la cama, Cesare —dijo Mirella.

— Estoy bien.

— Pero no lo parece.

— Ya te dije, querida, estoy bien, y aún tenemos mucho que conversar.

— Mañana.

— No puedo esperar tanto —declaró. — ¿Dónde pusiste a Susie?

Mirella lo llevó al cuarto de su hija. En puntas de pie, Cesare fue junto a la cama y murmuró:

— ¿Preguntó por mí?

— Claro.

— Susie me da mucha alegría.

— Pero no será así, Cesare, si la despiertas. Se pone de mal humor cuando la despiertan.

Salieron del cuarto y Cesare comentó:

— Transformé nuestro matrimonio en una verdadera confusión...

— Lo intentaste... Y llegaste al ridículo máximo con Freddy.

— ¿Freddy? —él repitió.

— La cereza de la torta fue el pez. Quería ver hasta donde llegaba tu propósito de ser amable conmigo.

— ¿Tú...?

— Si. Creo que el día que pescaron a Freddy deberían haberlo arrojado de vuelta al mar, ó comerlo. ¿Cómo osaste pensar que yo tenía tan mal gusto? Otra locura fue llevarme a casa de Franca.

— Estaba poniéndome desesperado...

— Pero nunca te vi tan desesperado como cuando leíste en el periódico que Felix Severn había sido apresado. Ahí, en mi opinión, fue cuando perdiste todo el control.

Mirella se dirigió al cuarto que eligió y preguntó:

— Bueno, ¿vienes ó no?

Cesare titubeaba. No entendía porqué cuartos separados, ahora que ya se habían entendido. Pero resolvió ignorarlo y explicó:

— Si, quedé un tanto descontrolado cuando vi la noticia en el periódico.

— ¿Descontrolado? Cesare, cuando aterrizamos en Londres, estabas aterrado, a punto de querer entregarte a la policía en mi lugar.

— Dio mio, no podría aceptar que fueras presa.

— ¡Fue una actitud tan maravillosa! ¡Tan cariñosa!

— ¿Cariñosa?

— Quedé emocionada. — Mirella sonrió. — Solamente un hombre...

— ¡Solamente un hombre enamorado haría un papel tan idiota! Tienes motivo para reír.

— No me estoy riendo, Cesare — Mirella susurró, enojada porque malinterpretara el sentido de sus palabras. No quería de forma alguna lastimarlo.

— Siempre te amé, querida. Pero, creyendo que fuiste deshonesto, sólo querías mi dinero, y sabiendo que te interesabas por mí sexualmente, resolví quedarme con lo que podía. Pero me sentía inseguro muchas veces. Y, cuando eso pasaba, me desesperaba y hacía locuras.

— ¿Como escenas de celos?

— Si.

— No había necesidad de eso, pues tampoco nunca dejé de amarte.

— Pero...

— ¿Pero qué?

— Clayton... Pensé...

— Ya te dije semanas atrás que nunca amé a Steve.

— Creí que no hablabas con sinceridad.

— ¿Quieres que escriba mi juramento con sangre y lo mande encuadrar?

— ¿Cómo puedes amarme después de todo lo que te hice? Pensé que Clayton...

— ¿Quieres, por favor, dejar de hablar de Steve? — Mirella lo interrumpió, irritada. — Nunca amé a Steve. Rompimos nuestra relación antes incluso de conocerte.

— Clayton es hombre muy atractivo. ¿Estás segura que no te gusta? Creí que me había colocado entre los dos. Por eso insistí en que te casaras conmigo, y volver el mismo día para saber tu respuesta; ¡no pude aguantar el suspenso! Pero después concluí que habías dicho “sólo por causa de Susie”.

— ¿No fue esa la misma disculpa que me diste al pedirme casamiento?

— Creí que me habías aceptado porque era rico.

— De ninguna manera. Te acepté porque te amaba.

Cesare la abrazó con tanta fuerza que llegó a dolerle.

— Yo también te amo, querida — confesó. — No podía aceptar la idea de perderte de nuevo.

— No me voy a separar más de ti, Cesare.

— Pero elegiste un cuarto separado y bien lejos del mío...

— Pero cerca de Susie, por si ella despierta durante la noche. Susie no conoce la casa. Voy a dejar la puerta entreabierta y la luz del corredor encendida.

— ¿Y qué hace ella cuando despierta?

— Va a mi cama. Un de las misiones de una madre... Tienes mucho que aprender sobre los hijos. Susie frecuentemente despierta de madrugada, va a mi cama y habla sin parar. Cuando finjo que estoy durmiendo, se sube arriba mío y me hace cosquillas.

— Precisamos una niñera.

— ¡Calma, no te precipites, Cesare!

Él la besó con ternura y susurró:

— Te amo... te amo.

Horas más tarde, aún en los brazos de Cesare, ella dijo, sonriendo:

— Creo que Freddy precisa una novia...

— ¿Una qué?

— Podemos bautizar a su compañera Florence y colocarlos lado a lado —Mirella sugirió.

— Así, podrán procrear...

De repente Cesare palideció, horrorizado.

— ¿Qué pasó? —Mirella indagó.

— Me olvidé de tomar precauciones esta tarde.

— ¿Entonces? —ella no sabía a qué se refería.

— Dio... ¿y si estuvieras...

— ¿Embarazada? Bueno, te quedarás en la sala de espera del hospital. Es más seguro.

— ¡No! Me quedaré contigo.

Y sí lo hizo. Un poco nervioso, pero controlado. Mirella se sintió aliviada cuando su hijo vino al mundo rápidamente, y a través de parto natural. Cesare parecía aún más aliviado que ella.

¿Y... Freddy?

Freddy tenía una enorme familia para cuidar, en su acuario en un rincón de la sala.

FIN

